



VOLANDO CON EL CÓNDOR

(Selección de artículos publicados, la mayor parte, en el periódico apiano *El Cóndor*; algunos, en *Las Artes* de *El Diario*, la revista cultural *Iris* y el periódico regional *Proyección Siglo XXI*)



Apuntes para una futura historia de Apía

(Las Artes de *El Diario*, Proyección Siglo XXI)

«Salve raza del pueblo nativo,
noble sangre en crisol mestizada.
A pesar de su ocaso Dios quiso
reforjar del rubí nuevas razas.
Y por ello en encuentros de mundos
sangres varias se hicieron hermanas,
y fundieron su esencia divina
en auroras de amor y esperanza».

Canto final (*El ocaso de un pueblo*)

La historia no es una ciencia exacta y por lo tanto está sujeta a grandes rectificaciones. Generalmente el historiador se basa, para sus investigaciones, en antiguos documentos o relatos no muy fiables, pues en ellos se refleja la particular interpretación de un hecho por parte de un testigo, un cronista o de la ideología dominante en una época, país o región.

Hace años me pareció escucharle a alguien que don Raúl Morales, en una de sus célebres clases de historia en el antiguo Santo Tomás de Aquino de Apía, dijo: «Cuando una región no conoce su historia termina por inventársela». Y Apía no podía ser una excepción.

Todavía en el inconsciente colectivo apiano se da por sentado que las montañas en las que está enclavado nuestro municipio fueron habitadas por los indios apias, cuyo cacique era el aguerrido Tucarma. Y esto es lo que se enseña en los establecimientos educativos y aparece en algunos manuales de historia. Lo que es inexacto, pues el cronista del conquistador Jorge Robledo, Juan Bautista Sardella, escribió: «...Quedaban solamente por pacificar los señores e indios de un valle que se dice Apía... Y estando el capitán de parada en un pueblo que se dice Chatapa, supo cómo un cacique de aquel pueblo, llamado Tucarma, había muerto algunos indios de las provincias de aquel pueblo comarcanas, que venían a la ciudad a servir a los españoles. Hecho todo lo que había que hacer en este pueblo de Chatapa el señor capitán se partió para el valle de Apía que estaba allí jornada y media...».

Teniendo en cuenta lo anterior y el recorrido que hizo Robledo para sojuzgar a los indómitos nativos del valle de Apía, se deduce que ellos no vivieron en nuestras montañas sino en una región del valle del Risaralda, posiblemente entre Viterbo Belén y Apía, y que el soberano de dichos indígenas no fue el valiente Tucarma, quien era un cacique del pueblo de Chatapa, situado a jornada y media del valle de Apía.

El historiador Luis Gómez Duque, en la *Historia Extensa de Colombia*, V. 1, T. 2, en el mapa de la página 152, sitúa a los indios chancos en montañas que corresponden a Apía; pero parece ser que estos habitaron en el departamento

del Valle del Cauca, según la crónica de Fray Pedro Simón sobre el sometimiento de los indios chancos y la fundación de Roldanillo (*Noticias históricas*, T. VI, p. 235. Biblioteca Banco Popular, 1981).

Entonces... ¿Cuáles fueron los nativos del territorio que actualmente ocupa el municipio de Apía? La respuesta verdadera es muy simple: no se sabe. Y no se sabe por la sencilla razón que hasta nuestro territorio no alcanzaron a entrar los conquistadores con sus cronistas y ambiciones, ni se conserva rastro de la lengua de sus aborígenes. Constituyen un enigma histórico.

En cuanto al origen de la palabra Apía también es controvertido, pues este vocablo se encuentra en varias culturas del mundo.

En la antigua Roma se empleaba como nombre propio: «Apio». Existía la famosa «Vía Apia» con las divinidades «apias»; y en la epístola de Pablo a Filemón se habla de una mujer de nombre «Apia».

También Apia es la capital de Samoa occidental en la Polinesia (Oceanía). Cabe anotar que algunos historiadores, como Paul Rivet y el colombiano Manuel Casas Manrique, han investigado las vinculaciones de los indios americanos con Oceanía. Y se fundamentan en semejanzas antropológicas, lingüísticas y de cultura material. El historiador Gerardo Naranjo López, autor de *Apía a través de la historia* (Fondo Editorial. Gobernación de Risaralda, 1986), era partidario de la hipótesis de que nuestros indios provenían de Oceanía.

El historiador Alfredo Cardona Tobón en sus *Enigmas sobre la historia de Apía* sostiene que la palabra Apía se deriva de Appa, nombre con que designaban los nativos al río Risaralda, de ahí el nombre de Valle de Apía. Curiosamente en sánscrito la palabra «apas» está vinculada con el agua.

El Pbro. doctor Isaías Naranjo Ríos, apiano, inclusive lanzó la hipótesis que los españoles denominaron Apía a dicho valle por cultivar allí intensamente los indios la industria de la apicultura (del latín «apis»: abeja). Cieza de León, otro de los cronistas de la conquista, habla del apogeo de esta industria en el área quimbaya.

Finalmente, en el libro *Literatura de Colombia aborigen* (1978), de Hugo Niño, se afirma que Apía se deriva del vocablo emberá «abi», que quiere decir: nutria. Apía significaría: Alto de la nutria.

En cuanto a la palabra Tatamá, parque nacional natural, macizo tutelar de Apía y de otros municipios, también tiene una raíz universal: en lenguas de Asia, África, Europa y América, «Tata» significa padre. Es corriente en muchas lenguas de negros. Es voz quechua. Entre los emberá tiene la acepción de padre y la de abuela. Tatamá significaría: cerro Padre o montaña Abuela.

En su monumental libro *Apía, tierra de la tarde, música en la montaña* (Editorial Manigraf, 2011), el Maestro Octavio Hernández cuestiona la versión de Gerardo Naranjo López sobre el recorrido de los primeros colonizadores de Apía: «Gerardo Naranjo, en su imprescindible obra *Apía a través de la historia*, pone a José María Marín y Julián Ortiz a transitar de Caramanta hacia el sur, al territorio de los antiguos apias y luego al norte ...Siguiendo el trazado de antiguos mapas, el relato de viejos caminantes, las indicaciones de sudorosos arrieros, los primeros colonos tuvieron que transitar de Caramanta a Anserma y de ahí a lo que luego conformaría el territorio apiano, siguiendo la ruta del Camino real de occidente, en su variante más occidental. Sería absurdo ponerlos a ingresar al territorio apiano desde Caramanta dando la vuelta por el Chocó, enmarañado, insalubre y anegado...».

Pero, a menudo, los acontecimientos históricos son ilógicos, por no decir que absurdos. Además, hay que tener muy en cuenta que don Gerardo se basó no «en un estornudo lírico» de su musa poética sino en la información de lo que se denomina una fuente primaria de la historia, un testigo directo de los acontecimientos: Raquelita Marín, hija de José María, uno de los primeros colonizadores, la cual acompañó a su padre desde Anserma hasta el territorio actual de Apía, durante cinco días, «por trochas y senderos casi intransitados», según afirma don Gerardo en su libro, después de que José María regresara por ella y Encarnación, la esposa, para establecerse en su nueva heredad. Fueron frecuentes las visitas que le hizo don Gerardo a Raquelita con el fin de obtener datos sobre estos sucesos.

Queda pues la duda, de cuál fue, a ciencia cierta, la ruta que siguieron nuestros colonizadores.

Por lo que vemos, los terrenos de la historia son muy movedizos; y, como no quiero naufragar en ellos, dejo hasta aquí estos cuestionamientos, con la esperanza de que los científicos inventen, al fin, la máquina para ver el pasado y salirnos de dudas. Me parece que lo verdaderamente importante es el presente: somos un pueblo mestizo, hijo de Antioquia Grande y «Echao pa'lante», cuyo mayor logro en estos 133 años de fundación no es solo su valioso patrimonio cultural sino el grado de convivencia pacífica y amorosa adquirido. Según narra el ilustre maestro Valentín Garcés en la revista *Cruz y Bien* (n.º 15, 1923): «...Hay que advertir que, más o menos, la tercera parte del vecindario hasta 1898, se componía de bandoleros y prófugos de las cárceles de Antioquia. Las fechorías de estas gentes, sobre todo en los días feriados, eran tan escandalosas y las escenas de sangre tan frecuentes que la vida era casi insoportable. Los escándalos citados atrajeron una antipatía o repulsión casi general al nombre de Apía, hasta tal punto que se necesitaba mucho amor a la patria chica para no negarla».

Luego vendría la sangrienta violencia partidista y la de las mafias no solo en Apía sino en muchos pueblos de la geografía nacional. Pero a través de la historia, gracias a la labor ingente de las autoridades, de los educadores, de los artistas, de los líderes cívicos y religiosos, de la pujanza de sus gentes, nuestro pueblo va llegando, poco a poco, a esa edad de oro que predijeron algunas culturas indígenas, ese “Punto Omega” ,o etapa cimera del desarrollo histórico, de la que habló el gran filósofo y científico Teilhard de Chardin, en la que instintos, como la agresividad, se han sublimado, se han dulcificado, se han trascendido.

Lo verdaderamente importante es el presente, el aquí y el ahora, que, me parece, sólo se vivencian cuando nuestra conciencia está muy alerta de nuestra propia sique y del entorno, con un corazón rebosante de amor.

Hija de los caminos

«Todos los caminos conducen a Apía».

Oh, Apía, en ti se cruzan los caminos:
el barro humano, el inmortal aliento;
y el indio, el blanco, el negro, que en el viento
y cumbre entrecruzaron sus destinos.

Oh, Apía, en ti se cruzan los caminos:
luces con sombras, música y lamento;
pero, eso sí, tu hidalgo sentimiento
invicto vibra en hálitos divinos.

Con trémolos de tiples y epopeya
Antioquia Grande y trashumante, un día,
bajó del cielo tu ancestral estrella,

por trochas que cruzáronse en la vía.
De Risaralda tu tesón destella,
hija de los caminos. ¡Salve, Apía!

Irraca, Pira Paca, Geramí y Tacorí

Apuntes para una futura historia de Apía (2)

Francisco Javier López Naranjo

En la primera parte de «Apuntes para una futura historia de Apía», publicado en «Las Artes» de «El Diario», 31 de julio de 2016, y en la revista cultural apiana «Proyección Siglo XXI», expuse diversas hipótesis sobre el origen de las palabras Apía y Tatamá. También aclaré, basado en documentos, sin pretender ser un historiador, que los nativos de dicho valle no vivieron en las montañas del actual municipio de Apía sino en un valle que posiblemente estaba situado entre los pueblos de Viterbo (Caldas), Apía, Belén de Umbría y la Virginia (Risaralda). Y que el aguerrido Tucarma no fue un cacique del valle de Apía sino del pueblo de Chatapa, situado a jornada y media del valle, según el cronista de Jorge Robledo: Juan Bautista Sardella.

He tenido la inquietud, hace mucho tiempo, de saber dónde quedaba exactamente el valle de Apía, al que le debe su nombre mi amado pueblo natal, y sobre qué pasó con sus rebeldes nativos luego de su sometimiento. Según afirma el escritor Octavio Hernández Jiménez en su documento «Toponimia Básica en el gran Caldas», publicado en «Espacios Vecinos», 1 de septiembre de 2019: «Ese valle de Apía, también llamado Valle de Amiceca, en la época de la conquista, cambió varias veces de nombre. Jorge Robledo, en la “Descripción de los pueblos de la Provincia de Ancerma”, declara que al valle de Amiceca, al cual puse yo el nombre de Valle de Santa María que un valle muy poblado...”». También a dicho valle se le llamó Valle de Sopinga.

Pero me queda la duda: ¿el valle de Apía comprendía todo el valle de Risaralda o era solo una parte de él? Lo que sí se sabe era que quedaba a jornada y media del pueblo de Chatapa, que se correspondería, por toponimia y ubicación, con la actual vereda de Chápata, de Anserma, al suroccidente del departamento de Caldas, en límites con el río Risaralda, río al que los nativos llamaban: Appa, según el historiador Alfredo Cardona Tobón («Enigmas sobre la historia de Apía»), de donde se supone que se originó el nombre de Apía.

En cuanto a sus nativos, ¿qué fue de ellos luego de ser sometidos?... Hace muchos años, mi primo Rubén Darío Salazar Naranjo, quien también es aficionado a las investigaciones históricas, me facilitó un valioso documento de Indalecio Liévano Aguirre, extraído de su libro «Los grandes conflictos sociales y económicos de nuestra historia», tomo I, capítulo II, en el que se relata cómo fueron dados en encomienda a Jorge Robledo:

«... El dicho señor teniente general (Robledo) trajo ante el dicho señor alcalde un cacique principal del valle de Apía y otro cacique llamado Irraca, del dicho valle, y otro cacique llamado Pira Paca, y otro cacique llamado Geramí, y otro cacique llamado Tacorí, del dicho valle, y el señor alcalde les tornó por la

mano, e les dio y entregó al dicho señor teniente general, el cual los tomó e les puso la mano encima a cada uno de ellos en señal de posesión, e dijo que tomaba e tomó en los dichos caciques y en cada uno de ellos la dicha posesión natural e corporal, e que tomándola en ellos pacíficamente la tomaba, y tomó en todos los dichos pueblos e indios a ellos sujetos, la cual dicha posesión tornó quieta e pacíficamente sin contradicción alguna...».

También dice Octavio Hernández en «Toponimia Básica en el gran Caldas» que con motivo del Primer Centenario de la Independencia Nacional, en Apía, Anserma, Riosucio, Salamina y otros conglomerados, se bautizaron calles en honor de próceres o de acontecimientos de la gesta libertadora: Calle Bolívar, Calle Nariño, Calle Santander, Calle Caldas, Calle Boyacá. Y que ha faltado sentido de pertenencia, entre los propios habitantes, para conservar y usar, no solo esos nombres, sino muchos más que pertenecen al patrimonio cultural.

De acuerdo a este planteamiento de Octavio y del documento de Indalecio Liévano Aguirre, sugiero que los nombres de algunos caciques del valle de Apía (Irraca, Pira Paca, Geramí y Tacori), deben ser tenidos en cuenta, en Apía y Risaralda, para bautizar a un grupo, un lugar o un establecimiento, así como existen el Club Tucarma y el hotel Zulayma (según el historiador apiano Alboín Gómez Duque, Zulayma era el nombre de una princesa Quimbaya), ahora que se acerca la celebración del Bicentenario de la Independencia de Colombia, en la que se proyecta acuñar monedas con la efigie de una indígena, en representación de un pueblo que todavía no ha logrado su independencia y al que se le siguen vulnerando sus derechos.



Mapa tomado del libro "Pereira en la edad de aprendiz", de Wálter Benavides

Antia

Los nativos del valle de Apía

Apuntes para una futura historia de Apía (3)

Francisco Javier López Naranjo

Aunque soy poeta, a veces me adentro por los terrenos movedizos de la historia, sin ínfulas de posar como historiador, sino basado en lo que han escrito especialistas en esta materia. Con este ya son varios los artículos en los que me he aventurado tratando de dilucidar algo de la historia de Apía, que ya cumplió sus 139 años de fundación.

En una primera entrega titulada “Apuntes para una futura historia de Apía”, publicada hace varios años en “Las artes” del periódico EL DIARIO y en PROYECCIÓN SIGLO XXI, aclaraba, de acuerdo a lo que dice el cronista Juan Bautista Sardella, que existieron los nativos del valle de Apía, muy posiblemente, según el recorrido de Jorge Robledo, en territorios que hoy pertenecen a Viterbo (Caldas) y La Virginia (Risaralda), y que Tucarma fue un cacique que vivió en el pueblo de Chatapa, situado a jornada y media de allí. De donde se concluye: no es verdad que los primeros pobladores de las montañas de Apía fueron los nativos del valle de Apía, ni que su cacique fue Tucarma. Es más, no es correcto hablar de indios apias o apías sino de los nativos del valle de Apía. En cuanto al origen de la palabra Apía, el historiador Alfredo Cardona Tobón en sus “Enigmas sobre la historia de Apía” sostiene que la palabra Apía se deriva de Appa, nombre con que designaban los nativos al río Risaralda, de ahí el nombre de valle de Apía. Nuestro entrañable Francisco Javier Alzate Vallejo (Pacho Alzate) en uno de sus últimos artículos en PROYECCIÓN SIGLO XXI, “La provincia de Umbra o Anserma y los indios apias”, escribe: “La denominación de Valle de Apía sugiere claramente, como lo sostiene el historiador apiano *Albeiro Valencia Llano*, que Apía era el nombre del cacique de una región ubicada al occidente de Anserma.

Según el historiador Indalecio Liévano Aguirre en su libro “Los grandes conflictos sociales y económicos de nuestra historia”, tomo 1, capítulo 2, entre los caciques de los nativos del valle de Apía, entregados en encomienda a Jorge Robledo estaban: Irraca, Pirapaca, Geramí y Tacorí. Dato fiable si queremos conservar u honrar nombres de caciques del valle de Apía.

Respecto a la lengua de los nativos de dicha región se decía que no se conservan su lengua y costumbres, pero afirma Pacho Alzate, en el artículo ya citado, que conforme a investigadores muy autorizados del tema, los nativos del valle de Apía formaban parte de los pueblos indígenas de la comarca de los umbras o ansermas que compartían la misma filiación lingüística y cultura. Inclusive el historiador Alfredo Cardona, en un artículo publicado en “Las artes”, de EL DIARIO: “El ocaso de los umbras”, dice que aún hay familias indígenas que conservan el idioma de los antiguos umbras, y se están haciendo esfuerzos por conservarlo.

De manera, pues, que poco a poco se van despejando los límites entre la historia y la leyenda respecto a los nativos del valle de Apía, de quienes nuestro pujante municipio heredó su sonoro nombre.

Pero ¿cuáles fueron realmente los indios que habitaron nuestras montañas? No se sabe, por la sencilla razón que hasta aquí no penetraron los conquistadores con sus ejércitos y cronistas. Mientras tanto, dejemos este espacio en dominios de la poesía y de “El ocaso de un pueblo”.



(Foto de Raquelita Marín, Casa de la Cultura de Apía)

Raquelita y Saturnino

(En los 140 años de la fundación de Apía, el 15 de agosto de 2023)

Francisco Javier López Naranjo, Apía

Raquelita, grande fue tu alegría cuando tu padre José María Marín, después de una larga ausencia en la que lo dieron por muerto, regresó por ti y tu madre Encarnación a Anserma, luego de que con su amigo Julián Ortiz ya tenían sus ranchitos y cultivos de maíz y frijol en la naciente Villa de las Cáscaras, que más tarde se llamaría Apía. Nunca imaginaste el camino que emprenderías por ariscas trochas y junto a un río muy grande, el Cauca, hasta llegar un 18 de noviembre de 1872 a dicho territorio, fecha que figura en la historia como la llegada de los primeros colonos a Apía. Tu amiga en la ardua correría fue Oritos, tu mascota, una gallinita de áureo plumaje que compraste con diez cuartillos que te había regalado tu madrina.

Tenías apenas de siete a nueve años de edad y ni sospechabas el destino que te aguardaba. Fuiste testigo de la llegada de otras familias provenientes del Suroeste Antioqueño, una de ellas era la de tu hermano Saturnino, que se vinieron a estas tierras atraídos por su fertilidad y abundancia de guacas. Luego la Villa de las Cáscaras se llamaría San Antonio de Apía y sería un pujante municipio donde el trabajo, el amor, la música y la poesía se hermanarían para alegrar tu vida y la de los pobladores, bajo la mirada paternal del cerro abuelo: el Tatamá. También presenciaste con terror y tristeza la violencia fratricida, pero sin perder la esperanza de un futuro mejor abrigado por la paz.

Te casaste con Jorge Gordón y tuviste seis hijos: Martiniana, Rafael, Jorge, Celsa, María del Tránsito y María de Jesús, y una abundante cosecha de nietos y bisnietos. Me enteré que tu nieta preferida Lucidia Patiño Gordón, madre de la exdocente Celeny Loaisa y suegra del maestro apiano Fidel Echeverry, heredó de ti unos aritos de oro. Los mismos que le robaron muchos años después en Pereira. Lucidia, en su niñez, escuchó lo que le contaste al gran poeta e historiador apiano Gerardo Naranjo López, quien te visitaba con frecuencia en tu ancianidad para enterarse de cómo fue la colonización del Corazón del viento. De allí nació el libro "Apía a través de la historia". A veces don Gerardo aparecía también con el historiador Alboín Gómez y el Mono Orrego en horas de almuerzo y la olla de sancocho alcanzaba para todos y hasta sobra. La llamaban la olla milagrosa.

Me contó Lucidia, entre otras confidencias, que gracias al oro de una guaca José María pudo comprar las mulas para traerte a ti y a Encarnación a estas tierras. José María y unos amigos en Caramanta, donde vivías en la finca de tu padre: Alegrías, veían por las noches salir luces de la guaca, pero se cansaron de buscar, solo encontraron carbones, que tú recogiste ingenuamente, luego de garitear, y los llevaste para atizar el fuego de la plancha de carbón de tu humilde casa. Grande fue la sorpresa de tu familia cuando por la noche vieron que los carbones resplandecían y resultaron ser oro. Según la leyenda, esto sucede cuando hay ambiciones o envidias en los g.uaqueros. ¡El tesoro encantado era para tu familia!

Me contó Lucidia que, como buenos antioqueños, tu familia era muy hospitalaria y generosa con los colonos que llegaban al naciente caserío de la Villa de las Cáscaras, a quienes José María les adjudicaba terrenos para cultivar. Lo que coincide con lo que expresa Gerardo Naranjo en su libro: “Estos nuevos colonos son acogidos con gran generosidad por José María que es un antioqueño bonachón y aquíjotado en el sentido propio de la palabra, su casa es la de todos y sus cosechas y víveres los comparte con los que llegan, sin exigirles nada”. También me dijo Lucidia, con lágrimas, que cuando partiste a otro largo viaje, el de la eternidad, a ella no le avisaron para que no se entristeciera. Según el certificado de defunción fue el 17 de marzo de 1957, a los 93 años, a causa de fallas respiratorias.

Uno de tus bisnietos, Guillermo León Zapata Gordón, me contó que su hermano mayor recordó que tu cuerpo fue velado en la Alcaldía. Dice don Gerardo Naranjo en su libro que para celebrar los ochenta años de la llegada de los colonos, el 18 de noviembre de 1952, se colocó una placa conmemorativa en la cripta de la iglesia, en el osario que conserva los restos de los colonos. Dicha placa de bronce decía así: “Librando del olvido los nombres de José María, Encarnación y Raquel Marín, la Sociedad de Mejoras Públicas los presenta a consideración de las gentes, y pide a la historia la solemne consagración de su recuerdo”.

Otra de tus bisnietas que trabaja actualmente como secretaria de gobierno y de educación en la Administración Municipal de Apía (2023), Yeimi Alejandra Jiménez Patiño, me dijo que dicha placa ya no aparece en la cripta. Sin embargo, se honró tu recuerdo y el de los colonizadores, en una significativa eucaristía en el templo de Nuestra Señora del Rosario, el 18 de noviembre de 2022, al celebrarse los 150 años de la llegada de ellos, y los 70 años de nuestro escudo y tricolor, creados por don Gerardo Naranjo durante su alcaldía.

Moriste sin que se hubiera cumplido la promesa de algunos dirigentes de dotarte de una vivienda más digna que la que tenías en el antiguo tejtar a la entrada del pueblo.

Y qué mejor, Raquelita, para finalizar esta añoranza, que retornar a tu niñez, cuando llegaste a nuestras tierras con José María, Encarnación y Oritos, y ofrendarte los versos de otro gran poeta apiano, Juan Hely Morales Bedoya, dedicados a los colonizadores de Apía:

Este es mi pueblo

Este es mi pueblo, pequeña,
esta es mi tierra adorable,
con su alma de Quijote
su corazón de paisaje,
con sus perfumes que bajan
de las colinas distantes
en cortejos presuntuosos,
cabalgando por el aire.
Y sus tardes son hermosas,

sus tardes crepusculares
con arreboles de oro,
sobre los cerros distantes,
son un incendio fingido
sobre el regazo del aire,
un estallido en sordina
de mil granadas de sangre,
cual si explotara en el cielo
el corazón de la tarde.
Su corazón generoso
lo reparte sin ambages.
En él no asoma la duda,
ni el desvergonzado ultraje,
es un retazo de albura
sobre la cima triunfante,
es un regalo de amor
de unos viejos trashumantes.
Cuando llegaron aquí,
de otras tierras distantes,
clavaron en estas tierras,
con sus manos fraternales,
el asta de una bandera
indómita... insobornable,
para que nunca estés triste,
niña... de los ojos mares.



(Foto de Saturnino Marín y de su esposa Zoila Rosa Acevedo)

Ya hablé de Raquelita, una de las primeras mujeres que llegó de Antioquia Grande al territorio de Apía. ¿Y qué diré de ti, Saturnino Marín? Tu nombre y tu vida están impregnados de misterio. Le contó Raquelita, tu hermana, al historiador Gerardo Naranjo, que después llegaste tú con tu esposa Zoila Rosa Acevedo Cano. Como lo expresa este en el libro “Apía a través de la historia: “... Por mucho tiempo José María con su familia y Julián Ortiz son los únicos moradores de la comarca, mas poco a poco van llegando nuevas familias, en busca de porvenir, atraídas por la bondad de la tierra y la riqueza de las guacas...”. Más adelante te menciona: “... Saturnino, hijo de José María, llega al poco tiempo y se establece con sus padres...”.

No sé cómo sería tu personalidad, Saturnino, ni en qué sector vivías de Apía, qué hacías, ni anécdotas sobre tu existencia. Pero el destino me tenía deparado una grata sorpresa: una de tus bisnietas, la doctora Yormenelly Ruiz Álvarez, abogada, residente en Pereira, en una ocasión en que vino a Apía con su madre Consuelo Álvarez Marín, nieta tuya, hija única de tu hija Bernarda, me dijo que tenía datos precisos de tu descendencia. Meses después, muy gentilmente, me los envió incluyendo tu certificado de defunción. Qué paradoja, pues aún vives.

Me enteré, Saturnino, que también, como Raquelita, tuviste varios hijos: Romelia Marín Acevedo, Celmira, Elvira, Josefina, Rosa, Elisa, Bernarda, Deogracias y Luis Enrique, y que un infarto te llevó, a la edad de 83 años, el

13 de septiembre de 1937, en otro viaje por trochas enigmáticas a esa región sin tiempo de la Eternidad.

También una de tus tataranietas, Estelita Pérez, la secretaria del Despacho Parroquial, me dio otra sorpresa: me reveló que una de tus nietas, Josefina Hernández Marín, hija de Celmira, y que reside en Pereira, tiene en su poder un cuadernillo manuscrito en el que se pueden encontrar datos muy importantes de la colonización de Apía. Ojalá se pueda dar a conocer su contenido, a través de su familia, para aportar, en estos 140 años de la fundación de nuestro amado Corazón del viento, al conocimiento de la historia de la "... vieja Villa de las Cáscaras, mi san Antonio de Apía, hoy mi Apía centenaria...", como dice la letra del bambuco "Villa de las Cáscaras", del poeta Gerardo Naranjo, bellamente musicalizado por el maestro Rubo Marín Pulgarín.

De mi parte este soneto:

A los colonizadores del Corazón del viento

Tatamá, cerro tutelar y abuelo,
fuiste testigo del albor de Apía,
de la gran gesta de José María
que en ardua trocha encaminó su anhelo,

que cultivó en nuestro fecundo suelo,
donde hoy florece en lustre e hidalguía.
A los colonos esta poesía.
Que Dios los tenga en el hogar del cielo.

Llor a nuestro escudo y la bandera,
y a todos los quijotes que en la historia
le han dado a Apía bienestar y gloria.

Que reine en nuestro lar la primavera.
Gracias también a la mujer apiana.
¡Gestemos todos una patria hermanal!

Nota: Agradecimientos a Lucidia Patiño Gordón, nieta de Raquelita Marín, a la doctora Yormenelly Ruiz Álvarez y Consuelo Álvarez Marín, descendientes de Saturnino Marín, por la valiosa información sobre estos primeros colonizadores del Corazón del viento. Dios les pague y colme de bendiciones.

Mi tatarabuelo Celestino Naranjo y mi abuelo materno Faustino (Jobito) Naranjo figuran en el acta de los fundadores de Apía (15 de agosto de 1883). Gratitud infinita para ellos.

El siguiente texto me fue enviado el 13 de agosto de 2023, por la doctora Yormenelly Ruiz, su hermano Guillermo y la madre de ellos Consuelo Álvarez Marín, descendientes de Saturnino, un aporte muy valioso para develar el misterio de este colonizador de Apía. Gratitud infinita.

RELATO SOBRE SATURNINO MARÍN

Consuelo Álvarez Marín

Con base en las historias transmitidas por mi madre, Bernarda Marín Acevedo, sobre las vivencias de nuestro abuelo Saturnino y nuestra tía Raquelita al llegar a las tierras que hoy conforman el hermoso municipio de Apía, se revelan detalles cautivadores. Estos relatos nos transportan a una época pasada, marcada por la valentía y la determinación de quienes labraron un camino en estas tierras vírgenes.

Al establecerse en el sector conocido como Los Patios, nuestros antepasados plantaron las raíces de nuestra familia en este lugar lleno de historia y significado. La morada que albergó a Saturnino junto a su amada esposa Zoila Rosa fue testigo del nacimiento de sus nueve hijos, siete mujeres y dos varones. Se erigió exactamente en el espacio donde hoy se encuentra el Colegio Santo Tomás de Aquino. Esta casa, que resonaba con risas infantiles y el amor inquebrantable de una familia unida, dejó una huella indeleble en la tierra misma.

A tan solo unos pasos de distancia, en la localización actual de la sede del Colegio Industrial, había un lago y en sus orillas florecía un parque encantador, conocido como El Parque Mallarino.

La vivienda de Saturnino se asemejaba a las tradicionales casas de tapia, bahareque y madera, con dos pisos y espaciosos corredores. En la entrada principal, un jardín de flores conocido como El Rosal daba la bienvenida. Al traspasar la entrada, un amplio patio empedrado se extendía, flanqueado por dos escaleras que conducían al segundo piso. Al fondo del patio, un pasillo llevaba a otra entrada, desde donde se vislumbraban prados y árboles frutales, especialmente el árbol de guayaba, que formaban parte de la propiedad. A un costado de los prados serpenteaba la quebrada de Agualinda. El segundo piso de la casa albergaba las habitaciones, la sala, el comedor y una cocina con un fogón de leña.

Quiero relatar este recuerdo porque mi madre, heredera de la casa de Saturnino, me brindó la oportunidad de nacer y vivir allí hasta los ocho años. Según las palabras de mi madre, Saturnino, mi abuelo, poseía una estatura mediana, una piel de tono trigueño y recio en su contextura. Su presencia

irradiaba seriedad y orgullo. Su rostro estaba enmarcado por un bigote y barba que lucía con distinción. Gozaba de una salud envidiable y se cubría con una ruana al estilo de un poncho, siendo un apoyo en las comitivas y el artífice de las ollitas de barro que solían acompañarlas.

Mis tesoros de aquel entonces han perdurado a lo largo de los años: un pequeño sartén de hierro que mi madre, Bernarda, empleaba en sus comitivas, exquisitas chocolateras de cobre y un antiguo baúl de madera que fungía como un comodín. Entre mis pertenencias se encuentran postales que en su momento llegaron a manos de mis tías de parte de sus pretendientes. Y como una joya del pasado, todavía resplandece un reloj de la época, cuyo destino ha sido sellado como parte de las reliquias de la Granja San Isidro. Este regalo, otorgado en donación a Don Gerardo Naranjo, ha perdurado como un guardián silente de la historia de nuestro querido pueblo.

Es relevante destacar que las hijas de Saturnino establecieron sus hogares en el sector de Los Patios, levantando sus casas alrededor de la imponente residencia de su padre, la misma que ocupa ahora el espacio de las instalaciones del Colegio Santo Tomás de Aquino.



“Tus brisas, ¡ay!, me acarician”

Francisco Javier López Naranjo

No hace días un exalumno de la escuela Valentín Garcés, Eugenio Trejos, me comentó que había escuchado una grabación de los himnos de los municipios del departamento de Risaralda, Colombia, y que le parecieron muy marciales a excepción del de Apía, “Brisas del Tatamá”, de Carlos Echeverry García; y que por qué no se adelantaba una campaña para reemplazarlo por otro que se ajustara a las características de un himno. Coincidentalmente, la profesora Luz Dary Guiral Ruiz, en días recientes, me expresó que la letra de “Brisas del Tatamá” le parecía desactualizada y que por qué no se adoptaba otra más apropiada de algún poeta apiano.

Desde hace algunos años ilustres hijos del Corazón del viento han propuesto cambiar el himno de nuestro municipio por varias razones: aunque tiene un aire muy pegajoso y colombiano: bunde, su estructura no corresponde al ritmo de un himno, que es marcial. Además en su letra hay temas que no guardan correspondencia con los tiempos actuales: “... Cuando coja mis maizales me caso con mi paloma...”. “... Y benditos por el cura tendremos hijos y plata...”. Son versos que aluden a esa época rural de nuestro municipio cuando el cultivo predominante era el del maíz. Ni siquiera se cosechaba el café, que tanto prestigio nos ha dado, y no existían diversidad de cultivos y cultos religiosos. En este sentido, el poeta e historiador Gerardo Naranjo López y el maestro Rubo Marín Pulgarín, crearon el “Himno a Apía”, grabado en el LP “Mi pueblo y su música”, y cuya partitura está en poder de COMARCA, como una propuesta para un nuevo himno. Inclusive el año pasado el maestro Carlos Fernando López Naranjo quiso hacer una interpretación de dicho canto hermanando instituciones musicales de nuestro pueblo como el coro de la Casa de la Cultura, la Banda Marcial del Santo Tomás y a COMARCA; pero, lamentablemente, no fue posible.

Un dato curioso: en el libro de Gerardo Naranjo “Apía a través de la historia”, en la página 71, el autor afirma que en el año de 1954 la Sociedad de Mejoras Públicas abrió un concurso para crear el himno de Apía. Participaron 8 personas y el ganador fue el que concursó con el seudónimo de Pedro Diego. Pero no recibió ni el dinero ni el trofeo prometidos. Y, en mi opinión, lo más lamentable: ¡su texto quedó en el olvido!

Otra anécdota: fui testigo, cuando pertenecía a la antigua Banda Municipal de Músicos, de un comentario del maestro Rubo Marín Pulgarín, en el que afirmaba que “Brisas del Tatamá”, considerado el himno de Apía, en realidad se lo dedicó Carlos Echeverry García al vecino municipio de Santuario con el nombre de “Estampa rural n.º 1”, pero a instancias de unos apianos el maestro Carlos Echeverry lo dejó para nuestro terruño.

De manera, pues, que hay argumentos para considerar la posibilidad de un cambio de himno; pero es muy difícil modificar las tradiciones de un pueblo. Inclusive, alguien al que le comenté mi propósito de escribir sobre este tema me aconsejó que pensara muy bien en lo que iba a decir. La polémica está abierta. Mientras tanto, me seguiré emocionando con fervor patriótico, junto con otros paisanos que viven en Colombia y en el exterior, al escuchar las sentidas notas de: “Tus brisas, ¡ay!, me acarician”. Quizás el mayor atractivo de nuestro himno regional está precisamente en su singularidad: un bunde con un silbido de arriero y una letra que aluden, en esta prosaica época contemporánea, a esa Antioquia Grande a la que le cantara el poeta de la raza Jorge Robledo Ortiz.

Finalizo este artículo con la primera estrofa del “Himno a Apía”, letra de Gerardo Naranjo López y música de Rubo Marín Pulgarín:

“¡Salve, Apía!, tu suelo yo beso.

Tu memoria en el tiempo estará;

el amor que a tu nombre profeso

oración en mis labios será”.



Blanca Idilia

Sangre azul

Francisco Javier López Naranjo, Apía, Risaralda, Colombia

(Recientemente la Unesco declaró la partería como patrimonio cultural inmaterial de la humanidad. Por lo que les comparto este cuento de mi autoría, que en realidad es casi un documento histórico, ya que recoge fielmente lo que me contó Blanca Idilia, partera muy popular en Apía, sobre su vida. Lo único que es ficción es su desenlace o muerte, ya que en realidad ella murió hace pocos años en Pereira en casa de sus hijas)

Blanca Idilia, “La hija de la sirvienta”, como la llamaban algunos de sus familiares de la crema y nata de Pueblo Rico, Risaralda, fue el fruto de una violación, y por ello también se referían a ella como: “¡Bastarda!” .

La niña no podía entender el significado de esta palabra. Le parecía un sonoro apellido con que la elogiaban. Y le preguntó a Elisa su progenitora, que trabajaba en las cocinas de las familias pudientes:

–Mamá, ¿por qué en la calle algunas personas me llaman bastarda?

Elisa guardó silencio; y, entre indignada y compasiva, atinó a responderle con una verdad a medias:

–Blanca Idilia, bastarda es la que se le murió el papá. En realidad el padre de la niña, luego de la violación, se perdió de Pueblo Rico de huida de un hermano de Elisa. Y no se volvió a saber nada de él, como si hubiera muerto. Y Elisa tuvo que retirarse de las Hijas de María, que congregaban a devotas doncellas. El párroco le dijo que, aunque fue violada, sería un escándalo que continuara en una institución tan ejemplar.

Blanca Idilia le creyó a su mamá el significado de bastarda. La consideraba una sabia, aunque algo cansona, porque en las noches, en la pieza de la sirvienta, con tesón de maestra le enseñó a leer, escribir, sumar, restar y cultura general:

–Blanca Idilia, tráigame diez frijoles, ¿si de estos diez frijoles le regalo cuatro, ¿cuántos me quedan?

–Pues, seis, mamá.

–Y si a esos seis frijoles le aumento dos, ¿cuántos son?

–¡Ocho!

–¡Blanca idilia, que no te sentés así que así se sientan las sinvergüenzas!

Elisa era una devoradora de libros, que guardaba celosamente bajo llave en un destartalado cajón, donde había obras prohibidas, como las de Vargas Vila, que la niña, a los nueve años, a hurtadillas, leía con avidez. Para ello abría con un cuchillo la parte inferior del cajón; y, luego de la lectura, lo volvía a cerrar.

Por las noches, Elisa, en la pieza de la sirvienta, la bombardeaba con preguntas para afianzar los conocimientos de la niña:

–Blanca Idilia, ¿quién fue el primer protestante?

–Pues Martín Lutero, mamá.

Y otras de esta laya, hasta cuando la niña, vencida por el cansancio, se dormía sin escuchar cuentos de príncipes y hadas

Blanca Idilia superó ampliamente en conocimientos a sus compañeras de escuela, pese a que solo estudiaba como asistente, debido a los frecuentes cambios de domicilio de Elisa a otros pueblos como Apía, Viterbo, Riosucio y Anserma viejo, a trabajar en servicios domésticos. Para la niña era un descanso cambiar de escuela debido a los continuos burlas y pellizcos de sus compañeros. Pellizcos a los que llamaba envidias, desde cuando, en la primera comunión, el sacerdote la puso a encabezar el desfile por ser la única que llevaba una hermosa corona de azahares; y una de las niñas, contrariada, le dio un tremendo pellizco. Elisa la consoló, diciéndole:

–Es envidia.

De ahí en adelante cuando le daban un pellizco, Blanca Idilia le decía llorando a Elisa:

–¡Ay, mamá, me dieron una envidia en el brazo! Mire el morado que me dejó.

La niña, por medio de Elisa, se enteraba de algunas intimidades de los hogares: cómo una de las beatas de una distinguida familia, donde trabajaba, le regaló, en secreto, su hijo a la partera que la atendió, para seguir siendo una “señorita”. El padre de la criatura puso pies en polvorosa. El niño creció entre penurias; y, ya adulto, trabajó como lavador de carros en Pereira, donde murió en la miseria, sin saber de la rica herencia a la que tenía derecho por parte de su verdadera madre.

A los doce años, Blanca Idilia fue cortejada por una persona mucho mayor que ella, un viudo. En las visitas el novio le llevaba bolsas de mecato, y la niña se volaba a compartir las golosinas con las amigas, dejándolo plantado. Así y todo, el señor le propuso matrimonio; y Elisa, para que vivieran en un hogar estable, preguntó al párroco de Pueblo Rico si la niña, con tan solo doce años, se podía casar. El sacerdote consultó con el obispo y este dijo:

-Que paguen la dispensa de diez pesos y que se casen.

Días después, los vecinos escuchaban alarmados el tropel por los zarzos de sus casas, cuando Blanca Idilia huía de los ímpetus de su marido. La niña no sabía nada de sexo; y, escandalizada, se refugiaba en casa de sus amigas, donde les comentaba las groserías que trataba hacerle el frustrado marido.

Como para un curso de enfermera necesitaba certificado de quinto de primaria, y ella no tenía ni el de primero, la directora de una escuela de Apía, por ayudarle, le hizo el certificado, con la condición de que guardara el secreto para la directora no perder la jubilación. Gracias a ello, Blanca Idilia se convirtió en la partera del pueblo. Con sus manos prodigiosas extrajo de entre las cálidas entrañas de las parturientas apianas a cientos de pobladores del Corazón del viento, entre ellos a quien esto escribe. Pero en ninguno de los partos llegó a ver sangre azul, así fueran damas de alta alcurnia o encumbradas matronas, y se sonreía al recordar lo que le sucedió cuando apenas tenía seis años:

En esa época Elisa le comentó que estaba trabajando en la casa de la familia Naranjo, y al preguntar la niña quién era esa familia le respondió:

—¡Ave María!, esa familia es de sangre azul.

La niña quedó muy intrigada con lo de la sangre azul. Y días después, cuando se enteró por Elisa de que una señora de dicha familia estaba en el hospital porque se había herido una mano, corrió allí a ver la sangre azul que salía de la herida. La niña regresó llorando a la casa. Elisa le preguntó el motivo y Blanca Idilia le respondió:

—¡Ay, mamá!, cuando llegué al hospital, a la señora Naranjo ya la habían vendado y no pude ver la sangre azul.

Elisa entre risas le dijo:

—¡Blanca Idilia, por Dios!, cuando le dije que la familia Naranjo era de sangre azul me refería a que es muy noble y distinguida. Allí hay sacerdotes y monjas. Por ejemplo, se dice que los reyes y reinas son de sangre azul, pero todos tienen la sangre roja como cualquier mortal.

Blanca Idilia, ya octogenaria y mareada por el vértigo del tiempo, todavía recordaba como una sonrisa esa anécdota de su niñez. En un ocaso, mientras el majestuoso Tatamá se adormecía en un lecho de arreboles, vio que la llamaba su colega la gran partera Muerte con la guadaña, y que con esta le cortó el cordón de plata que unía el alma al cuerpo y nació en la eternidad libre de ataduras y apariencias. Flotó sobre las techumbres, las torres del pueblo, las crestas del Tatamá, y se elevó hacia el infinito. Lo que más la sorprendió fue ver que la guadaña le había causado en su esencia una deleitosa herida de la que manaba una palpitante luz color cielo que se fundía con el universo. ¡Era sangre azul!



Aquaria, maestro Manuel Castelín

Respecto al doce de octubre

Francisco Javier López Naranjo

El doce de octubre se recuerda la llegada de Cristóbal Colón y sus hombres a América, y todavía seguimos en debates sobre la leyenda negra y la leyenda rosa de la España conquistadora. Me parece más realista, en vez de discutir sobre quiénes fueron los buenos y los malos de este hecho, ser conscientes de que tanto los amerindios como los conquistadores eran humanos. En el código genético del Homo sapiens está el instinto animal de proteger un territorio, que llevado al extremo, por la ambición, desencadena invasiones, esclavitudes y guerras.

Apartándome un poco de la postura romántica del buen salvaje, y sin justificar las atrocidades cometidas por los conquistadores a las culturas indígenas precolombinas, que estaban en todo su derecho de defenderse, también en estas hubo divisiones y guerras para proteger o extender sus dominios o imperios. Inclusive se dice que esta fue una de las causas de su caída ante los conquistadores, quienes se aliaron con algunas tribus para sojuzgar a otras. Al respecto el historiador sevillano Esteban Mira Caballos, autor del polémico libro "El descubrimiento de Europa", afirma que: "La gente piensa que España colonizó América, pero la conquista fue pactada entre indígenas y españoles: el 95% de los conquistadores eran indígenas". Supongo que, basado en el instinto territorial o de dominación del ser humano, si imperios amerindios belicosos hubieran tenido medios de transporte y armas superiores a las de los conquistadores posiblemente habrían invadido a España y otras naciones

europas, y hoy la historia sería muy diferente. Me parece una actitud más realista, en vez de lamentarnos inútilmente de un pasado que se tenía que dar por el determinismo de la historia (en el que son frecuentes las invasiones y mestizajes), exaltar lo más digno que hoy, como humanos y mestizos, heredamos de nuestros ancestros indígenas, negros y blancos: sus aportes a la ciencia, sus obras de arte, sus acciones sublimes; y, lo mejor, una fuerza unificadora que nos humana y hermana a todos, quizás más allá de nuestro código genético: el amor fraterno. Lo único que podría evitar que las barbaries y etnocidios se repitan.

Canto a Amerindia

Salve pueblo, el imperio amerindio,
noble sangre en crisol mestizada.
A pesar de su ocaso el Sol quiso
reforjar del rubí nueva savia.
No fue el hado un fatal sacrificio,
sangres varias se hicieron hermanas,
y fundieron su ancestro divino
¡en auroras de amor y esperanza!

Respecto a este polémico artículo sobre el doce de octubre, que publiqué en mis redes, un reconocido y laureado escritor y amigo, que me ha apoyado mucho en mi quehacer literario, me manifestó su desacuerdo, el cual les comparto:

"No estoy de acuerdo. Colón desencadenó el más atroz de los genocidios. Ya es tiempo de derribar las estatuas de esos hijueputas que vinieron a matar, robar, violar. No dejaron nada porque los idiomas nativos ERAN MÁS EVOLUCIONADOS que los europeos y las religiones más respetuosas del otro. Extraño concepto el suyo".

Sobre las alianzas de indígenas con los españoles en la conquista escribió:

«Ya había visto la nota en internet. "Patadas de ahogao". El tipo quiere echar a otros la culpa del genocidio de América. Los indígenas no colaboraron, fueron obligados por la fuerza, ya convertidos en esclavos».

A lo que respondí:

Respetado amigo, escritor y poeta. Toda la vida he sido indigenista, inclusive desde niño cuando jugaba a los indios con mi hermano Carlos, lo que me llevó a escribir "El ocaso de un pueblo", tragedia musical indigenista, un clásico del arte apiano. Como digo en mi artículo en cuestión, no justifico las barbaries de los conquistadores contra los amerindios, pero trato de estar por encima de la leyenda negra y rosa y ser realista basándome en el instinto humano de dominación que tanto en imperios amerindios como en los conquistadores españoles los llevó a sojuzgar otros pueblos. Y que en la actualidad se manifiesta en imperialismos de derecha, izquierda o fundamentalistas. Sin

ignorar los matices, pues en el transcurso de la historia este instinto de agresividad se ha manifestado menos en unos pueblos que en otros. Para que estos genocidios no se repitan solo encuentro cultivar lo que me parece más digno en nosotros: el amor fraterno (lo que implica vigilar nuestro ego), una de cuyas manifestaciones es el diálogo cordial y el respeto a las diferencias. Trato al máximo de no ser dogmático y me abro a la posibilidad de estar equivocado.

Cual tambor aborigen redivivo

Inspírame un soneto, oh, Pachamama,
cual tambor aborigen redivivo,
que despierte las glorias del nativo,
o sea como quena que lo llama.

Un soneto que vibre como flama,
al evocar al inca primitivo,
al mapuche, al azteca, al chibcha altivo,
al maya sideral y al atacama...

Como cóndores: reyes de los Andes,
hijos del Sol, orfebres de epopeyas
y artes en el crisol americano.

Oh, Pachamama, su reinado expandes
en la sangre, añoranza y las estrellas.
¡Loor al amerindio soberano!

Grises en la historia

Apuntes para una futura historia de Apía (4)

(*Las Artes, Proyección Siglo XXI*. A propósito de un artículo de Alfredo Cardona Tobón sobre el padre Corrales)



En mi artículo publicado en *Las Artes: Apuntes para una futura historia de Apía* (31 / 07 / 2016), hablaba sobre lo subjetiva que es la historia, ya que no es una ciencia exacta, y está propensa a frecuentes equivocaciones y rectificaciones. Por ello me gusta más la poesía, arte en el que uno puede tomarse la licencia de decir mentirillas y fantasear; sin las arideces, fechas y nombres de la historia, que es exigente, y más cuando se ponen en tela de juicio los actos de una persona, comunidad o pueblo. Hace años, no recuerdo la fecha y este es uno de mis defectos en la investigación de la historia, vino a Apía un reconocido historiador de la capital risaraldense, que en su documentada conferencia afirmó que Apía había sido colonizado y fundado por gente «non sancta»: prófugos de la justicia o de baja ralea, lo que causó el disgusto de los asistentes y de historiadores y escritores apianos, como Gerardo Naranjo López y Alboín Gómez Duque.

Más tarde en el periódico municipal *Proyección Siglo XXI* escribí un artículo: *Negro y rosa en la historia de Apía*, en el que basándome en los comentarios del maestro Valentín Garcés en una antigua revista: *Cruz y Bien* (n.º15, 1923), afirmé que una buena parte de nuestros colonizadores huyeron de Antioquia por problemas con la justicia. Pero ese arriero antioqueño que llevo por las trochas de mi alma, como digo en uno de mis poemas, clamó en el fondo de mi conciencia: ¿de manera, pues, que esos titanes de la epopeya antioqueña, cantada en hermosos romances y bambucos por insignes bardos y compositores eran simplemente unos bandoleros proscritos o prófugos, como muchos de los conquistadores que arrasaron a América?... ¿A qué se refería exactamente el ilustre maestro Valentín Garcés?...

Textualmente, en la citada revista, este afirmaba: «... Hay que advertir que, más o menos, la tercera parte del vecindario, hasta 1898, se componía de bandoleros y prófugos de la justicia...». De donde se concluye que no fueron todos los colonizadores, ni siquiera la mayoría de ellos, los causantes de esta etapa negra de la historia de Apía, sino, más o menos, una tercera parte que aterrorizaba a las gentes. Lo que prueba, una vez más, los errores en que caemos quienes nos metemos a historiadores por no interpretar bien los datos investigados o por seguir esa tendencia contemporánea de desacralizar, desmitificar o ridiculizar a los grandes hombres o pueblos.

José Ingenieros, en su maravilloso libro *El hombre mediocre*, al hacer una radiografía de la mediocridad enseña que los mediocres somos mayoría en la sociedad y que los héroes, santos y genios o los decididamente perversos son pocos. Y, es más, agregaría a lo dicho por José Ingenieros, que todos somos una conjunción de luces y sombras. Y como decía La Rochefoucauld: «Sólo los grandes hombres tienen grandes defectos». Me parece que la historia la realizan hombres y pueblos con virtudes y defectos. Sería un error hablar únicamente de las luces (leyenda rosa, blanca o dorada) como de las sombras (leyenda negra). Y más cuando esas luces y sombras no son realidades objetivas sino que dependen del color del lente con que miramos los

acontecimientos (prejuicios, dogmas, condicionamientos psicológicos y culturales).

Decía Fernando Araújo Veléz en su artículo *Guerra de palabras* de *El Espectador* (10/09/2016): «... Clasificar todo como bueno o malo y dejar por fuera los grises, sin darnos cuenta que nosotros somos los que decidimos qué es bueno y qué es malo, y son los grises de la vida los que más nos determinan...».

Habría que buscar el tono exacto del cual aprendamos las valiosas lecciones de la historia. Y, en el caso de la colonización antioqueña, me parece que no mintieron aquellos inspirados cantores que exaltaron a esa Antioquia Grande, como Jorge Robledo Ortiz, El poeta de la raza; Luis Carlos González Mejía, el poeta de la ruana; y los bardos apianos Alboín Gómez Duque, Gerardo Naranjo López, Gersaín Restrepo Agudelo y Juan Hely Morales Bedoya, entre otros.

Esto de los grises en la historia se puede aplicar también al artículo publicado recientemente en *Las Artes* (21/ 08/ 2016), por el respetado historiador Alfredo Cardona Tobón: *José Jesús Uribe y el cura Agustín Corrales*, tema que trata también en su libro: *Indios, curas y maiceros* (Hoyos Editores, 2004, p. 138). Habla Alfredo Cardona de las arbitrariedades y las persecuciones injustas del cura Agustín Corrales, párroco de Apía desde el año 1906 hasta el año 1934, a los ciudadanos José Jesús Uribe, Luis Saldarriaga, Juan de Dios Agudelo, Daniel Toro y a otros vecinos, como el médico Ricardo Eastman, que abandonaron la población por presión de Corrales. Y concluye que: «... Su comportamiento fue nefasto para Apía, pues enfrentó a los vecinos, y lo más grave de todo fue que incitó a la violencia, abonando inconscientemente la dolorosa hecatombe que ensangrentó a Apía y a los pueblos vecinos en la nefasta época de mitad del siglo XX». Otra visión muy opuesta a esta leyenda negra sobre el padre Corrales es la que sostiene el ilustre historiador apiano Gerardo Naranjo López, en su libro *Apía a través de la historia* (Fondo Editorial. Gobernación de Risaralda, 1986, p.33): «Es el Padre Corrales, con su recia personalidad, quien más contribuye al adelanto social, moral, espiritual, material e intelectual de la población... Inculca en sus parroquianos el interés por la educación y el amor por el cultivo de la inteligencia... Mueve a los campesinos para que aprendan a cultivar la papa y el trigo y les trae un molino para su trilla; trae ovejas y las regala para que se incremente su cría; adquiere algunos molinos para el maíz y los dona a sus feligreses... Impulsa la construcción de escuelas en las veredas... Conformo una sociedad para la adquisición de una imprenta, en donde edita *Cruz y Bien*, *Ecos de Occidente* y algunos otros órganos de publicidad... Impulsa las obras municipales... Estas, entre otras muchas, son obras del padre Corrales. Desde la cátedra sagrada y desde su periódico libra campañas para que la capital de Caldas, Manizales, tome conciencia y se interese por la carretera Arauca-Apía, a fin de desembotellar el occidente del departamento, rescatar el Chocó y llegar al mar...».

Y para acercarnos a ese tono gris preciso, en la pintura de la historia del padre Corrales, tomaré otro poco de color blanco: un soneto anónimo que rescaté de la revista *Cruz y Bien*, de diciembre 10 de 1931, y que algunos lo atribuyen al presbítero doctor Isaías Naranjo Ríos:

Al presbítero doctor Agustín Corrales

(Con motivo de sus bodas sacerdotales)

Cinco lustros de augusto ministerio,
de predicar la celestial doctrina,
de dar al corazón la paz divina
con el amor, altísimo misterio.

Cinco lustros llenando de alegría
y de consuelo al pecador contrito
que al escuchar de la conciencia el grito,
vuelto hacia Dios, la perfección ansía.

Haz prodigado el bien a manos llenas,
han sido tu pasión las obras buenas
y servir al Señor tu único anhelo.

Él te conceda, en premio, bienandanza;
y, después de esta vida de esperanza,
¡la interminable beatitud del cielo...!



Apía, 11 de diciembre de 2.012

El tío Isaías y los Naranjo

Cuando evoco al tío Naranjo inevitablemente toma vida en mi memoria la imagen de un personaje corpulento, de mediana estatura, tez morena, con anteojos y sotana, poncho y sombrero de caña, montado en su mula, a la que llamaba: "El tío Conejo" y con una actitud que irradiaba autoridad, sabiduría y nobleza, haciéndole honor al apellido Naranjo, que, según algunos historiadores, es un apellido de sotanas: "Fueron numerosos los personajes con este apellido que tuvieron un papel trascendental dentro de la iglesia en los últimos tres siglos", se lee en el periódico El Colombiano, del jueves 1 de abril de 2.004 en un extenso artículo, muy bien documentado, sobre el apellido Naranjo. También dice el citado artículo: "Los de apellido Naranjo se caracterizan por su nobleza, desprendimiento, magnanimidad, generosidad y constancia".

"En la historia del apellido con frecuencia muchos Naranjo tuvieron accesos a niveles de poder y cuando lo hicieron sirvieron a reyes y monarcas, cultivando las bellas letras, pregonando y haciendo respetar la fe y siendo de los primeros en defender y portar las virtudes caballerescas, para amparar a los necesitados y para defender al soberano y a la patria". Este perfil se ajusta en gran medida a la personalidad del Tío Naranjo, Presbítero Doctor Isaías Naranjo de los Ríos, y aunque no sirvió ni a reyes ni a monarcas sí tuvo acceso a niveles de poder y cultivó las virtudes caballerescas, para amparar a los necesitados, y las bellas letras, en las que descolló en la oratoria sagrada, el género epistolar y algunos poemas de corte clásico que, aunque pocos, dan fe de su alto vuelo poético.

Fue un enamorado de los libros. Desde muy tempranas horas madrugaba a leer en su voluminosa biblioteca, hogar de grandes clásicos de la literatura universal. Sus padres, Celestino Naranjo y Soledad de los Ríos, eran originarios del suroeste antioqueño y formaron parte de esa gesta colonizadora y fundadora de pueblos en tierras del "Viejo Caldas", como consta en el acta de fundación de Apía, donde figuran nombre de Celestino Naranjo y su hijo Jobito Naranjo. Es muy probable que haya sido descendiente de Miguel Muñoz Naranjo y Machuca, de quien, afirma el genealogista Rodrigo Escobar Restrepo, descienden todos los Naranjo de Antioquia y el Viejo Caldas. Aquí podemos incluir a Tomás Carrasquilla Naranjo, el reconocido escritor antioqueño, según consta en su árbol genealógico.

Se dice que Miguel Muñoz Naranjo provenía de la provincia de Badajoz, en Extremadura, España, luego se radicó en Cartagena y llegó a Antioquia, la Grande, a fundar el apellido. Su rama genealógica provenía de la región española de Asturias, de donde se afirma es originario el apellido Naranjo. "Se trata de un linaje muy antiguo y noble, cuyo primitivo solar estuvo ubicado en el

llamado monte Naranco, junto a Oviedo, llamado así en primer término hasta convertirse luego en la forma de Naranjo –se lee en el mencionado artículo de El Colombiano–. El apellido Naranjo significa por consiguiente: persona descendiente del lugar Naranco o Naranjo”. Según los etimologistas la palabra naranjo se deriva del vocablo árabe “naranga” y éste, a su vez, del persa “narang”, que significa en la acepción castellana: “árbol naranjo”.

Respecto al gen literario que llevamos los Naranjo –mi Tío Gerardo Naranjo López fue escritor, historiador y poeta–, no sé si es por él o por la gran influencia del Padre Isaías que me picó el bicho del amor a las bellas letras, el cual me impulsa a escribir esta semblanza sobre mi Tío. Pues desde muy niño crecí viéndolo leer en su nutrida biblioteca, donde la curiosidad me impulsaba a ojear algunos libros de hermosas láminas. Una vez encontré sobre su escritorio una historieta, como las que yo leía en ese entonces, de Superman o Tarzán; pero con la diferencia de que esta trataba, nada más y nada menos, que de la vida y obra del gran poeta mexicano Amado Nervo, a quien admiro. Todavía recuerdo aquellos versos de Nervo con que terminaba aquella historieta, y que desde entonces me han impactado:

“Amé, fui amado, el sol acarició mi faz.

Vida, nada me debes. Vida estamos en paz”.

A veces creo que el Tío la colocó intencionalmente sobre su escritorio, con la esperanza de que su inquieto sobrino se inclinara hacia las letras.

Lo cierto es que desde niño se interesó en enseñarme poesías de grandes clásicos para que las declamara en las izadas de bandera de la escuela, las clausuras o actos culturales. Poesías que a veces no entendía; pero cuya musicalidad seguramente influyó para que se activara en mí el gen de la literatura.

En mi adolescencia me enseñó la poesía *Vejez* de José Asunción Silva para que se la declamara al rector del colegio en un aniversario.

“Las cosas viejas, tristes, desteñidas

sin voz y sin color saben secretos

de las épocas muertas, de las vidas

que ya nadie conserva en la memoria...”.

Y seguramente ello influyó para que más tarde el rector soportara mis irreverencias de poeta maldito y los robos que hacía de libros de la biblioteca del colegio para poder leerlos en mi casa. Cuando con un grupo de amigos rebeldes de aquella época conformé un grupo literario llamado “Los Ángeles Satánicos”, el buen Tío asistió al teatro a escuchar mi declamación y luego me hizo sugerencias sobre cómo mejorar en este arte.

En otra ocasión me invitó a que le leyera un extenso y pesado cuento de ciencia ficción de mi autoría. Tuvo la paciencia de escucharme y me dio unas recomendaciones para pulirlo.

Aunque fue un prominente sacerdote y educador el destino lo llevó también a desempeñar el rol de padre de la familia. Cuando murió su hermano Faustino Naranjo se hizo cargo de los hijos e hijas de éste, entre ellas dos viudas, mi madre Josefina Naranjo y mi madrina Margarita, cada una con sus respectivos hijos. De manera, pues, que nos levantamos también bajo su tutela nueve sobrinos segundos con los cuales se comportó como un padre comprensivo y generoso.

Recuerdo que, en mi niñez, cuando me apasioné por los experimentos científicos, una vez fabriqué un cohete impulsado con pólvora. La plataforma de lanzamiento fue el patio de la casa, pero con tan mala suerte que el cohete describió un ángulo, se metió por la ventana de la cocina y fue a parar a la olla de los fríjoles. Tuvieron que botar los fríjoles y casi me botan también de la casa. Me prohibieron los experimentos; pero cuando le pedí al Tío Naranjo autorización para seguir con ellos el buen padre me dio su aprobación o, más bien, su absolución.

Más tarde, en mi crítica adolescencia, cuando me convertí en poeta nadaísta y nihilista hasta el punto de dudar de mi propia existencia, y solicité ayuda porque creí que me estaba enloqueciendo, el Tío Naranjo me llevó donde un sicólogo en Manizales, con la esperanza de que su sobrino se rehabilitara. Grande fue su sorpresa cuando descubrió a través de las revelaciones que le hizo el sicólogo, quien también era sacerdote, que el sobrino había perdido la fe en Dios. Sin embargo, nada me reprochó. Ni siquiera cuando perdí el penúltimo año del bachillerato y solo me dijo: "Mijo, no se desanime siga estudiando y eche para adelante".

Cuando a los 20 años decidí casarme para rehacer mi turbulenta vida, y algunos de mis familiares creyeron que era "otra locura más de pacho", el Tío Naranjo, compadecido por la propuesta que le hice de trabajar en alguna de sus fincas para sostener mi nuevo hogar –no tenía idea el enamorado sobrino de cómo coger café ni manejar un machete o un azadón–, viajó a Pereira a hablar con un amigo suyo, supervisor de educación para vincularme al magisterio, profesión que desempeñé durante 35 años, y, gracias a la cual, no solo he sostenido mi hogar sino que, además, me sirvió para desplegar todos mis talentos y aprender valiosas lecciones de la vida.

De manera, pues, que tengo bastante que agradecerle a la nobleza del Tío Naranjo, que hizo extensiva al resto de sus sobrinos y sobrinas a su cargo.

Volviendo al artículo del periódico El Colombiano sobre el perfil de los Naranjo dice: "Los de apellido Naranjo no son los de mejor humor. En sus rostros y en sus cuerpos más bien reflejan actitudes de vigilancia, autoridad, dominio, poder, valentía y bravura". Aunque el Tío Naranjo inspiraba una gran autoridad era de muy buen humor. Célebres por sus chanzas y chispeantes ocurrencias. Contaba mi madre que cierta vez mi bisabuela materna, Madre Martina, le dijo al tío: "Eh, avemaría, Padre, usted a muchas personas les ha dedicado hermosos versos o palabras bonitas, pero a mí nada todavía". Y el Tío Naranjo, solemne le dijo en inspirado acento, mirándola con ternura: "Oiga, pues, Martina: Estando a las puertas del cielo me acordé que te quería, ¡y me puse a desenalmar!".

Lo que ocasionó la risa de los que estaban presentes, mientras madre Martina decía decepcionada: “Eh, ave maría, Padre, usted sí, eh, ave maría”.

También fui víctima de una de sus bromas. En cierta ocasión vi un libro sobre su escritorio. El título con letras grandes decía: “Cómo disfrutar del acto sexual”, y tenía una lámina erótica muy sugestiva. Pero cuando abrí el libro sufrí una fuerte descarga eléctrica que me hizo soltarlo, mientras el Tío Naranjo se moría de la risa. En realidad, no era un libro sino que en su interior había dos pilas, que al abrir el presunto libro propinaban tremendo corrientazo. Fueron muchos los “electrocutados” por esta broma.

Pero cuando de hacer sentir su autoridad se trataba el Tío Naranjo era temible. Se encerraba muy temprano a dormir, haciéndole honor al dicho aquel de nuestros abuelos: “Acuéstate con las aves y levántate con el sol”. Pero sus traviosos sobrinos, en algunas ocasiones, no lo dejábamos disfrutar de un sueño reparador con nuestros juegos y cotorreos.

Aunque, a decir verdad, a veces lo hacíamos adrede porque sabíamos que no demoraba en escucharse, como un trueno, desde su habitación: “¡Que dejen dormir!”. Y los desobedientes y azuzadores sobrinos continuábamos con la bulla. Cuando luego de repetidos truenos veíamos que se encendía, como un relámpago, la luz de su pieza amenazando tempestad, y escuchábamos un tremendo portazo, mientras un amenazante rejo asomaba por la puerta, emprendíamos la retirada en un: “¡Sálvese quien pueda!”, y nos refugiábamos en una cama, tapados con las cobijas hasta la coronilla. Nuestra adrenalina se disparaba al sentir sus acelerados pasos que se acercaban, y llegaba al clímax al escuchar los fuetazos del rejo sobre nosotros. Entonces, exclamábamos suplicantes: “¡Tío!” “¡Tío!”.

En realidad, nunca nos dolieron ni aun a mí cuando cierta vez mis hermanos y primos, en su afán de ocultarse, me dejaron indefenso fuera de las cobijas. Ahora comprendo que el tío dosificaba muy bien la intensidad de los rejos para que causaran mucho ruido y nada de dolor. Lo importante era hacer sentir su autoridad. Todavía recuerdo el rejo, era inmenso y con dos tirillas de cuero. Lo utilizaba para cabalgar; pero tampoco martirizaba con él al Tío Conejo, pues no era amigo de maltratar a los animales.

El día de su funeral, en el crepúsculo, llevamos su cuerpo al camposanto, y me acordé de los versos que siempre declamaba cuando lo acompañábamos a visitar el cementerio en el ocaso:

“Al ocultarse el sol tras la montaña
me dirigí, ayer, tarde
al triste sitio donde al fin concluyen
las locas vanidades...”.

Del poema *Tumbas Húmedas* de Julio A. Calcagno

Si bien es cierto que en el cementerio concluyen las locas vanidades, también lo es que el amor brindado a los demás en el transcurso de la existencia es lo verdaderamente importante. Y en este sentido el Presbítero Doctor Isaías Naranjo de los Ríos, Tío Naranjo, dejó una honda huella en el alma de sus sobrinos, familiares, coterráneos y amigos. Le hizo honor al apellido Naranjo. Y es la fuerza divina de la gratitud, que nace del amor, antes que mi gen literario, la que me impulsa a expresarle con todo el corazón, emulando el poema aquel de mi infancia: “En Paz”, de Amado Nervo:

“Amó, fue amado, el sol acarició su faz.

¡Gracias, Tío Naranjo! ¡Vida estamos en paz!”.



La Fragua, n ° 105, agosto de 1.983

Historia de unas flores tristes

(El presente artículo fue leído por el autor en el Club Tucarma de Apía, el 10 de junio de 1.983, al conmemorarse el segundo aniversario del fallecimiento del pbro. doctor Isaías Naranjo).

Las Violetas

Oh, flores que nacéis tristes
entre la hierba escondidas.
Cuánto me sois parecidas
a unas flores que yo amé.

Flores que en mi alma nacieron
en mis horas de bonanza.
Yo las llamaba esperanza
y el cierzo las marchitó.

Hermosas sobre su tallo
en el aura se mecían,
y a la par que ellas crecían
también mi pena aumentó.

No tenían otro riego
que el de mi continuo llanto
ni otro sol que el fuego santo
del más inflamado amor.

Hojas secas y marchitas
solamente me quedaron.
Hojas secas que volaron
con el viento y el dolor.

Hoy mi pecho es un desierto
donde nacen solo abrojos,
¡y ya no hay llanto en mis ojos
para regar otra flor!

Estos eran los sentidos versos que, desde su silla de enfermedad, tarareaba nostálgicamente el padre Isaías Naranjo Ríos, a quien sus sobrinos de hasta dos y tres generaciones llamábamos cariñosamente: “El tío Naranjo”, siendo uno de los grandes ausentes del centenario de la fundación de Apía, que se aproxima.

Él anhelaba componerle música a esta inspirada poesía: “Las violetas”, para hacer de ella, sin duda, una canción homóloga a “Mis flores negras”, letra de Julio Flores y música de Rolando Vivas, una de las melodías predilectas del Tío Naranjo. Y con voz gangosa, cansada por los años, lo oíamos tararear en su silla de enfermo, con la intención de inventarle una música a “Las violetas”, expresando así la recóndita tristeza de su alma que se consumía en los recuerdos.

Nunca supimos con certeza si él fue el autor de la inspirada letra; pero de lo que sí estamos seguros es de que en esta bellísima poesía estaba sintetizada su propia vida, desde que retoñó en los ocasos del siglo XIX en las feraces tierras de la Vereda Guarne, en Apía, a quien tanto amó.

Bebieron allí los capullos del Naranjo, en el seno de la Madre Natura, las primeras gotas del rocío vivificante de la aurora y jugaron más tarde, en sus tiernos pétalos, con las mariposas silvestres de sus sueños. Crecieron los azahares del Naranjo respirando la esencia prístina del campo, nutriéndose con la vida campesina y escuchando el trino de los pájaros. En las noches despejadas los inquietos azahares anhelaban alcanzar las estrellas. Y su savia, anhelante de espiritualidad, esparció en el viento sus aromas morales e intelectuales. Y trasmontó la abrupta cordillera hasta el entonces Atenas Colombiano: Manizales, donde, en el seminario, bebió de la fuente viva, descubriendo su misión divina, que lo llevaría, incluso, a navegar el océano y recorrer la Ibera castellana de los hidalgos, la Roma imperial de los césares y el Egipto misterioso de los faraones, pretendiendo descifrar el misterio de la esfinge; conquistar, como Alejandro Magno, el mundo y enriqueciéndose con las culturas de Europa y Asia.

Pero el inflamado amor a su tierra lo hizo retornar un día, con los vientos del Oriente, perfumando con su florida sabiduría a quienes se acercaron sedientos a beber de él. Esas fueron sus horas de bonanza; pero el implacable cierzo del tiempo fue marchitando lentamente los azahares del Naranjo. Entonces, su esencia desaforada no se dio por vencida, y ya cuando el aroma no podía salir del jardín, su mejo abono, aliento o amigo fue, como siempre, el polvo de los libros de su biblioteca, donde siguió inspirándose en los clásicos, discutiendo filosóficamente con Platón, disfrutando las aventuras quijotescas de Cervantes y suspirando con los versos de Silva o de Virgilio.

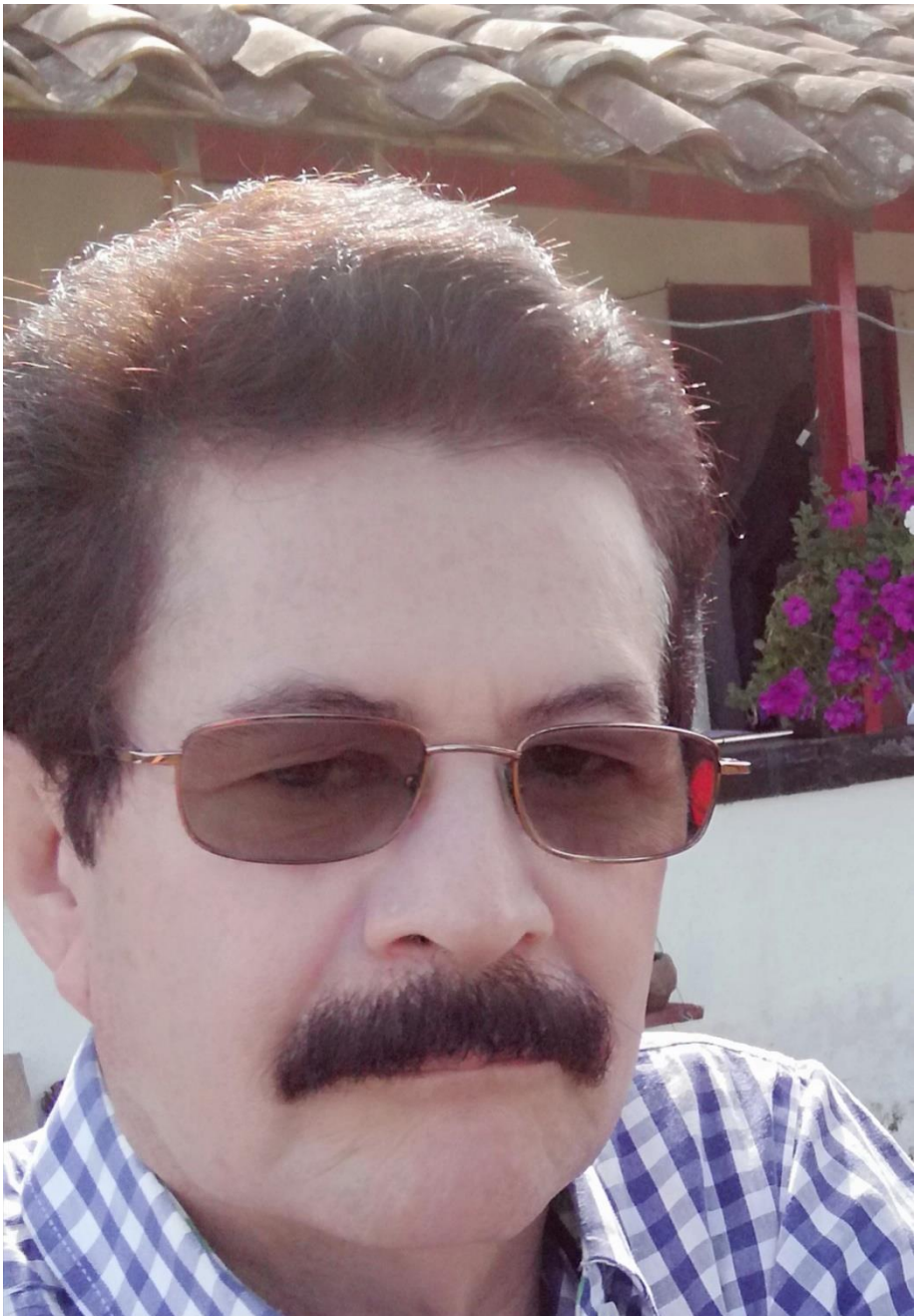
Cuando su tronco enjuto, casi yerto, vencido por los años, como los viejos robles, no podía movilizarse siquiera de la vetusta silla y sus ojos cansados de leer ya no veían, nos requería con ansia, para disipar su soledad, la lectura amena o el relato vivo de los últimos acontecimientos de su pueblo en lo político o cultural. Hablaba con entusiasmo de la proximidad del centenario de Apía. Anhelaba conversar con los líderes cívicos y culturales.

A pesar del marchitamiento irreversible al que lo condenaba la naturaleza continuaba animado por el fuego santo de la fe en el futuro; y si no fuera porque sus piernas se lo impedían lo habríamos visto seguramente viajando en su mula, con el típico poncho, machete y sombrero para sus fincas, que fueron también sus grandes amores, por haber sido de la campiña su procedencia; departiendo sencillamente con los pobladores, como era su costumbre; jugando con los niños o iluminando los rostros con sonrisas, bajo el encanto irresistible de sus chispeantes bromas y ocurrencias.

Así fue el padre Naranjo. El día en que murió, cuando entré a su cuarto, sorprendido, vi algunos pétalos de las flores, que adornaban su mesita de noche, en el suelo, ya mustios o sin vida, e inevitablemente me acordé de las “Hojas secas y marchitas” de su poesía, “Hojas secas que volaron con el viento y el dolor”. Pero quiso Dios, aunque el tío Naranjo tal vez no lo hubiera presentado, que varios años después de su muerte uno de los frutos del árbol genealógico de la familia: Carlos Fernando López Naranjo, perpetuara con el más sublime de todas las artes: la música, la memoria querida del tío, componiendo e interpretando la tan anhelada melodía a los sentidos versos que él, en sus ratos de amargura, trató en vano de musicalizar, rindiendo así un homenaje póstumo, ayudado por un entusiasta coro de paisanos y personas vinculadas sentimentalmente con Apía, a quien fue como un padre de familia y patriarca del pueblo entero. Que el tronco, capullo, hoja, flor y semilla de todo cuanto existe nos conceda, en su gracia infinita, que estas fragantes notas lleguen balsámicas a la eternidad, para que el alma del padre Naranjo se deleite con el fruto postrero de su edificadora existencia, y sienta en lo más profundo de su ser que su pecho no fue un desierto donde nacieron solo abrojos; y que sí hay llanto en los ojos para regar otra flor.

¡Muchas gracias!

Nota: la canción “Las violetas” está en el audio “Añoranza apiana”, y al video de la canción se puede acceder en Youtube.



A un poeta que habita los rincones

“... Por eso en mi rincón fui fugitivo
mi pluma se negó a plácidos trazos
y vuelto hacia la sombra ahorré los pasos
para ocultar la huella de ser vivo...”.

Javier Castaño Marín (*Otro rincón para el silencio*)

Cuando se habla de los poetas apianos de alto vuelo generalmente se menciona a Guillermo Agudelo Valencia, Alfredo López Velásquez, Gerardo Naranjo López, Gersaín Restrepo Agudelo, Juan Hely Morales Bedoya y otros; pero se omite a uno colosal, que, si no se nombra, es porque ha preferido vivir

oculto en los rincones laberínticos de su inspirada alma, sin ambición de publicaciones ni de reconocimientos. Me refiero a Javier Castaño Marín.

Mi primer contacto con este singular personaje, que enaltece nuestras letras, fue en mi irreverente adolescencia, a través de su hermano Álvaro Castaño, hijos de un barbero del pueblo, amante de la lectura, a quien apodaban: General, lo mismo que a su prole. Con Álvaro y Eugenio Díez Díez formamos un trío de pichones de nadaístas, que no dejábamos títere con cabeza y escribíamos nuestros denuetos en el periódico *Vocero Estudiantil*, del colegio Santo Tomás, donde Javier Castaño publicaba esporádicamente sus impactantes versos. También compartí espacios con él en los periódicos regionales *El Yunque* y *La Fragua*. Y, así, me fui interesando en su enigmática obra poética, de la que solo conocemos la punta del iceberg.

En cierta ocasión que vino a Apía, en sus oficios como abogado, le pregunté la razón por la cual no publicaba su obra poética, a lo que me respondió que estaba esperando qué derroteros seguía la poesía contemporánea para poder hacer un aporte original.

A través de mi correspondencia con él he tratado de hacerlo caer en la tentación de publicar su obra, de salir de los rincones de su alma; y logré que, al fin, me diera a conocer uno de sus magistrales sonetos: *Otro rincón para el silencio*, el cual publicamos en la décimo tercera edición de *Proyección Siglo XXI*. Cuando me lo envió, estas fueron sus palabras: “Amigo Pacho, no quería soltarlo, por terrible, pero ahí va”.

Cuando, hace dos años, en el marco de las fiestas aniversarias de Apía, hubo un encuentro de poetas, General volvió a salir de sus rincones, y le envió a Fabio Alzate Vallejo una autobiografía con algunos sonetos, para que fueran leídos por Iván Darío Henao Ruiz. Me tomo el atrevimiento de publicarla con su soneto *Poeta pobre*, con todo el respeto que se merece mi General de cuatro soles, en las letras, y que se ha autoexiliado en sus laberintos:

Javier Castaño Marín

Esta es una breve reseña del autor de los siguientes versos, referida exclusivamente a su vocación por la literatura:

Mi innata sensibilidad por el quehacer literario despertó en Apía y fue vigorosamente estimulada por mis profesores de español, José Álvarez y Octavio Hernández. Recibí de Octavio los mayores estímulos, quien incluso llegó a la desmesura de ponerle fecha a algunas de mis tareas de estudiante. Digo desmesura, porque a estas alturas el inventario de mis palabras es sumamente pobre:

Hacia 1968 escribí el cuento *Aldemar Uvaleti*, el que gracias al acoso fraternal de Mario Martínez fue publicado por *El Espectador* en diciembre de 1971. En 1977, creo, escribí el cuento *Nosotros, los nibelungos*, premiado dentro del

Concurso Jorge Roa Martínez de ese año, certamen auspiciado por la Universidad Tecnológica de Pereira. Esta es toda mi producción narrativa.

Fui corresponsal de *La Patria* y de RCN a comienzos de la década de los 70, pero torcí mi camino hacia la abogacía, de lo cual quisiera no conservar ni dejar memoria.

Los versos que escribí a lo largo de los años podrían llenar tres volúmenes, cuyo natural destino sería el basurero. Por fortuna mi labor fue solitaria.

Recientemente regresé a la forma clásica del soneto y a través de él me lancé a la aventura de nombrar algunas cosas con la crudeza que suelen presentarse. Tal vez entiendan por qué empecé con *Poeta pobre*.

Poeta pobre

El viento fue testigo de su trova
y no hay otro vestigio de su paso;
la estela que trazó su timbre amargo
es acento que el viento calla ahora.

Las calles de esta aldea de los Andes
ascienden (o descienden) como entonces
y no altera la ausencia de aquel hombre
una sola partícula del aire.

Anheló que el tremor de su palabra
por ventura del verbo sorteara
la borrasca impertérrita del tiempo.

Pero Heráclito es recio con su norma:
si el viento fue testigo de su copla,
ese viento testigo fue otro viento.

J.C.M.

Nota: Dios mediante, en otras ediciones continuaré hablando sobre la monumental obra poética de Javier Castaño Marín.

A un poeta que habita en los rincones (2)

(Proyección Siglo XXI)

En mi artículo de la anterior edición de *Proyección Siglo XXI* comencé a develar el enigma de un general de cuatro soles en las letras apianas, y que se ha autoexiliado en sus laberintos: Javier Castaño Marín, del cual hemos publicado

dos sonetos: *Otro rincón para el silencio*, *Poeta pobre* y una autobiografía. Debo aclarar que estas publicaciones se han logrado gracias a la insistencia de algunos de sus amigos, como Fabio Alzate Vallejo y mi persona, pues, como dije en el citado artículo, este gran poeta apiano prefiere vivir oculto en los rincones de su alma, lejos de la ambición de publicar o de reconocimientos.

Hace algunos años me enteré que Javier Castaño estaba pasando por una terrible crisis de salud y le escribí un soneto, el cual titulé: *A un poeta que habita los rincones*: Hoy «de castaño a oscuro» te debates, / oh, poeta que habitas los rincones. / También anidas en los corazones / que valoran tus perlas y quilates. // Que el temporal o invierno en que te abates / se torne en primavera o bendiciones; / y florezcas en prósperas acciones, / en bonanzas y líricos combates. // Que el Supremo Poeta te bendiga, / te dé salud, ventura y alegría. / De mi rincón te doy mi mano amiga; // y anhelo que tu invicta poesía / aliente, como el canto y cual la espiga, / al Corazón del viento, ¡nuestro Apía!

A lo que me respondió con una misiva, la cual publico con otro de sus magistrales sonetos de tinte existencialista: *Bosquejo de tu sueño*. Cuando le pedí autorización para fisgonear en sus rincones, me respondió con su habitual modestia en cuanto a su obra poética: «Amigo Pacho, puedes compartir mis escritos en la forma que desees; es lo mínimo que puedo hacer por quien me trata con tanta generosidad».

A lo que diría que no es generosidad sino admiración. Con todo el respeto que se merece mi General, comparto con los lectores de *Proyección Siglo XXI*, esta segunda parte de sus escapes de los laberintos:

Amigo Pacho López:

No basta con decir, frente a tu noble gesto, que encadenaste con destreza unos buenos versos. También agradezco de corazón que me hayas tendido la "mano amiga" para afrontar esa sombra que va "de Castaño a oscuro" y no es de ahora; tengo noticias de ella desde finales del siglo XIX, cuando se incorporó genéticamente a mi abuelo paterno, José Dolores, quien "se aferró" a la guitarra y lo "tumbó la tristeza".

Si logro sobrevivir al "temporal o invierno que" me abate, ten presente que también pensaré en tu "mano amiga".

Poco puedo aventurar en torno de mis versos. Tu aliento no es inferior al que me dispensó un día el volcánico William Ospina: "Javier, me estás debiendo unos versos", dijo. Y podría jurarte que ya lo olvidó. Mi hijo Esteban va a cumplir ocho años, en ese entonces no había nacido y aún sigo en los rincones. Hace un buen rato andan por ahí rodando unos versos que podrían responder parcamente a este asunto de los rincones. Pero ahora creo que es mejor dejarlos "arrinconados".

Barba Jacob escribió algo amargo que yo quisiera vencer con la fuerza de tu confianza en mí y en la de quienes te secundan: "... pero la vida está acabando y ya no es hora de aprender".

Un sincero abrazo.

Javier.

BOSQUEJO DE TU SUEÑO

Esquivos son los sueños de los hombres
como rostros de dioses. Vanamente
se agrieta el tegumento de su frente
oteando su brillo: pocos nombres

perduran en la piedra. Sin embargo,
la esperanza es un duende que convida
y el hombre va jugándose la vida
tras el sueño que tiene su alma a cargo.

Un día se da cuenta que a su paso
conspiran contra él; y que el fracaso
también es otro duende que da coces.

El hombre se derrumba de su cuesta
sin que nadie le entregue una respuesta:
esquivos son los rostros de los dioses.

A un poeta que habita en los rincones (3)

Con este tercer artículo sobre Javier Castaño Marín finalizo mi periplo, o más bien intromisión, en la vida y obra de este insondable y magistral bardo apiano, a quien por su renuencia a publicar sus inspirados poemas he denominado: el poeta que habita en los rincones.

A raíz del concurso nacional de la Casa de Poesía Silva en el año 2015, cuya temática fue: *El dolor y sus trampas*, y en el que Javier salió de sus rincones con algunos de sus magníficos sonetos, le escribí una carta, que fue publicada en la revista cultural *Iris*, en la que le manifesté mis inquietudes sobre el fallo del jurado. En dicha misiva le expresaba: «... Para otros poetas la poesía está en lo coloquial, en el hermetismo, en el hastío, en la denuncia, en el verso libre, y aún en la antipoesía. Respeto profundamente esas convicciones, esas son sus verdades. Iría contra el amor pretender que los demás piensen como yo y creerme poseedor de la verdad absoluta. Dios me libre de ser dogmático.

Como soy músico, y me encantan la síntesis y los retos, me he valido del soneto para expresar mi musa. Decía Dámaso Alonso: "Y pasarán los años y los años, irán modas, vendrán modas y ese ser creado, tan complicado y tan inocente, tan sabio y tan pueril; nada, en suma: dos cuartetos y dos tercetos, seguirá teniendo una eterna voz para el hombre, siempre igual; pero siempre nueva; pero siempre distinta. Tan profundo como el enorme misterio oscuro de la poesía es el breve misterio claro del soneto".

Respeto el fallo del jurado del Concurso Nacional de Poesía de la Casa Silva *El dolor y sus trampas*, aunque descabezaron nuestros sonetos. Ojalá no haya sido por sonetofobia. Que cada cual se exprese como quiera, es lo que verdaderamente importa. Mientras tanto continuemos invictos con tu soneto *Otro rincón para el silencio* y mi soneto *Dolor sin trampas*. Que la fuerza poética del Amor sea en nuestros corazones y en toda la humanidad».

Al respecto, Javier me escribió:

«Amigo Pacho: la poesía contemporánea, con su pretensión de ruptura con la expresión que le precedió, abrió unas puertas demasiado generosas, y tal vez por ello a cada paso nos tropezamos con versos que nos suscitan demasiada incertidumbre. No he leído aún los poemas ganadores, pero más de una vez me han dolido ciertas licencias poéticas.

La poesía contemporánea ha ganado indiscutiblemente muchos escaños, a veces por su propia complejidad como sucede con la breve obra de nuestro Aurelio Arturo. Es uno de mis poetas colombianos favoritos y no dejo de estremecerme ante su irrepitible forma de cantar la nostalgia.

Con todo, su poema más penetrante (*Morada al Sur*) nos sorprende de entrada con un verso aparentemente absurdo: "Negras estrellas sonreían en la sombra con dientes de oro". William Ospina aborda esta complejidad así: "En el verso de Arturo el conjunto no preexiste. Cada palabra trae su sentido preciso, pero el encadenamiento va produciendo alteraciones en la mente de quien lo lee. 'Negras estrellas' puede aludir a las adversas estrellas de los augures, símbolo de la malignidad o de la mala suerte. Pero decir que sonreían altera la expresión. Algo oscuro, remoto e intemporal ha sonreído en la tiniebla. Sin duda, no acabaremos de saber lo que el verso nos dice: tal vez el secreto de su perdurabilidad esté en ser inagotable, sugestivo y ambiguo como ciertas tinieblas y ciertas sonrisas". Miradas, así las cosas, tienes toda la razón, amigo Pacho. ¿Cómo así que debemos pasar por alto las alteraciones que nos produce en la mente la lectura del verso, que debemos resignarnos a no saber lo que nos dicen esas palabras? Al amparo de estas justificaciones cada cual podría regodearse con lo absurdo y la poesía terminaría convirtiéndose en el dialecto gutural de unos pocos.

No estoy ahora en capacidad de salvar toda la complejidad de Arturo, pero sí le voy a echar una manito sobre este punto concreto. Si los jóvenes caballos estremecían la tierra con su casco de bronce, también impactaban y le sacaban chispas a las piedras, fragmentos de pretérita estrella.

Te confieso que hace mucho pensé escribir en verso libre un poema extenso, sin resuello, con dos motivaciones: poner de relieve que el verso puede conquistar los abismos sin hacerse incomprensible y servirme de él como catarsis de algo que aún me lastima.

Recibe un fraternal abrazo, amigo Pacho».

Javier Castaño Marín es padre de la prestigiosa médica cirujana Natalia Castaño Rodríguez, pereirana, orgullo de la ciencia nacional, quien actualmente es docente de la universidad de New South Wales, en Sidney, Australia. Otro de sus hijos es Esteban, a quien dedicó el siguiente soneto:

No sé cómo instalarte en este mundo

Yo sé que alguna vez fuiste testigo
de una curva en mi labio, de algún gesto
que dejó tu coraje descompuesto
y el caudal de tus sueños sin abrigo.

Y así te vi crecer (sombra por medio),
mirando de soslayo mis rincones
y sofocando el pulso de tus dones
con juegos distractores de tu tedio.

La vida me negó un lugar contigo
y ahora solo anhelo ser testigo
de que tu pie rescate un claro rumbo.

Yo que añoré la fuerza de tu paso
y bosquejé una luz hasta tu ocaso,
no sé cómo instalarte en este mundo.

DIOS NO ES UN PROBLEMA



Aprovecho el espacio que me brinda *Proyección siglo XXI* para dilucidar un enigma del monumental libro *Apía, tierra de la tarde, música en la montaña*, del maestro Octavio Hernández Jiménez.

En mi libro *De regreso a Ítaca*, en el artículo *Apuntes para una futura historia de Apía*, cuestiono la afirmación de Octavio que los primeros colonos de Apía tuvieron que transitar de Caramanta a Anserma y de ahí a lo que luego conformaría el territorio apiano, siguiendo la ruta del Camino real de occidente y no como sostiene Gerardo Naranjo López, en su libro *Apía a través de su historia*, dando la vuelta por el Chocó, enmarañado, insalubre y anegado. Y me baso en que, a menudo, los acontecimientos históricos son ilógicos, por no decir absurdos. Además, Gerardo Naranjo se fundamentó, no en un estornudo lírico de su gran musa poética, sino en la información de un testigo directo, o una testiga, como ya se está usando en el habla, de los sucesos: Raquelita Marín, hija de José María, la cual acompañó a su padre desde Anserma hasta el territorio actual de Apía, durante cinco días, "... por trochas y senderos casi intransitados".

También Octavio, en su libro citado, en la página 134, afirma que a raíz del suicidio de Horacio Bermúdez, aventajado alumno del Santo Tomás de Apía, que sostenía sus estudios trabajando como mesero, invitó a una charla, en el Club Tucarma, cuyo tema fue *Por qué Horacio Bermúdez no se suicidó por leer a Nietzsche*, filósofo alemán y vitalista, para quien hay que afrontar las crueles realidades de la vida, mediante una voluntad fuerte, como un rasgo preeminente del hombre.

Conocí personalmente a Horacio Bermúdez Casas en mi turbulenta adolescencia, en la que casi también naufrago en un mar de dudas existenciales. Fui amigo de él y aún conservo en mis recovecos el fulgar de sus ojazos azules, que translucían las hondas inquietudes místicas de su alma. Él anhelaba develar el misterio de Dios, sobre el cual filosofábamos en improvisadas tertulias. Una vez, como lo hizo con Octavio Hernández, me pidió que le prestara el libro *Así hablaba Zaratustra*, de Nietzsche; y así lo hice sustrayéndolo de la famosa biblioteca de mi tío, el presbítero doctor Isaías Naranjo. No volví a ver a Horacio por varios meses, hasta cuando escuché el fatídico disparo en el café Mi Rey. Corrí allí y presencié, conmocionado, la agonía de Horacio. Alcancé a decirle: "Horacio, acuérdesse de mí". El trató de mover los labios, pero no pudo, absorbido por las tinieblas de la muerte.

Días después, tuve un sueño en el que era consciente de que estaba soñando, y en el cual vi a Horacio cerca de su sepultura, llorando desconsoladamente, como si se hubiera arrepentido de lo que había hecho. Meses más tarde me di cuenta de que el libro que le había prestado, estaba en poder del maestro Aureliano Ramírez, director de la banda de músicos. No sé cómo llegó a manos de él. Cuando se lo reclamé encontramos un papel en una página donde

aparecía subrayada una frase de Zaratustra: “Dios es un problema”. Al leer el papel, nos dimos cuenta de que era una carta de despedida de Horacio, en la que decía: “El fin de mi existencia es llegar a Dios. Por eso castigo el cuerpo, que hizo pecador al espíritu, para que castigado el cuerpo se purifique también el espíritu. Muero en el más alto honor para llegar a Dios. Dios es un problema”.

De manera, pues, que Horacio se suicidó porque creyó con la muerte resolver la incógnita de Dios. Pero no fuimos Nietzsche ni yo, que le presté el libro, los culpables, sino las interpretaciones subjetivas que le dio Horacio a dicha frase. Como dice Octavio en su libro: “Muchos leen a Nietzsche, pierden en los negocios o terminan con la novia y no se suicidan. La gente no se suicida por un asunto inmediato sino por una empalizada que desde hace tiempo; y, en silencio, como un castor dentro del agua, ha empezado a levantar a su alrededor”.

Hoy en día, para mí, Dios no es un problema, porque siento que está en irradiar la fuerza del amor fraterno aquí y ahora, en los detalles cotidianos de la existencia. Lo que implica una muerte, no física sino psicológica, de nuestro propio ego, con todos sus defectos, a través de un constante proceso de autoobservación de nuestras reacciones, como la ira, el orgullo, el temor, el egoísmo, la ambición, los prejuicios, etc.

Tuve la oportunidad de hablar con Octavio, luego de la publicación de su libro, acerca de estos sucesos, y me agradeció que le hubiera aclarado el motivo del suicidio de Horacio, que no obedeció a frustraciones terrenales sino al anhelo de llegar a Dios. Y espero también con este artículo develar este enigma a quienes conocieron y apreciaron a Horacio.

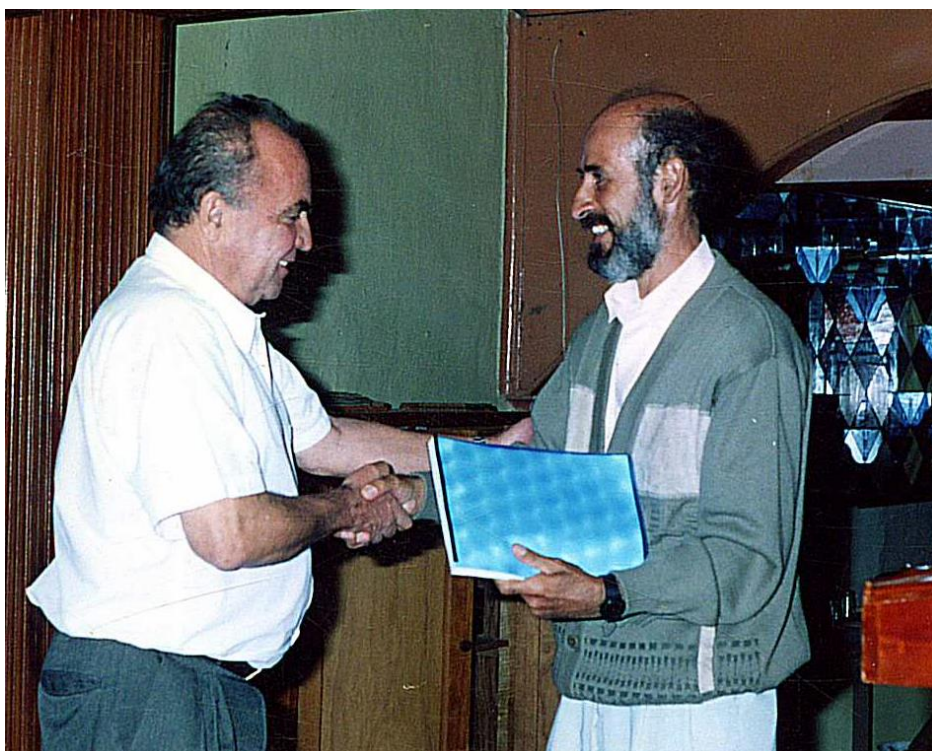
Por último, amigo lector, albergo la esperanza de que esa fuerza divina del amor universal nos conceda encontrar otra vez a Horacio en cualquier tiempo o espacio; o, quizás, ¿por qué no?, más allá de la relatividad. Dios no es un problema.

Cuando el Diablo estuvo en Apía

(Revista Iris)

"Lucifer es escalera para subir, Lucifer es escalera para bajar".

Ritual esotérico gnóstico de 5° grado



El título de este artículo bien puede evocar en el lector alguna leyenda regional, como la que escribió el reconocido escritor Miguel Álvarez de los Ríos sobre un presunto duende o demonio que hizo de las suyas con una joven de Apía. Pero no... Se trata de algo muy real: Héctor Escobar Gutiérrez, el Diablo, estuvo en Apía, en el año 2.003, invitado por El Taller Literario El Cóndor al recital *El Soneto Tiene la Palabra*. Eran esas épocas de efervescencia literaria en las que trajimos al Corazón del viento a prestigiosos escritores, como Nelly Arias de Ossa, al doctor Miguel Álvarez de los Ríos, Juan Alberto Rivera Gallego, Óscar Aguirre Gómez, entre otros.

Como coordinador de dicho evento, estaba muy interesado en tratar con este singular personaje, del cual había leído todos sus libros de sonetos y escuchado tantos comentarios sobre su luciferismo. Me han gustado, sin dogmas, los temas esotéricos. Además, el 11 de junio de 2.002, Héctor me había sorprendido con un elogioso soneto dedicado a mi libro *La silentísima*

epopeya, obra que, si la memoria no me falla, le había obsequiado por intermedio de mi amigo Jaime Ochoa Ochoa.

Mi primer contacto indirecto con Héctor fue cuando este, con el seudónimo Gal y Matías, en una columna del periódico *La Tarde*, titulada *El Tribunal de las Altas Letras Bastardillas*, del 24 de agosto de 1998, hizo unos comentarios sobre mi libro *Navegante de crepúsculos n.º2*, de los que no salí bien librado, aunque exaltó mis sonetos jocosos. Le repliqué con otro soneto jocosos, sin saber con quién me estaba metiendo; mas, curiosamente, no respondió. Pero volviendo al recital, cuando el Diablo estuvo en Apía, le programé la lectura de 15 de sus sonetos. Número que escogí adrede por corresponderse con el arcano xv del tarot: el Tiphon Bafometo. Y, aunque antes del recital, él me había pedido que no metiéramos el tema del Diablo en este encuentro poético, leí un soneto dedicado a Lucifer, como expresión de esa fuerza interna que nos tienta para que florezcan las virtudes, inspirado en el soneto *La caída*, de Héctor Escobar, una joya poética que encontré, ¿por casualidad o causalidad?, en la hoja de un periódico que utilizaban para envolver en una tienda de Apía: "Soberbio y sin razón del bien ni el mal, / absorto en las tinieblas de lo insano, / ya escindido del Padre y de su mano, / me calcino en el círculo infernal. // Lo igniscente, lo incierto, lo abisal, / la densidad sin fondo de este plano, / de esta aridez sin fe, de lo inhumano, / me hacen caer sin tregua en lo eternal. // No obstante, la nostalgia de la altura / de aquel perdido cielo y su blancura, / muévenme a estar consciente...a revivir. // Porque bien sé, que al cabo de los evos / —de los inmensos tiempos más longevos— / ¡volverá mi alma en Dios a translucir!

Luego del recital, un ciudadano, muy puritano, que había escuchado que Héctor Escobar Gutiérrez era el Papa Negro del satanismo, puso el grito en el cielo: "¡Cómo se nos había ocurrido llevar al mismísimo Diablo a Apía!".

Años después, le pedí el favor a Héctor de revisar el borrador de mi libro de sonetos *Arda mi llama*. Y, muy diligente, me hizo unas valiosas observaciones. Para sorpresa, me sugirió que la carátula, una pintura del maestro español Manuel Castelin, en la que aparecía una mujer desnuda que representa a la diosa Leda, le parecía un poco escandalosa, no por motivos morales sino por la falta de sugerencia.

Hoy, cuando, quizás, Héctor Escobar Gutiérrez, en la eternidad, continúa sintiendo: "...la nostalgia de la altura / de aquel perdido cielo y su blancura...", pongo a consideración de nuevo el soneto que le dediqué en ese recital, cuando el Diablo estuvo en Apía, con la convicción de que, pese a todo lo que se ha conjeturado de él —¿el Papa Negro?..., ¿un sofisticado bromista que gestó toda una leyenda?—, aunque Héctor fue un diablo pobre no fue un pobre diablo, sino un magistral sonetista que resplandeció, como un Luzbel, en el cielo del parnaso risaraldense.

A Lucifer

¿Cómo caíste del Empíreo al suelo,
lucero agosto, hijo de la aurora?
¿Cómo, escindido, en el averno, ahora,
sufres en las tinieblas con su velo?...

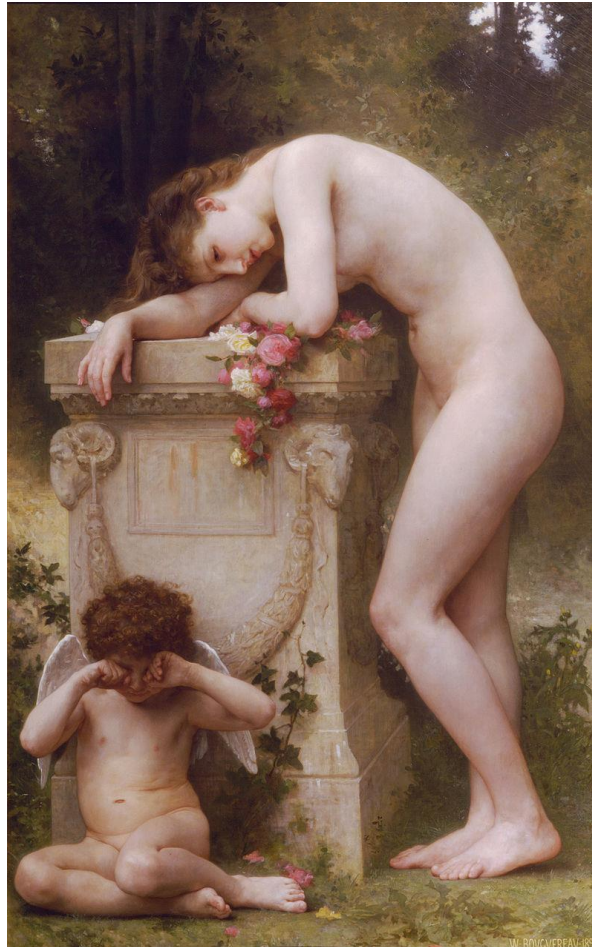
Y te calcina el divinal anhelo,
que como infierno en tu conciencia aflora,
de retornar al astro donde mora
el Padre Eterno en tu perdido cielo.

¿Fue voluntad de Dios, en su sapiencia,
que descendieras al ignito plano
y en los evos subir con más conciencia?...

Me conmueve tu drama sobrehumano.
Caída, como tú, clama mi esencia:
¡Que Dios nos dé la redención, oh hermano!

Sonetos elegíacos

(Inédito)



Elegía, por William Adolphe Bouguereau (1899)

Si hay algo que me conmueve en la literatura es la temática del encuentro amoroso de dos almas gemelas, pese a los rigores del destino, la que he explorado en mi libro *La silentísima epopeya*. De la misma manera, lo que más me desgarrá, en el género elegíaco, es la separación de dos almas gemelas a consecuencia de la muerte. Y en ello seguramente ha influido el amor que profeso por mi esposa, a quien considero mi sacerdotisa, mi vestal, mi alma gemela.

Hace algunos años en un encuentro casual que tuve con el prestigioso escritor pereirano doctor Miguel Álvarez de los Ríos y don Augusto Aguirre Flórez, quien fue propietario de la Editorial Papiro, donde se editaron la mayoría de mis libros y tantos de escritores risaraldenses, se refirió el doctor Miguel Álvarez a las tortuosas agonías de la viudez, recitando con su prodigiosa memoria aquel soneto que le dedicó el maestro Guillermo Valencia a su esposa: *A la memoria de Josefina*: De lo que fue un amor, una dulzura / sin par, hecha de ensueño y alegría, / solo ha quedado la ceniza fría / que retiene esta pálida envoltura. // La orquídea de fantástica hermosura, / la mariposa en su policromía / rindieron su fragancia y gallardía / al hado que fijó mi desventura. // Sobre el olvido mi recuerdo impera, / de su sepulcro mi dolor la arranca, / mi fe la cita, mi pasión la espera, // y la vuelvo a la luz, con esa franca / sonrisa matinal de primavera: / ¡noble, modesta, cariñosa y blanca!

Y remató, el doctor Miguel Álvarez, con una frase que le atribuyó al poeta alemán Heinrich Heine: «Al que le sobra la mitad del lecho también le falta la mitad del alma», frase que impactó lo más hondo de mi ser. Luego descubrí que el gran poeta Amado Nervo en su *Amada Inmóvil*, dijo algo semejante: «Ha de sobrarme la mitad del lecho, / ha de faltarme la mitad del alma...».

Recientemente, en mayo de 2017, en El Diario del Otún, el citado doctor y periodista, refiriéndose a un aniversario más del fallecimiento de su añorada esposa Eunice Ramírez Morales, citó un terceto del soneto *La vía dolorosa*, de Carlos Villafañe, cuyo texto completo es: Yo mismo la enterré... Yo mismo un día / cerré sus ojos a la luz terrena / y enjuagué de su frente de azucena / el trágico dolor de la agonía. // En un recuerdo blanco, todavía / la nombro en el silencio de mi pena; / descanse en el Señor... Si era tan buena. / Duerma en mi corazón... Si era tan mía. // Ojos y boca y manos ilusorias, / todo bajo las sábanas mortuorias / quedó como una lámpara extinguida. // Y yo, de mi locura bajo el peso / le dejé el alma en el dolor de un beso / y a duras penas me quedó la vida.

Soneto que me ha impresionado tanto como el del poeta español Benito Zurita Nieto, que lleva como título *Mi único amor*: Su mágica belleza seducía, / su angelical candor enamoraba, / yo al punto que la vi ya la adoraba, / porque en ella encontré la dicha mía. // Siempre a su lado el tiempo transcurría / veloz, y nuestra dicha continuaba, / porque si yo la amé, ella me amaba / con tal pasión que Dante envidiaría. // Pero la dicha es corta. Axioma cierto. / Así, al vernos feliz llegó la muerte, / y al mover la guadaña en rumbo incierto, // robó su alma, dejó su cuerpo inerte / y yo al verla morir hubiera muerto / para seguir los dos la misma suerte.

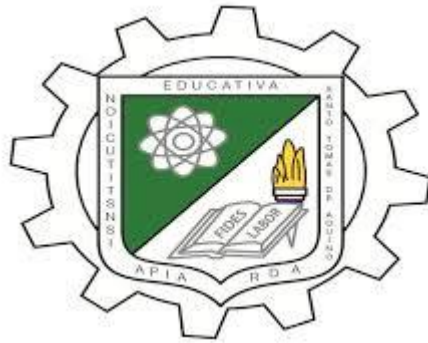
O qué tal este: *Primera madrugada sin ti*, de Carlos Murciano, considerado uno de los mejores sonetistas contemporáneos de España: He dormido sin ti por vez primera. / Solo de ti. Solo de ti. Te has ido. / ¿Hacia dónde? ¿Por qué?

¿Quién ha podido / arrancarte de mí de esta manera? // Vivir es ya una ajada
carretera / que se dirige a lo desconocido. / Siempre será febrero y no habrá
olvido. / No volverá a brotar la primavera. // El sueño es una cosa del pasado. /
Ni siquiera tu sombra está a mi lado. /¿Si había tanto amor, por qué lo has
hecho? // Grito, pero no estás. No queda nada / de ti. Solo tu hueco en la
almohada. / Y este boquete en la mitad del pecho.

A raíz de aquella tertulia improvisada, en la sede de La Editorial Papiro, escribí
el siguiente soneto, inspirado en lo que expresó tan sentidamente el doctor
Miguel Álvarez de los Ríos. Soneto al que puse como título: *La mitad del alma*:
Se fue tu luz que tanto iluminaba, / aún más que el sol en fúlgido poniente, /
aún más que cuando brilla en el Oriente. / Se fue tu estrella, el ser que más yo
amaba. // Se fue tu luz que amor le prodigaba / a mi aterido corazón sufriente. /
Se fue como un crepúsculo muriente / mientras mi alma en llanto naufragaba. //
Ahora que siento mustio mi regazo, / sin tu fuego, tus besos, sin tu abrazo; /
ahora que sangra el corazón deshecho, // una amarga verdad burla la calma: /
«Al que le sobra la mitad del lecho / también le falta la mitad del alma».

Y, anticipándome al rumbo de la guadaña, que presiento segará primero la vida
de mi esposa, escribí este otro soneto elegíaco, inspirado en un verso que ella
me hizo, el mejor homenaje que me han rendido en la existencia: *¡Mi amor, oh
amor, será hasta el infinito!*: Vuela libre, por fin, paloma mía, / de la jaula del
cuerpo y su tormento. / Surca, feliz, la muerte, el firmamento, / luego del crudo
invierno y tu agonía. // Vuela, ya, rebosante de alegría, / al nidal del más puro
sentimiento. / No te detengas por mi atroz lamento. / ¡Que Dios se apiade de mi
triste umbría! // Por haber sido estrella, flor y hada, / ¡gracias!, ¡gracias!, te doy,
oh, ser bendito. / Que el verso que me hiciste, enamorada, // sea, ahora en mi
luto, ardiente grito / —lo esculpiré en la tumba, eterna amada—: / «¡Mi amor, oh,
amor, será hasta el infinito!».

Apía, noviembre de 2.012



(Palabras de mi autoría leídas por Fabio Alzate Vallejo en un encuentro de exalumnos del Santo Tomás)

Respetados tomasinos:

Un fraternal saludo en este importante evento que ha congregado a ex alumnos ex profesores e integrantes de nuestra gran familia tomasina. Y muchas gracias por invitarme a compartir brevemente mi génesis literario, o apocalipsis, si cabe esta metáfora, con ilustres colegas en este arte tan exigente como es el de la literatura.

Vienen a mi memoria los versos de un poema al que titulé *Ave Migratoria*, que evocan en parte el sentimiento que hoy nos congrega:

“Recuerdo pilatunas y a compinches
que agotaban la calma a los maestros,
la agonía en tareas y lecciones,
travesuras en clase, los recreos.
Mas pese a todo nuestros profesores
nos enseñaron a elevar el vuelo
a remontar abismos y picachos
y buscar con tesón más altos cielos”.

Y en realidad, las apariencias engañan, empleando una metáfora muy trillada: no fui ninguna “perita en dulce”. Recuerdo que en mis épocas de pichón de nadaísta, de hippie, de filósofo escéptico e irreverente y más tarde contagiado con el sarampión revolucionario de esa época, varias veces mi tío el Padre Naranjo tuvo que interceder por mí ante don Gabriel Rojas para que no me echaran del colegio. El Maestro Octavio Hernández Jiménez fue testigo, y hasta víctima, de esas “pilatunas y compinches que agotaban la calma a los maestros”.

Fue la época en que en una izada de bandera en el Viejo “Santo Tomás del Viento”, metáfora de Octavio, me atreví a decir públicamente en un arranque de rebeldía que Dios era el oligarca del universo, así les chocara a las vacas sagradas de la literatura en el colegio”. Cosa de la cual también hoy me retracto, porque, pese a todo, nuestros profesores, como Octavio Hernández, Rogelio Espinal, Virgilio Palacios, que dirigían el periódico *Vocero Estudiantil*, donde hice mis pinitos como escritor, y exalumnos brillantes como Pacho Alzate, me enseñaron “A elevar el vuelo, a remontar abismos y picachos y buscar con tesón más altos cielos”.

Fue en el viejo Santo Tomas del Viento donde descubrí mi vocación literaria cuando en una redacción que nos pusieron sobre la selva, después de la lectura de esa formidable prosa poética de *La Vorágine*: “Ah, selva, esposa del silencio, madre de la soledad y de la neblina”, ni el profesor ni un compañero, que “me la tenía montada”, creyeron que yo hubiera sido el autor del trabajo que presenté. Recuerdo todavía la sonrisa burlona y las palabras de mi compañero y rival literario: “¿Oiga, López, usted de dónde copió eso?”. Fue el mismo que en una lectura que hice en voz alta delante del grupo, como yo estaba muy agripado y tenía que interrumpir cada rato la lectura para inspirar los mocos, dijo en voz alta: “Oiga López, ¿saben muy bueno?” Lo que arrancó las risas de todo el grupo.

Como cosa curiosa, y sin proponérmelo, la mujer que él cortejaba y que no pudo conquistar actualmente es mi esposa.

Y hablando del amor, este fue el principal motivo de inspiración para mi génesis literaria, no soy una excepción entre los poetas. En mi niñez le dediqué a una hermana, a la que quiero mucho, mis primeros versos que recogí más tarde en un sonetillo que publiqué en uno de mis primeros libros: *Navegante de crepúsculos n.º 2*, que seguía una secuencia numérica al estilo de las películas de Rambo.

Sonetillo

En mi niñez una hermana
fue mi inspiración primera.
¿Queréis saber cómo era
mi poesía temprana?:

“Oh, querida y dulce hermana,
blanquita como la cera,
tienes cara de marrana
y cuerpo de calavera”.

A pesar de las figuras,
de esos únicos versitos,
veréis que no fui precoz.

Sí un diablillo en travesuras

que en sus primeros pasitos
le dio a su musa una coz.

Luego en el colegio, en mi adolescencia, improvisé otros versos, motivado por amores no correspondidos.

A una novia, Adela Pérez, de los Pérez que cariñosamente llamamos “Jaleos”, le escribí un solo verso donde escondido en las palabras se encontraba el nombre y apellido de ella. ¡Ah, de la, vida, perece sin dejar recuerdos!

Curiosamente a los pocos días me echó y esta es la hora en que me pregunto todavía cuál fue el motivo. Lo cierto del caso es que la vida parece sin dejar recuerdos, aunque en mí todavía no han muerto.

A un amor platónico: Nidia Alzate, muy conocida principalmente por Fabio y por Pacho, le escribí otro verso donde se escondía su nombre y apellido: “Ni día ni noche alcanzará quietud tu espíritu. Alzate luna y alumbra su dolor”. Espero que esta siniestra profecía no se haya cumplido. Pero lo que más me motivó a escribir fue el periódico *Vocero Estudiantil*, Semillero de escritores de la comunidad tomasina de esa época.

Más tarde, en otros periódicos como *El Yunque*, *La Fragua* y *El Cóndor*, dirigidos por el ilustrísimo Pacho Alzate, seguí aleteando sobre los riscos abruptos de la literatura, en los que más de una vez se me han roto las alas. Fue en *El Yunque*, donde publiqué un cuento *El ocaso de los apías*, que sirvió de base para la creación de *El ocaso de un pueblo*, que es ya casi un clásico de la cultura apiana, gracias a un maravilloso trabajo en equipo que lo rescató del papel. Dicho cuento fue sugestivamente ilustrado por Guillermo Gamba López, a quien acuso de haberme iniciado en el vicio de publicar libros, hasta el extremo de que el doctor Berturfo Agudelo me puso el remoquete de “Pacho Libros”, y otros amigos me tomaran el pelo, que bien escaso lo tengo, diciéndome que me había convertido en una amenaza pública. No tuve la prudencia del gran poeta Javier Castaño Marín, también exalumno de este colegio y cuya valiosa obra literaria está inédita, que se autodefine como “El poeta que habita en los rincones”.

Afortunadamente, como el Quijote, después de tropezarse con los molinos de viento (en este caso de las letras), he recuperado la cordura, y me arrepiento de mis pecados de juventud, como llama el doctor Alberto Castaño, autor de *El Monstruo*, a sus creaciones literarias, con la esperanza de que de todos mis escritos se salven siquiera algunos justos del fuego de Sodoma y Gomorra y del apocalipsis. Lamento no haber pulido más mis libros, que importa que de tanto pulirlos algunos hubieran desaparecido.

Como dato curioso de mis partos literarios, dos de los libros que más satisfacciones me han brindado son: uno de gran acogida popular, *Viaje a la memoria*, recopilación de Leyendas de Apía que hice con otros dos exalumnos: Gersaín Restrepo Agudelo (“Gersa te admiro por berraco y por cojonudo”), y Hernando Tabora Muñetón; y el otro, muy hermético, *La silentísima epopeya*,

en el que invito al silencio y a no soñar, lo que todavía no he podido llevar a la práctica.

De todas estas luchas epopéyicas, que espero no sean fallidas como las batallas del coronel Aureliano Buendía, se puede extraer una valiosa lección: si queremos avivar la llama de la literatura en el actual Santo Tomás, urge promover la creación de un periódico estudiantil que canalice las inquietudes literarias de los alumnos. Revivir también los centros literarios, los concursos de poesía, cuento, leyenda, dramaturgia, ensayo, como los que lideraba Octavio Hernández Jiménez, en el centro cultural Marco Fidel Suárez. Insistir en los talleres de lectoescritura y de creación literaria. Y, lo más importante para mí: enseñar no solo a expresar belleza en las palabras sino también en los actos. Un acto de amor, el más sencillo, es más bello que todas las palabras. A remontar abismos y picachos y buscar con tesón más altos cielos.

¡Muchas gracias!

A Apía y al Santo Tomás
No los olvidaré jamás.

Palabras de Pacho López en el lanzamiento del libro "De regreso a Ítaca"

Apía, 15 de agosto de 2014



(Carátula del libro "De regreso a Ítaca", pintura del maestro apiano Julián Andrés Zuleta Marín. Como anécdota: el autor de la pintura se sorprendió del gran parecido del rostro de la mujer con el de mi hija Elizabeth Cristina, a quien no conocía)

Señor alcalde, Héctor Mario Rendón Ramírez e integrantes de la Administración Municipal de Apía, señores de la Mesa Principal, apreciados familiares, coterráneos, amigos y asistentes:

Un día, este viejo lobo de mar, este navegante en los crepúsculos de la poesía, luego de atracar en 10 puertos: mis 10 libros publicados, quiso, como Ulises, el

héroe griego, retornar a su patria Ítaca, a sus raíces, y este nuevo libro, o parto literario, que hoy ve la luz pública: "De regreso a Ítaca", da testimonio de ello.

Desde niño sentí el anhelo de ser mariner; y, en verdad, que lo he sido en los océanos de la literatura, donde he naufragado en reiteradas ocasiones, y donde casi me he ahogado. Pero gracias a mi persistente musa y a los amigos que me han ayudado en este navegar, que ha sido rico en experiencias, como el de Ulises o el de Maqroll, el gaviero, célebre personaje del poeta Álvaro Mutis, hoy pongo a consideración de ustedes: "De regreso a Ítaca", que espero no sea un naufragio, sino un puerto más, tal vez el último, en mi navegar por la existencia. Y digo que tal vez el último porque cansado de escribir, publicar y de vender mis libros, con todos los sacrificios y penurias que esto implica, había pensado que "De regreso a Ítaca" fuera una obra póstuma, por si alguien la quisiera publicar después de mi muerte. Pero mi musa me motivó a dar a conocer esta obra en vida, con la intención de agradecerle infinitamente a mi pueblo Apía, a mi familia y a mi colegio Santo Tomás.

Porque tuve la fortuna de nacer en un pueblo macondiano enclavado en la Cordillera occidental y en el Paisaje cultural cafetero, donde suceden cosas tan mágicas, tan maravillosas, como esta: es la primera vez en la historia de Apía, y quizás de Colombia, que, gracias al apoyo decidido de un alcalde, un escritor de la región, Iván Darío Henao Ruiz, está cultivando, con éxito, en instituciones educativas del municipio, semilleros de lectores, declamadores, escritores y poetas, conservando así esa famosa tradición literaria de nuestro "Corazón del viento".

Ya con este libro la Administración Municipal de Apía, en cabeza de Héctor Mario Rendón Ramírez, completa dos publicaciones de autores apianos, la primera fue "Flores de otoño", de mi amigo el poeta Juan Hely Morales Bedoya, cuyo lanzamiento fue en las fiestas aniversarias del año pasado. Todo gracias al reconocido muy buen manejo de las finanzas del municipio y a la capacidad de gestión del señor alcalde, que se han reflejado no solo en valiosas obras de infraestructura sino también en un apoyo decidido al arte, como parte de su política de conservación del patrimonio cultural.

El señor alcalde ha querido apostarle a la literatura; y, en verdad, que es una buena inversión. Escribía el gran maestro y escritor español Marcelino Menéndez Pelayo: "La posteridad recuerda a los grandes escritores con preferencia a los legisladores y a los guerreros, y agradece más el legado de un Homero o de un Platón que el de Solón o Alejandro". Y Voltaire expresaba que quien no quiera perder su confianza en lo humano tiene que valorar las épocas por las conquistas del espíritu creador, por su capacidad de crear belleza y armonía. Es por ello que se afirma que nuestro Nobel de literatura, Gabriel García Márquez, es uno de los compatriotas que más ha universalizado el nombre de Colombia.

Es posible que en nuestros semilleros literarios se esté forjando un gran poeta; y, ¿por qué no?, un Nobel que le dé más gloria al nombre de Apía, o un escritor que con sus libros ayude al progreso material, social, artístico o espiritual, en este mundo tan convulsionado de la globalización y del tercer milenio.

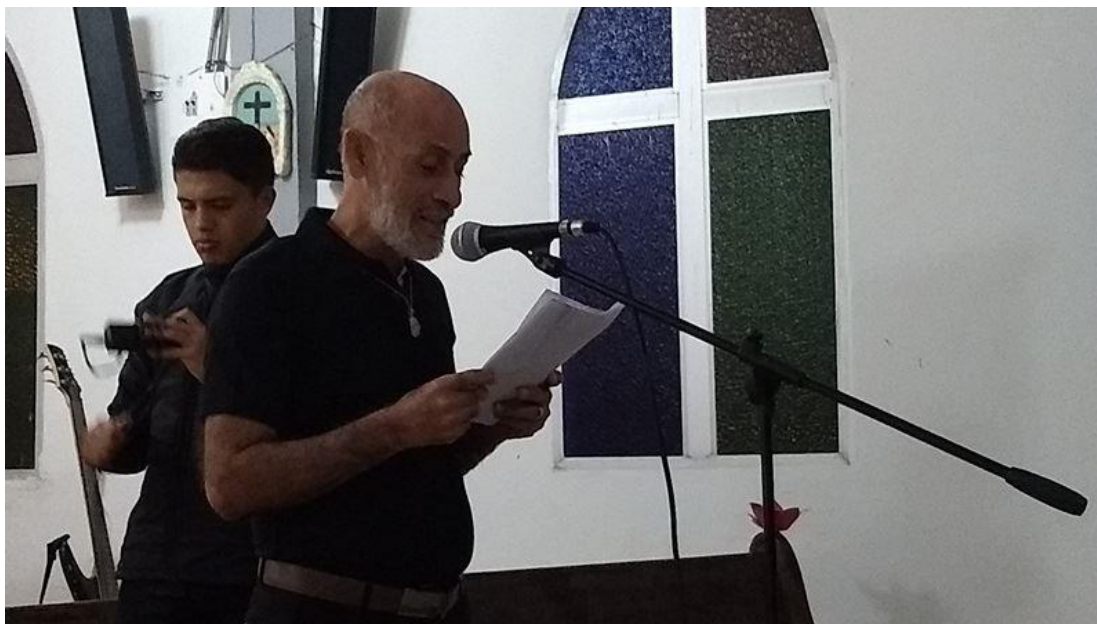
Mientras tanto recordemos algunos escritores que han enaltecido y proyectado nuestro nombre, como Guillermo Agudelo Valencia, Alfredo López Velásquez, Gerardo Naranjo López, Aníbal Lenis Bermúdez, Gersaín Restrepo Agudelo, Juan Hely Morales Bedoya, Francisco Javier Alzate Vallejo, Octavio Hernández Jiménez, quien fue declarado hijo de Apía por la presente administración municipal.

Y esperan otras obras literarias de nuestro terruño que ojalá algún día puedan ser publicadas, como el libro de arriería, de Gersaín Restrepo Agudelo; el de anécdotas de nuestra región, de José Fabio Alzate Vallejo, los poemas de Alboín Gómez Duque; la monumental, pero callada obra poética de Javier Castaño Marín, una continuación de las leyendas de Apía, una antología de la exuberante tradición sonetística del municipi, sin contar los ricos filones literarios y finas perlas poéticas que permanecen en el anonimato porque aún no han sido descubiertas

Muchas gracias, señor alcalde, a su gran equipo de trabajo, a Julián Alberto Morales Restrepo, coordinador de la Casa de la Cultura, por su apoyo para la publicación de este libro, a mi familia, a todos las que me han ayudado en mis navegares literarios; y, principalmente, al Supremo Artista del Universo, esencia de la poesía, que vibra de amor en nuestros corazones.

Que Él les pague y los colme de bendiciones. ¡Muchas gracias!

Del “bareto” al soneto



(Palabras leídas por el autor en el homenaje que le hizo la Corporación Cultural Rock al Viento, el 8 de noviembre de 2017, en el acto cultural El Rock es Literatura)

Buenas noches.

«Al ocultarse el sol tras las montaña me dirigí, ayer tarde, al triste sitio donde al fin concluyen las locas vanidades»... Eran los versos que declamaba mi tío el padre Isaías Naranjo, cuando, en mi niñez, en los ocasos, lo acompañaba a este cementerio. El mismo donde reposan sus cenizas y las de familiares y amigos muy queridos y donde seguramente reposarán las mías. Ya tengo un apartamentico reservado para ello en el osario n.º 19, bloque 4. También este panteón fue testigo de mis reiteradas visitas en mi adolescencia, en las que me sentaba en una tumba a reflexionar sobre la existencia de Dios y el sentido de la vida. Y presencié, a mis 18 años, una noche, en el colmo de mi angustia existencial, un intento fallido de suicidio del que estoy vivo de milagro. Ahora he regresado, a mis 63 años, al ocultarse el sol tras el Tatamá, a una cita inusual: un encuentro con el rock al viento y la literatura.

Mi amigo el poeta y gran gestor cultural Jorge Evelio Aristizábal Gómez, quien me ha acompañado en algunas de mis travesuras artísticas y ha realizado una meritoria labor de difusión a través de su página en la Internet: Apía, Paisaje Cultural Cafetero, me ha invitado, como viejo rockero que soy, a escribir algo o un soneto para este evento: *El rock es Literatura*, enmarcado en la celebración del 14 festival de rock, programado por la Corporación Cultural Rock al Viento, entidad que tanto ha realizado por la cultura y el turismo de Apía y de Risaralda.

Mi primer contacto con el rock fue en la niñez, cuando, a comienzos de la década de los sesenta, presenciaba bailar twist a mis hermanas adolescentes con sus amigas. Lo bailaban a escondidas, como si asistieran a un ritual satánico, pues este ritmo endiablado era mal visto por los adultos. Fue el primer estilo internacional de baile basado en el rock and roll.

Viene a mi memoria, como entre humaredas y humoradas de Cannabis sativa, mi época de adolescente rebelde, en los albores del año 1969, en los que fui uno de los primeros hippies de Apía. Vibraba intensamente con la onda dionisiaca, con su sicodelia, desenfreno y cuestionamientos a la sociedad y el Establecimiento. Comencé a dejarme crecer la barba, a usar sandalias, camisas estrafalarias, medallones y me encerraba con mis compinches: Eugenio Díez Díez, a quien apodaban Culebro, Álvaro Castaño Marín (General) y mi primo de Pereira Ernesto Eugenio López, quien me inició en el rock, en un apartamento que alquilamos al frente de la actual Notaría, a escuchar The Rolling Stones, The Led Zeppelin, *In a gadda da vida* (del grupo Iron Butterfly), The Flippers, The Speakers, entre otros pioneros del rock.

Adobábamos estas audiciones con fragancias de Cannabis sativa, que seguramente trababan también a las respetables damas que vivían en el piso superior. Tal vez por ello nunca nos dijeron nada. En esa época estábamos aún lejos de la actual legalización de la dosis personal de la marihuana.

Recuerdo que también en mi casa materna, mi tío el padre Isaías Naranjo y mis asombradas tías, madre y abuela tuvieron que soportar, a altas horas de la noche, mis audiciones de rock que compartía con mis hermanos: Víctor, Carlos y los Chinos. Teníamos una pequeña habitación adornada con afiches sicodélicos, uno de los cuales contenía siluetas con posiciones del *Kamasutra*. A las que mi abuelita Mimía, que ya estaba un poco cegata, o tal vez en su candor, confundía con culebritas entrelazadas.

Entre el 18 y 20 de junio de 1971, con Álvaro Castaño, asistí, contra viento y marea, al famoso festival de rock en el parque Ancón en Medellín, una especie de Woodstock colombiano que escandalizó a la tradicional sociedad antioqueña. El arzobispo se pronunció y hasta fue destituido el alcalde. En dicho festival fui testigo de hechos inusuales, casi apocalípticos: se prohibía el consumo de alcohol, al que pillaban tomando lo expulsaban, pero no el de la marihuana y otras drogas como el cacao sabanero, etc., que se vendían públicamente. Presencé a una monja aterrada viendo a un hombre desnudo entre toda esa abigarrada multitud de hippies. En medio de la traba se me ocurrió también desnudarme y alguien me tomó una fotografía. Menos mal que en esos tiempos no existían las redes sociales actuales, o sino mi reputación estaría por el suelo al exhibir mis huesos pelados y peludos. Lo peor fue cuando se me ocurrió, con Álvaro, mezclarle a los humos de la Cannabis una pepa, de cuyo nombre no quiero acordarme, y sufrimos un terrible delirio de

persecución: estábamos seguros de que todos esos hippies querían matarnos o arrojarnos al río Medellín, y que los grupos de rock nos decían mensajes amenazantes a través de sus canciones. Fue horrible. Tal vez fue por ello que no me envié a la marihuana. No corrió igual suerte mi inteligentísimo primo Ernesto Eugenio, quien luego experimentó con drogas más fuertes como el LSD y murió en forma muy trágica. Mi gran amigo Álvaro Castaño se hundió en el fango del etílico y también tuvo una muerte violenta.

Ya, más sosegado, domesticado como un buen amo de casa, y ejerciendo la profesión del magisterio, me hice amigo de algunos de los precursores de grupos de rock en Apía: Herman Leandro Hincapié Granada, Eudes Giraldo Gutiérrez, su hermano Mariano, Húber Calle Aguirre y Juan Manuel Pérez Zapata, los cuales me ayudaron en el montaje e interpretación, con mi semillero del Centro Nuclearizado de Música, de una composición de rock andino a la que titulé: *Un mundo bello*. En cierta ocasión me pidieron el favor de proponerles un nuevo nombre para su grupo de rock que se llamaba Equinoccio; y, luego de tomarles el pelo (que bien largo lo tenían mientras el mío escaseaba), con nombres como el de Jurassic Park o Tiranissaurus rex, por no decirles Los Dinosaurios o Viejitos del Rock, les propuse el de Némesis, la diosa griega del destino, el cual adoptaron y que fue como un karma para ellos, pues a partir de allí el grupo comenzó a declinar hasta no participar en los festivales de rock al parque. Lo que me pareció lamentable. Aunque se dedicaron a la parte organizativa de dichos eventos que se han constituido en parte importante del patrimonio cultural apiano y risaraldense.

En cuanto al maridaje entre rock y literatura, que algunos califican de incestuoso por la hermandad que existe entre la música y las letras, es bien sabido el gran influjo de autores clásicos, algunos poetas malditos o de la época contemporánea, en grupos de rock, ya sea para nombres de las mismas bandas, títulos, letras o temas de las canciones.

El novelista D. H. Lawrence escribió que todo buen arte contará la verdad de su tiempo. Lo que se aplica al rock. Me han llamado la atención unas reflexiones de Álvaro González Villamaría en su artículo *El rock es literatura*, en el que afirma que una de las grandes fortalezas del rock de Iberoamérica es sus libretistas y que: «... En la actualidad, ante un mundo globalizado en su violencia, corrupción, odio y desesperanza, las letras del rock se convierten en importantes testimonios de la época, no sólo en la denuncia, sino en su capacidad de generar reflexión e inspirar esperanza, sentimientos y sensibilidad. En este caso, el continente que habla en español tiene una gran ventaja, es una sociedad que ha sabido sobrevivir en la oscuridad, y quizás por ello, hoy, ante la inminente construcción de nuevos muros en el mundo, la música de Iberoamérica no se rendirá en crear textos que reivindiquen lo humano, la dignidad, los sueños»...

Ahora que se habla de Bob Dylan, el poeta y compositor de rock ganador del premio Nobel, 2016, también la vida me ha deparado participar en esa mágica fusión de rock y literatura, en la obra de teatro musical indigenista *El ocaso de un pueblo*, composición de mi hermano Carlos Fernando y texto de mi inspiración; y en los montajes con banda de vientos u orquesta sinfónica que ha hecho el grupo de rock Malagor con textos de *Viaje a la memoria*, compilación de leyendas de Apía, que hice con mi amigo el poeta y escritor apiano Hernando Taborda Muñeton. Recientemente le propuse a mi hermano Carlos Fernando hacer el montaje, con la Escuela de Música, de algunos cantos de *Jesucristo superestrella*, como el de *Jesús Morirá, Hossana, Todo estará en paz, Es más que amor* y otros. De pronto, algún día se podrá presentar una versión apiana, risaraldense o del Eje Cafetero de dicha obra.

En la actualidad, ya sesentón, jubilado y barrigón, y después de haber recuperado la cordura, como el Quijote, sigo escuchando con deleite, como en los viejos tiempos, baladas de The Beatles (*Yesterday, Let it be*), de los Rolling Stones (*Angie*), a *In a gadda da vida* y a *Jesucristo Superstar* (para mí la mejor ópera, pese a que también vibro con la música clásica), pero con la diferencia que ya no necesito la Cannabis para entrar en onda y acceder a otras dimensiones, sino que me bastan la autoobservación psicológica, el amor universal, la meditación, la lectura de Krishnamurthi, la literatura, la música y el arte en general. Pero he cogido, después de viejo, un vicio muy arraigado, el cual, sin rubor, se los confieso en el siguiente soneto:

Estoy «trabado»

Me lo inspiro y un mundo sicodélico
me alucina, adictivo y estrambótico,
y me vuelve poético, anecdótico,
jocoso, «non plus ultra» y hasta célico.

O su efecto, también mefistofélico,
en el delirio de su embrujo hipnótico,
torna mi onda en un vibrar erótico,
o saturnino o antiaristotélico.

Esclavo de él la paso muy trabado...

Ya para nadie no es ningún secreto.

Y lo mejor: no estoy avergonzado.

Mas no fumo un cannábico «bareto»...

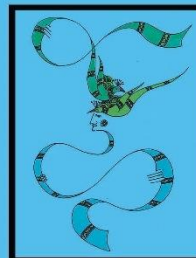
Lo que inhalo y me deja tan «sollado»,

lo que inspiro y me inspira es el soneto.

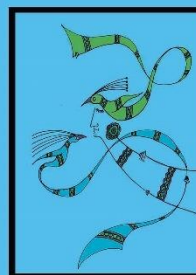
¡Muchas gracias! por este inesperado homenaje. Y adelante con el arte y la cultura. Que el Corazón del Viento agite sus melenas y corazones, ya que no puede agitar la mía.

ENCUENTRO DEPARTAMENTAL DE ESCRITORES

Pereira, Noviembre 24, 25 y 26/2017



Biblioteca Pública
Ramón Correa



Homenaje al
Poeta apiano
Francisco Javier
López Naranjo

Lugar: Biblioteca Pública
"Ramón Correa"
Salón de Eventos
Edificio "Lucy Tejada", tercer piso



Un proyecto de:
SECRETARÍA DE DEPORTE, RECREACIÓN Y CULTURA

(Discurso inédito porque dicho encuentro departamental de escritores no se pudo realizar. Según me informó, con gran disgusto y pena el doctor Germán Ossa Echeverry, el organizador: "Se atravesaron unos personajes que lo impidieron")

¡Buenas tardes! Un fraternal saludo.

Señor gobernador del Departamento de Risaralda, señora primera dama, señores y señoras de la Administración Departamental, de la Secretaría de Deporte, Recreación, y Cultura y de las entidades que colaboran en este encuentro de Escritores de Risaralda y en este homenaje. Apreciados familiares, coterráneos, amigos, respetados asistentes:

Hacía años que no participaba en estos edificantes encuentros de la palabra risaraldense por motivos de salud; y, para ser sincero, porque pretendí renunciar a la literatura, que había absorbido una buena parte de mi tiempo y energía, alejándome de otros aspectos muy importantes de la existencia como la familia y la paz interior. Pero ya no estoy en conflicto conmigo mismo. He decidido aceptar también la poesía como parte de mi esencia ya que la llevo muy dentro de mí.

Desde niño sentí el anhelo de ser marinero; y, en verdad, que lo he sido en los océanos de la literatura, donde he naufragado en reiteradas ocasiones, y casi me he ahogado. En estos 25 años de intensa actividad literaria, de navegar en los crepúsculos de la existencia, he atracado ya en doce puertos: mis doce obras publicadas, gracias a mi persistente musa y a los amigos que me han ayudado, algunos de los cuales se encuentran presentes, viajes que han sido ricos en experiencias, como los de Ulises en su regreso a Ítaca o los de Maqroll, el gaviro, célebre personaje del poeta Álvaro Mutis. Lamento no haber pulido más mis libros y textos, qué importa que de tanto pulirlos algunos hubieran desaparecido. Y aunque he cosechado triunfos internacionales que he compartido con mi pueblo Apía, Corazón del viento, con Risaralda y Colombia, los fracasos me han ayudado a comprender mi pequeñez ante el infinito aprendizaje. Además, soy consciente de que mis logros literarios se los debo a los dones que me concedió el Creador Supremo y al apoyo de personas y entidades que me han ayudado en este trasegar por las letras. Le agradezco al Supremo Artista del Universo el haber nacido en un pueblo macondiano y quijotesco que me ha estimulado en mis luchas contra los molinos de viento de la literatura, el haber recibido la ayuda de mecenas, personas generosas y entidades de mi provincia, como las diversas administraciones municipales y la Casa de la Cultura.

Les agradezco también, en el alma, a los organizadores de este gran evento departamental que hubieran considerado digna mi obra de un homenaje en el concierto de la literatura regional, donde también hay otras voces con méritos. Precisamente estos encuentros de escritores se constituyen en importantísimos espacios para dar a conocer, cultivar y preservar la identidad literaria del Departamento. Escribía el gran maestro y escritor español Marcelino Menéndez Pelayo: "La posteridad recuerda a los grandes escritores con preferencia a los legisladores y a los guerreros, y agradece más el legado de un Homero o de un

Platón que el de Solón o Alejandro". Y Voltaire expresaba que quien no quiera perder su confianza en lo humano tiene que valorar las épocas por las conquistas del espíritu creador, por su capacidad de crear belleza y armonía. Es por ello que se afirma que nuestro Nobel de literatura, Gabriel García Márquez, es uno de los compatriotas que más ha universalizado el nombre de Colombia.

Es posible que en estos encuentros se esté forjando un gran escritor; y, ¿por qué no?, un Nobel que le dé más gloria al nombre de Risaralda; o, más importante que esto: un escritor que encuentre en sus creaciones su autorrealización, su catarsis, aunque no sea reconocido. Hace algunos años leí un curioso artículo científico en el que se afirma que escribir no solo alivia el alma sino que hacer poesía permite entretenerse, compartir y recuperarse más rápido de ciertas enfermedades, como el alcoholismo, la drogadicción y la demencia. Cada día la poesía terapéutica se populariza más, tanto que hoy se practica en Japón y Nueva Zelanda.

En este aquejoso mundo del tercer milenio, estoy de acuerdo con lo que dice Rubén Darío Sierra en su libro *Teoría y Práctica de un taller literario*: "Nuestra opción por la poesía entraña su reconocimiento como esa ambrosía salvífica que nos permitirá superar las miserias del presente con la fuerza incontenible del amor, las alas desplegadas de la esperanza". De ahí la gran importancia de estos encuentros literarios que promueve la Gobernación de Risaralda a través de la Secretaría de Deporte, Recreación y Cultura y de los espacios a las letras que abren *El Diario*, a través de *Las Artes* y la Biblioteca Pública Ramón Correa. Ojalá de ellos surjan escritores que con sus libros o textos ayuden al progreso material, social, artístico o ético, en este mundo tan convulsionado de la globalización, de los fundamentalismos y las posverdades.

Decía Álvaro Mutis que el poeta debe decir su verdad, su alegría, su tristeza. No engañarse ni engañar; y diré la mía. En primer lugar, a lo que más le temo en la vida es a ser dogmático, sentirme poseedor de la verdad, a pontificar. Es más, me parece mejor ser realista y no perder el tiempo hablando de una verdad objetiva sino de la verdad de cada cual.

En el caso mío, siento en lo más profundo de mi esencia un fuego arrollador que me impulsa a vivenciar la realidad del amor universal, el amor fraterno, o ágape, al que cantó Beethoven en su novena sinfonía y del que hablaron Platón, Jesucristo y grandes maestros de la humanidad. De lo único que no puedo dudar es de este llamado. Si el universo es un absurdo, siento que el amor es la única fuerza que puede neutralizarlo y darle sentido a la existencia, la solución real a los problemas del mundo. Si la existencia es una fantasía, ¿por qué hacer de ella una pesadilla y no un hermoso sueño?... ¿Será posible experimentar en los detalles de la vida cotidiana ese amor del que tanto se ha hablado en la historia de la humanidad y que poco se practica? ¿Que el amor no sea solo una bonita palabra, para ocultar la hipocresía, sino una realidad

viviente en nuestra conciencia y actuante en la sociedad? Para mí este es el principal reto, el problema fundamental de mi filosofía.

Y, por supuesto, mi poética no podía ser ajena a ella. Para mí, poesía es despertar esa vibración de amor, así no haya metáforas ni palabras: un acto de amor, el más sencillo, me parece más bello o poético que todas las palabras. Lo que implica, y puedo estar equivocado, vigilar las reacciones de nuestro ego, a través de la autoobservación psicológica, y así llegar a un estado artístico de creación permanente que vuelva nuevas todas las cosas, como decía Krisnamurthi. Para mí ser poeta no **es solo escribir versos, sino despertar la fuerza poética del amor** consciente, esencia de la belleza, que no se debe confundir con el servilismo. Estar por encima de nuestras ambiciones, temores, egoísmos, violencias, prejuicios, dogmatismos y condicionamientos psicológicos y culturales: la más grande de las epopeyas del universo. Y desde la mirada de esta poética no es ficción literaria o hipérbole afirmar que el más hondo sentido de la poesía es ser lo único que puede salvar el mundo.

Y para las letras, protagonistas de estos encuentros, este soneto:

Letras como espadas

Las letras, como espadas, me atraviesan,
ansiendo conquistar la inmensidad.

Laceran en su lid de libertad,
mi esencia punzan, su epopeya expresan.

Lo arcano asedian, lo insondable apresan.

Desangran versos a la humanidad.

Letras: asaltos a la eternidad.

Las letras, como espadas, me atraviesan...

Letras, vuestros mandobles castellanos

desgarren mis entrañas en sonetos
que en símiles y tropos soberanos,

en pugnas de cuartetos y tercetos,
con ímpetus guerreros, sobrehumanos,
arranquen a la musa sus secretos.

De nuevo muchas gracias y que la Fuerza Poética del Amor resplandezca en
nuestros corazones.

Ocho de marzo, día internacional de la mujer



Hipatia de Alejandría

(Palabras leídas en el acto conmemorativo, el 8 de marzo de 2018, en la plaza principal de Apía)

¡Buenos días! Muchas gracias por invitarme, a nombre del comité presidido por la primera dama de nuestro municipio, a dirigirme a ustedes, hoy 8 de marzo, fecha muy especial por celebrarse el Día Internacional de la Mujer. Soy, simplemente, otro apiano que ama a su pueblo. Y desde esta identidad he asumido el gran reto de enaltecer a la mujer, con quien los hombres tenemos una inmensa deuda histórica por la forma como hemos vulnerado sus derechos.

No me gusta empezar con el tonillo de los discursos de: «Señores y señoras», ni voy a dirigirme a «todos y a todas», pretendiendo hacer justicia a la equidad de género en el lenguaje, pues, según la Real Academia Española de la Lengua, y puede estar equivocada, con la palabra «todos» basta para dirigirse a los géneros femenino y masculino. Hay un mandatario, muy conocido, que, en forma jocosa, acostumbra en sus discursos expresiones como: «Donar 35.000.000 de libros y libras para las bibliotecas», o «Hay que estar alertos y alertas», tratando de emplear un lenguaje inclusivo. Me parece que la igualdad de género, el respeto a los derechos de la mujer es un asunto mucho más serio que estas banalidades idiomáticas. Pues, como arrojan tristemente las estadísticas, la mujer continúa siendo abusada física, psicológica y laboralmente en este mundo globalizado, que está que explota como un globo, un mundo que debiera ser más justo, más consciente, más humano.

Recordemos el ingrato papel de la mujer en la prehistoria, en la que nos muestran a un cavernícola sometiendo a su hembra a garrotazos. Lo que desgraciadamente todavía se repite en ciertos hogares de la contemporaneidad.

En el período histórico de la Antigüedad Griega sobresalieron mujeres en el campo de la ciencia, como la matemática, filósofa, astrónoma, escritora e inventora Hipatia de Alejandría, prototipo de la mujer librepensadora. Y tuvo el mismo fin que muchas mujeres: fue asesinada brutalmente; y, coincidentalmente, un 8 de marzo.

En la comedia *Lisístrata*, de Aristófanes, en el siglo V a. C., su protagonista, Lisístrata, promueve entre las mujeres una huelga sexual para evitar que los hombres vayan a la guerra. Quizás una huelga de estas, en la actualidad, sería una fórmula más eficaz para llegar a esa paz que tanto predicamos.

En la revolución francesa (1789) la mujer participó activamente, tras el lema de: «Libertad, igualdad y fraternidad». A mediados del siglo XIX, ya luchaba por reivindicaciones como el sufragio femenino, la igualdad y la denuncia de la opresión social, familiar y laboral. Es ya un lugar común, en la celebración del Día Internacional de la Mujer, recordar el 8 de marzo de 1857, cuando un grupo de obreras textiles protestaron en las calles de Nueva York por las condiciones miserables en que vivían. Y no deja de estremecer lo que sucedió el cinco de marzo de 1908, también en Nueva York, cuando perecieron quemadas, encerradas en una fábrica, más de un centenar de mujeres, cuando participaban en una huelga en la que reclamaban igualdad salarial, disminución de la jornada laboral a diez horas y un tiempo para amamantar a sus hijos.

En 1910, en Dinamarca, durante la Segunda Conferencia Internacional de la Mujer Trabajadora, se aprobó declarar el ocho de marzo como Día Internacional de la Mujer, que fue institucionalizado por la ONU en 1975.

Pero no quiero aburrirlos, en esta celebración, con una lista de fechas y nombres de lugares y de personas que no son tan nuestros. Recordemos, mejor, el papel fundamental de la mujer en nuestra querida comarca apiana. Se dice que al lado de todo gran hombre hay una gran mujer. Y al lado de José María Marín, uno de nuestros primeros colonizadores, estaban Encarnación, su mujer; y Raquelita, su hija. Quienes participaron con pujanza en la gesta colonizadora.

Según el historiador y escritor apiano Gerardo Naranjo López, la primera persona que ejerció la docencia en San Antonio de Apía, como se llamaba nuestro pueblo, fue una mujer: María Jesús Peláez de Hoyos hasta el año de 1.889, precursora de una pléyade de educadoras que han sido determinantes en la educación y el progreso de generaciones de apianos. Recuerdo que mi primera maestra fue una humilde anciana de nombre Carmelita que daba clases particulares en su casa, a las que asistían numerosos niños de la localidad. Sería imperdonable no mencionar a la comunidad de las Hermanas Vicentinas, que dejaron tan honda huella en la asistencia social, la educación y la salud de nuestro Corazón del Viento.

En la Administración Pública hemos tenido dos alcaldesas: Aracelly Vélez Rendón, en 1.979; y Amparo Echeverry Mejía, en 1989, sin contar el gran papel que han desempeñado primeras damas y numerosas mujeres en administraciones municipales y el significativo aporte de profesionales y empresarias apianas. Dice Bon ki- Moon, ex secretario general de la ONU, algo que puede contrariar nuestro machismo: «Los países que tienen más igualdad de género experimentan un mayor crecimiento económico. Las empresas que cuentan con más líderes mujeres logran mejores rendimientos. Los acuerdos de paz que incluyen a las mujeres son más duraderos. Los parlamentos en los que hay más mujeres aprueban más leyes sobre cuestiones sociales claves como la salud, la educación, la manutención de los niños, la lucha contra la discriminación. Las pruebas no dejan lugar a dudas: la igualdad de la mujer trae progreso para todos». De manera, pues, que: ¡Mujeres del mundo entero, uníos!

Hablemos ahora de una mujer que ha sido determinante en el desarrollo de nuestra aldea local y de la aldea global: la mujer campesina. Precisamente el lema para la celebración del Día Internacional de la Mujer, en 2018, es: «Ahora es el momento: las activistas rurales y urbanas transforman la vida de la mujer... El objetivo es llamar la atención sobre los derechos y el activismo de las mujeres rurales, que constituyen más de un cuarto de la población mundial. Labran la tierra, plantan las semillas que alimentan a las comunidades. Sin embargo, las mujeres rurales viven en peores condiciones que los hombres rurales o las mujeres urbanas...». Que sea esta la oportunidad para rendirle un merecido reconocimiento a nuestra mujer campesina.

No puedo desaprovechar este memorable evento, para cerrar estas palabras alusivas al Día Internacional de la Mujer, con un soneto que me inspiró mi musa:

Mujer, perdón

Mujer de carne y hueso o literaria,
cantera fértil, hálito divino,
ante tu majestad mi rostro inclino
y te ofrendo mi canto y mi plegaria.

Mujer de hogar, del agro o proletaria,
camarada del hombre en su camino,
mujer del orbe y de mi lar andino,
mujer discriminada o empresaria,

hoy te pido perdón por los errores
que por crueldad ha cometido el hombre:
injusticias, violencias, violaciones,

que ensombrecen la historia con horrores.

Hoy te ofrezco, contrito, y en su nombre:
frutos de amor y no solo canciones.

¡Muchas gracias a «todas»!

La antiapianidad

Desde hace varios años se ha venido hablando mucho sobre la apianidad y se realizan cada mes, con éxito, las ferias de la apianidad, con el fin de conservar, cultivar y enriquecer nuestra identidad cultural que es tan fecunda y valiosa. Inclusive escribí una obra de teatro "Trochas por la apianidad", musicalizada por mi hermano Carlos Fernando, y que se ha presentado numerosas veces, en la que en forma jocosa y amena se habla de diversos aspectos culturales de nuestro Corazón del viento: su historia, economía, gastronomía, música y literatura, su himno, sus leyendas, su turismo de montaña, senderismo, parapentismo, aviturismo, apiturismo, biciturismo, sus ferias campesinas y empresariales y la educación de sus gentes. En fin, todas aquellas manifestaciones que ameriten ser conocidas por propios y visitantes para que se formen una buena imagen de nuestro pueblo. Recuerdo que pocos días antes de su partida a la Eternidad nuestro inolvidable maestro Pacho Alzate Vallejo, en un video transmitido por CECOTV, trató con profundidad el tema de la apianidad, cuando Pacho fue escogido como personaje del mes. Ojalá dicha grabación se transmita más frecuentemente con el fin de formar conciencia en este tema tan importante.

El asunto en el que me voy a aventurar es todo lo contrario: la antiapianidad. Todo aquello que afea a nuestro pueblo y que se debe evitar, si es que amamos o tenemos sentido de pertenencia con nuestro terruño. Y que contempla no solo aspectos negativos como arrojar basuras a las calles o fuentes de agua, no recoger los excrementos de nuestras mascotas, invadir el espacio público y comportamientos que van en contra de la urbanidad, la cultura ciudadana y hasta del Código de Policía y el Código Penal, sino otros más sutiles que desdican de nuestra buena imagen de pueblo culto.

Recuerdo que hace algunos años el hijo adoptivo de Apía, maestro Octavio Hernández, contaba una anécdota sobre un viaje que hizo con unos amigos a Santa Rosa de Osos, Antioquia, a visitar la tumba del gran poeta colombiano Porfirio Barba Jacob. Al preguntarle a unos desprevenidos ciudadanos sobre dónde era el lugar, estos se miraron sorprendidos. Y uno de ellos le dijo al otro: "¿Dónde es que está esa güevonada?"... Contaba Octavio que sintieron tanta decepción ante esas palabras que inmediatamente abordaron un vehículo y abandonaron, indignados, el pueblo.

Algo semejante podría suceder si nos preguntan en Apía por los poetas Alfredo López Velásquez, Guillermo Agudelo Valencia, o quizás el más conocido Gerardo Naranjo López. En este caso debemos estar informados sobre ellos o por lo menos enviar al turista a la Casa de la Cultura, donde está el rincón de escritores apianos, o a un guía turístico o gestor cultural. "Yo sé quién sabe lo que usted no sabe". Brindar una información clara y precisa.

Hace años, en un acto de antiapianidad, cometí el error de decir en la Casa de la Cultura que por favor cuando viniera alguien a preguntar por la historia de Apía no me lo enviaran, pues soy poeta y no historiador. Lo que sé de la

historia de nuestro pueblo lo aprendí del libro “Apía a través de la historia”, de mi tío Gerardo Naranjo López. Pero recapacitando he tomado conciencia de que hay unos datos mínimos que debemos saber para ilustrar a quien nos pregunte por la historia de nuestro Corazón del viento: Apía fue colonizado en 1872 por pujantes paisas del Suroeste Antioqueño. Los primeros en venir fueron José María Marín, su amigo Julián Ortiz, la esposa de José maría: Encarnación Marín y los hijos de ellos Raquelita y Saturnino. Oficialmente fue fundado el 15 de agosto de 1883. Y fue elevado a la categoría de municipio en 1892. Si nos interrogan sobre aspectos importantes de nuestra cultura podemos mencionar la agricultura, la microempresa, los cafés especiales, la música, la literatura, el parapentismo, el turismo de montaña, el avistamiento de aves, el turismo cultural (Fiestas aniversarias, Encuentro departamental de Bandas, Festival Rock al Viento) . O si no nos sentimos seguros enviar a quien pregunte a una persona conocedora del tema.

Recuerdo que hace años la licenciada en literatura Inés Emilia Rodríguez hizo un monumental trabajo de grado sobre los escritores y poetas de Apía, que reposa en la Casa de la Cultura. Años después vino a hacer un trabajo de posgrado sobre el cultivo de la novela y la literatura didáctica en Apía. Pero desafortunadamente no fue atendida como se merecía, pues se cruzó su actividad con otras que estaban desarrollando las personas consultadas. En el caso mío estaba acompañando por razones de salud a mi esposa. E Inés Emilia se fue decepcionada y no volví a saber de ella, pese a mis intentos de contactarla. Perdimos la oportunidad de que se difundiera la producción novelística del doctor Alberto Castaño y de la educadora Luz Dary Guiral Ruiz, y el aporte a la literatura didáctica para niños de nuestra escritora Amparo Flórez de Ramírez.

En otra acasión se apareció a mi casa un escritor desconocido con el libro de historia de Gerardo Naranjo, quería hablar con el alcalde municipal sobre un proyecto de escribir un libro relacionado con la violencia partidista en Apía. Pero como no sabía quién era ni venía acompañado por alguien conocido me dio desconfianza y ni siquiera lo mandé a entrar a mi casa. Pude comprender su desagrado y se marchó. No sé quién sería, pero se puede sacar una enseñanza: atender bien al turista, investigador o visitante en la medida de lo posible para que no se lleve una imagen negativa del pueblo y no hable mal de él . “Turista satisfecho trae más turistas”.

También, por contraste, una vez vino un periodista y concejal de Marsella, de parte de la Gobernación, a hacer unos videos sobre leyendas de Apía. Aunque en esa época estaba en el plan de descansar de la literatura y dedicarme más a la familia y a otros apectos importantes de la existencia, que tenía abandonados, me sobrepuse y con la ayuda de docentes y alumnos hicimos un muy buen trabajo de recopilación. Quedó tan contento que hasta nos dio dinero a quienes le colaboramos. Estos videos están en poder de CECOTV y la Casa de la Cultura.

Me enteré hace poco de que un escritor de Pereira estaba muy interesado en hacer un trabajo investigativo sobre los escritores apianos. Ojalá haya encontrado el apoyo necesario.

Todo esto para ilustrar aspectos de la apianidad y su antagónico: la antiapianidad. Me parece que es antiapianidad ver en otros cultores del arte, gestores culturales u organizaciones cívicas y artísticas rivales o enemigos a los que hay que atacar, demeritar o ignorar. O torpedear las actividades creativas o cívicas de otros por sectarismo, fanatismo o rencillas personales, anteponiendo los intereses propios o del ego a los de la comunidad. Antes que todo somos apianos y hermanos. Recuerdo muy bien que el mayor ideal de Pacho Alzate era que los diversos sectores culturales no funcionaran como ruedas sueltas sino en armonía, colaboración y respeto a través de un comité interinstitucional. Y el que me parece más triste aspecto de la antiapianidad: cuando profanamos el sagrado verbo, el don de la palabra, utilizándolo para dividir y destruir y no para unir. Que el gentilicio "apiano", no sea la negación de Apía: "Apía no", sino la afirmación de la apianidad. Lo que implica estar vigilando en nosotros mismos, antes que en los demás, las reacciones o manifestaciones de la antiapianidad.

Todo depende de la forma en el decir

En la edición anterior de *El Cóndor*, traté el problema de la agresividad, que es el que más afecta a nuestras comunidades y al mundo en general, lo que causa innumerables conflictos. Esbozaba las causas genéticas, psicológicas, económicas y culturales de la agresividad; y cómo, si queremos controlarla y no quedarnos en las meras buenas intenciones y bonitas palabras, debemos hacer un profundo cambio social y de nosotros mismos.

Puse a consideración la práctica científica de la autoobservación psicológica como un medio de descubrir y transformar las impresiones que conllevan a la agresividad y a otras reacciones negativas.

Dado que este tema reviste gran importancia, pues se está poniendo en juego nada menos que la misma supervivencia de la especie humana, trataré de ahondar un poco en este espinoso asunto de cómo controlar la agresividad, basándome principalmente en mis experiencias personales.

Otra práctica que me ha servido bastante es el ejercicio retrospectivo o el autosicoanálisis: recordar y analizar las principales escenas de la vida cotidiana en las que se actuó en forma agresiva, por qué se presentaron, qué reacciones causaron en nuestra sique, qué consecuencias nos trajeron, una especie de examen de conciencia; y los que practiquen alguna fe religiosa pueden recurrir al poder de la oración. Se está confirmado científicamente que en las profundidades subconscientes existen fuerzas superiores que nos pueden ayudar en este trabajo. Una de las principales causas de la agresividad es el temor. Cuando nos sentimos acorralados o tememos perder algo que consideramos vital: nuestros medios de subsistencia, nuestras creencias, nuestra reputación, nuestra pareja, nuestros hijos o propiedades, generalmente reaccionamos con violencia. Las personas agresivas, en realidad, son temerosas, se sienten amenazadas, tiene un vacío de amor que las hace sentir inseguras y entonces reaccionan con violencia. Si reaccionamos a ellas con ira o rechazo aumentaremos su agresividad. “Una palabra blanda calma la ira”; y hasta, usando una hipérbole, podemos ser amigos del mismísimo diablo y lograr su arrepentimiento si lo tratamos con dulzura. Y como me gusta hablar con ejemplos citaré algunos.

En cierta ocasión, hace ya 10 años, un alumno se comportó de forma altanera conmigo y perdí los estribos. El remordimiento que sentí después fue tan intenso que casi renuncié al magisterio. Analizando la situación me di cuenta que dicho estudiante había herido mi orgullo al burlarse de mí ante los demás, entonces sentí mi autoridad amenazada, sentí temor, y todo ello desencadenó las reacciones negativas que lamenté.

Me hice el firme propósito de no volver a caer en ello. Y como la vida es un proceso de aprendizaje, cuando se volvió a presentar la misma prueba, y otro alumno me insultó en forma muy irrespetuosa, me autoobservé y transformé la reacción de ira que sentí. Conservé la serenidad; y, a solas, con el agresor, de muy buenas maneras, le hice ver lo injusto que había sido conmigo, tratando de llegar a lo más hondo de su conciencia. El estudiante lloró al reconocer su error, me pidió perdón y seguimos siendo muy buenos amigos. Si me hubiera dejado llevar de la ira, seguramente lo habría agredido o hecho expulsar de la escuela. Y hoy en día él sería un enemigo. Aprendí que si queremos que los demás cambien no debemos levantar muros sino tender puentes entre los corazones. Y lo que más se opone a esto es herir la autoestima ajena con gestos despectivos, frases insultantes, actos violentos, regaños, sermones, cantaleta. La fuerza del amor obra milagros. Esto no quiere decir que seamos blandengues cuando las circunstancias exijan aplicar correctivos. Si nos autoobservamos la misma conciencia nos dirá cómo actuar. Hay personas que parece que no sintieran remordimientos por sus errores y que abusan de la bondad de los demás. En estos casos, como tampoco podemos ser víctimas ni cómplices de ellas, hay que aplicar el correctivo más indicado: una expulsión, una tutela, una sanción, unas nalgaditas (si se trata de un hijito), pero sin ira. Que comprendan que uno no actúa por rencor o venganza sino por el propio bien de ellos; y por un sentido de justicia. Hay que decir la verdad, pero con las mejores palabras. Hay un cuento tomado de "Reflexiones yahoo", que ilustra muy bien lo anterior:

"Un rey soñó que había perdido todos los dientes. Después de despertar mandó llamar a un sabio para que interpretase su sueño.

—¡Qué desgracia, mi señor —exclamó el sabio— cada diente caído representa la pérdida de un pariente de vuestra majestad.

— ¡Qué insolencia! —gritó el rey enfurecido—. ¿Cómo te atreves a decirme semejante cosa? ¡Fuera de aquí!

Llamó a su guardia y ordenó que le dieran cien latigazos.

Más tarde ordenó que le trajesen a otro sabio y le contó lo que había soñado. Éste, después de escuchar al rey con atención, le dijo:

—¡Excelso, señor! Gran felicidad os ha sido reservada. El sueño significa que sobreviviréis a todos vuestros parientes.

Se iluminó el semblante del rey con una sonrisa y ordenó que le dieran cien monedas de oro.

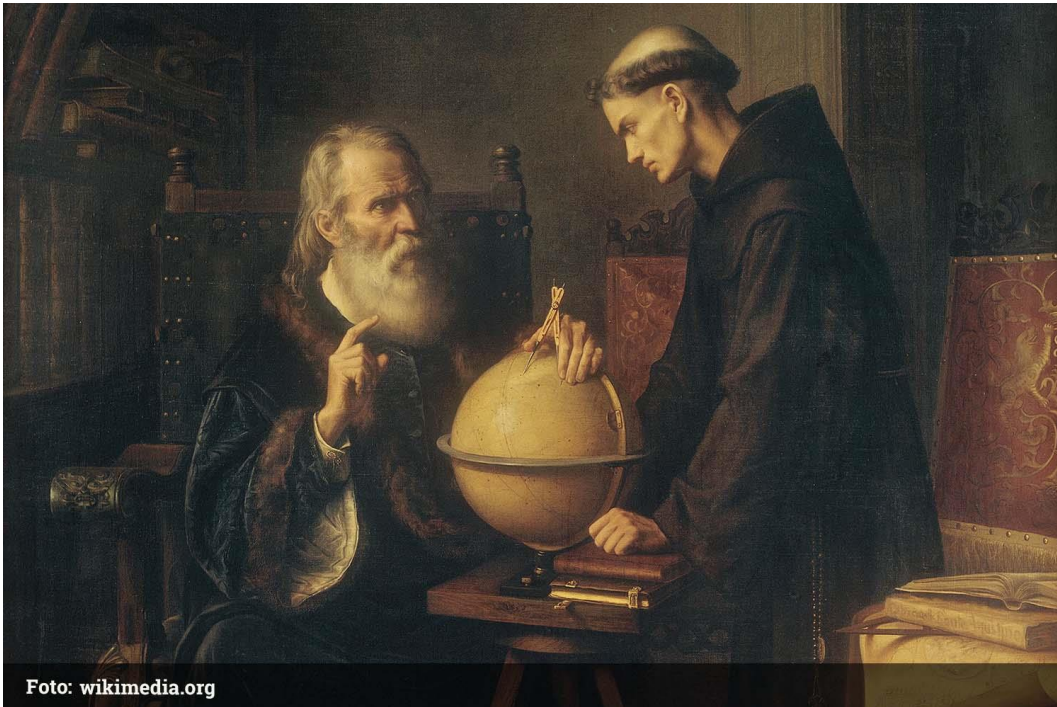
Cuando el sabio salía del palacio, uno de los cortesanos le dijo admirado:

–¡No es posible! La interpretación que habéis hecho de los sueños es la misma que la del primer sabio. No entiendo por qué al primero le pagó con cien latigazos y a ti con cien monedas de oro.

–Recuerda bien, amigo mío –respondió el segundo sabio– que todo depende de la forma en el decir...

Mi verdad no es toda la verdad

(El Cóndor)



En la pasada edición cité un cuento tomado de *Reflexiones yahoo*, en el que se concluye que todo depende en la forma en el decir, y que la verdad puede compararse con una piedra preciosa. Si la lanzamos contra el rostro de alguien puede herir, pero si la envolvemos en delicado encaje y la ofrecemos con ternura ciertamente será aceptada con agrado. Dice al respecto Gonzalo Gallo: “En la mayoría de las ocasiones la suavidad logra más que la reciedumbre. Así es como el agua convierte las rocas en suave arena”.

Por último, para finalizar este tema tan importante de cómo controlar la agresividad hablaré de un factor psicológico que es tal vez el que más conflictos causa en el mundo.

En la edad media el hombre en su orgullo creía que la tierra era el centro del universo; pero Copérnico y más tarde Galileo Galilei corrigieron la teoría geocéntrica del universo. Hoy la ciencia ha demolido más la pretensión de considerarnos los más importantes seres del cosmos al demostrarnos que inclusive nuestro sistema solar está situado en un rinconcito de la Vía Láctea y que en el universo existen millones de galaxias que pueden albergar vida inteligente. Sin embargo, conservamos un rezago de ese pernicioso egocentrismo cuando nos creemos poseedores de la verdad y que los otros microcosmos, los que no comparten nuestra concepción de la vida, deben girar

alrededor de nosotros. Como afirma Gonzalo Gallo: “Con una visión selectiva cada quien acomoda la realidad y cree que siempre tiene la razón. Ahí está la raíz de muchos altercados, divisiones, actos de intolerancia”. Por eso es tan importante detectar este factor psicológico en nosotros mismos a través de la autoobservación. Pero, como afirma Krishnamurti: “qué tan difícil es decir: No sé. Despojar nuestra mente de todas nuestras experiencias, conocimientos intelectuales, reconocimientos y títulos, para observar la realidad y escuchar a los demás con una mente silenciosa, libre del peso del pasado con sus tradiciones, dogmas y prejuicios”. Qué tan difícil decir con toda sinceridad, como Sócrates: “Solo sé que nada sé”, sin falsa modestia. Qué tan difícil aceptar que no somos poseedores de toda verdad y que podemos estar equivocados. Esto implicaría tirarnos al vacío, cuestionar las ideas en las que se ha fundamentado nuestra vida, lo que nos causaría pánico. Pero, como dice Anthony de Mello: “Solo así las águilas aprenden a volar”. Tal vez la verdad, como dicen los grandes maestros espirituales, se encuentra en el silencio de una mente extraordinariamente atenta a sí misma y a los demás. Solo así tendríamos la apertura mental necesaria para escuchar con amor las verdades de los demás; y no se seguiría presentando la tragedia que ha ensangrentado la historia de la humanidad: sentirse poseedores de la verdad y con derecho de imponérsela a los demás. Así es como han surgido las guerras, las persecuciones, las torturas, los circos donde los leones devoraban a los cristianos, las inquisiciones, los campos de concentración, los gulag, las dictaduras de derecha e izquierda, los imperialismos. Todos corremos el peligro de caer en dicha pretensión o de pensar con cierta piedad hipócrita respecto a las ideas de los otros: “Pobrecitos, están equivocados”. Recuerdo un simpático cuento que leí en una cartilla de lectura y que ilustra muy bien lo anterior:

Cuatro ciegos que nunca habían visto un elefante se pusieron a discutir sobre cómo era dicho animal. El primero le tocó una oreja al paquidermo y afirmó rotundamente:

–El elefante es algo plano y redondo como un plato.

El segundo le tocó la trompa al elefante y objetó airado:

–¡Mentira! Es largo y blando como una serpiente.

El tercero palpó una pata del animal y enfatizó:

–¡Cuán equivocados están! El elefante es alto y macizo como un árbol.

El cuarto ciego apretó un colmillo del elefante y burlándose de los demás afirmó:

–¡Qué ignorantes!, ¿cómo no se dan cuenta de que el elefante es afilado como un cuchillo?

Y terminaron golpeándose a bastonazos.

El problema es cuando nuestro ego nos hace creer que no somos ciegos y que estamos viendo todo el elefante.

Por último, en esta Navidad tengo un mensaje para todos los lectores de *El Cóndor*, que espero lleve una luz de esperanza en este tenebroso abismo en el que parece precipitarse el mundo, con la aclaración de que mi verdad no es toda la verdad y que puedo estar equivocado:

La voz del silencio

Cuando la duda eclipsa al corazón
o el huracán azota fragoroso
disipando del alma todo gozo
y causando zozobra o destrucción,

Cuando la acerba náusea hace erupción
al ver tanto suceso doloroso,
sin oasis, estrella ni reposo,

inquieta nuestro ser con desazón:

¿Dónde te ocultas, dónde estás, oh, Dios...?
¿Eres solo un engaño una invención...?
Y en la más honda altura, en lo interior,

responde un titilar con queda voz:

“Todo pasa, silencia el corazón.

Y entonces me hallaras: ¡soy el Amor!”.

Los tormentos gozosos de la poesía

(El cóndor)



Decía recientemente el poeta Álvaro mutis, premio Cervantes 2.001: "... para mí, escribir un poema es una tortura a la que me entrego como puede cualquier otro entregarse a la oración o a la meditación. La corrección de un poema no se la deseo a nadie como castigo. Eso es un trabajo terrible. Para mí no es un placer. Nunca he sentido ninguna exaltación, ni ninguna felicidad por estar escribiendo. Me lleno de dudas...". Estoy de acuerdo con lo que dice mi torturado e ilustre colega, y agregaría: el dolor de la gestación poética empieza cuando una idea, un intuición, un motivo inspirador, relampaguea en la imaginación creadora y empieza a abrirse paso, como una tempestad, en el mundo de las formas. Es, entonces, cuando me posee el duende de la literatura, mi implacable musa, y no quisiera otra cosa sino sentarme a escribir sin que nada ni nadie me interrumpa. Llego al extremo –y es un contrasentido porque, para mí, poesía es amar– de "odiar el universo, sacrificar un mundo para pulir un verso", como decía el maestro Guillermo Valencia.

Y el trabajo de pulimiento es el más duro en cualquier arte. Como afirma el escritor risaraldense Rubén Darío Sierra: "Es abrirse camino en el bosque de las palabras es dar martillo con lupa y escalpelo", buscando el término correcto, la metáfora más precisa, eufónica y hermosa. Diría que es una reingeniería

literaria: lograr con el mínimo de recursos expresivos el máximo de belleza, trabajo que puede durar años de paciente labor.

A este tormento se agrega el de ser un escritor no reconocido nacionalmente, con toda la problemática que ello implica: la explotación a que es sometido por parte de algunas editoriales, la gestión de recursos para la publicación de la obra en un país golpeado inclementemente por las recesiones económicas de un sistema social ineficiente, y donde la cultura continúa siendo la cenicienta. En el caso mío, poco me ha faltado escribirle también a las Damas de la Caridad, solicitándoles patrocinio para mis libros. Luego viene lo más doloroso: el poeta debe descender del seráfico mundo de las musas para enfrentarse con una cruda realidad: vender él mismo sus libros para pagar sus deudas por la publicación, sentir la sensación de volverse alguien incómodo para sus amigos y coterráneos, convertirse en chepito; y, a veces, recibir gestos despectivos y palabras poco estimulantes: –¡Trabaje!, me llegó a decir alguien cuando le ofrecí un libro, a lo que repliqué: –¡Trabajando estoy!

A estos tormentos se agrega uno que particularmente me parece un verdadero infierno: el gazapo, la pesadilla del escritor. Ese error que se escapa y aparece burlón en el libro pese a las repetidísimas revisiones y correcciones. Definitivamente existe el diablillo de las imprentas.

Pero, como todo parto tormentoso, luego llega el gozo del alumbramiento: la gran satisfacción de dar a luz un poema que nos colma y que es acogido por otras personas. Frases como: “Me encantó el libro”. “Me gustó mucho tal poema”. “Tales versos me hicieron llorar” –no de la decepción, por supuesto–, que alguien desprevenidamente me dice en la calle. La satisfacción de ver que, pese a las penurias y los obstáculos, se alcanzó a recoger el dinero para pagar las deudas y quedó algo de ganancia.

No todos los escritores disfrutan estos últimos gozos. En el caso mío, le agradezco al supremo Artista del universo el haber nacido en un pueblo macondiano y quijotesco que ha apoyado la cultura, y el haber recibido la ayuda de mecenas, personas generosas y entidades de la región (administraciones municipales, Casa de la Cultura) en el transcurso de mi navegar literario.

Otro gozo de la poesía es su trascendencia que rompe barreras de tiempo y espacio.

Escribía el maestro Menéndez y Pelayo: “la posteridad recuerda a los grandes escritores con preferencia a los legisladores y guerreros, y agradece más el legado de un Homero o de un Platón que el de Solón o Alejandro”.

Recientemente leía un curioso artículo científico en el que se afirma que escribir no sólo alivia el alma sino que hacer poesía permite entretenerse,

compartir y recuperarse más rápido de ciertas enfermedades, como el alcoholismo, la drogadicción y la demencia. Cada día, la poesía terapéutica se populariza más, tanto que hoy se practica también en Japón y Nueva Zelanda.

En este aquejoso mundo del tercer milenio, en esta nación patria tan enferma de odio, egoísmo, ambición y violencia, estoy de acuerdo con lo que dice Rubén Darío Sierra en su libro *Teoría y Práctica de un taller literario*: “Nuestra opción por la poesía entraña su reconocimiento como esa ambrosía salvífica que nos permitirá superar las miserias del presente con la fuerza incontenible del amor, las alas desplegadas de la esperanza”.

Para mí ser poeta no es escribir hermosos versos, sino despertar la fuerza divina del amor universal, esencia de la belleza. Lo que implica silenciar nuestra mente de ambiciones, temores, egoísmos, violencias, prejuicios, dogmatismos y condicionamientos psicológicos y culturales: la más grande de las epopeyas del universo. Y desde la mirada de esta poética no es ficción literaria o hipérbole afirmar que el supremo gozo de la poesía, su más hondo sentido, es ser lo único que puede salvar el mundo.

CRÍTICA A LA CRÍTICA

Francisco Javier López Naranjo

(Publicado en el periódico regional "El Cóndor")

"Pueblo pequeño, infierno grande", dice un refrán, al referirse a la chismografía o crítica tan común en las provincias, donde "Se raja de todo el mundo y no se le sostiene a nadie", y donde hay personas viperinas que "Tienen una lengua tan larga que pueden barrer con ella las calles", o peor aún: "Se pueden limpiar el cu... con ella", entre otras expresiones populares alusivas a la crítica de las vidas ajenas. Y no falta el gracioso que diga que el obelisco o "lima" del parque de Apía fue construido para limar con él la lengua de los chismosos del pueblo. Pero, siendo justos, este fenómeno o canibalismo se da también a escala nacional y mundial. Por ello se podría hablar de una "chismocracia" o de un "chismociberespacio". Y Casi nadie escapa a este prurito que hace mover La lengua más de la cuenta, cuando se trata de criticar las vidas ajenas. La Biblia dice: "Quien gobierne la lengua es capaz de gobernar la creación entera". Y critica a la crítica con frases duras y condenatorias: "No juzguéis para que no seáis juzgados". "¿Por qué miras la paja que hay en el ojo de tu hermano y no la viga que hay en tu propio ojo?".

Se ha comprobado en psicología que los defectos que criticamos a los demás los cargamos también en nuestro interior en otros niveles del subconsciente. Por ello en vez de criticar sería saludable para nuestra mente y espíritu cerrar la boca, observaremos a nosotros mismos para descubrir los defectos que les criticamos a los otros; y en lugar de desollar con nuestra lengua al prójimo colocarnos en el pellejo de los demás.

Por otra parte, la crítica es necesaria para evaluar procesos en la sociedad, en el arte, en la ciencia, en la filosofía, en la religión, con el fin de aplicar los correctivos necesarios y perfeccionar el mundo. Por ello el diccionario define a la crítica como: "El arte de juzgar de la bondad, verdad y belleza de las cosas"; y existen la crítica literaria, artística, científica, filosófica. Precisamente el gran filósofo Emmanuel Kant escribió dos tratados magistrales: *La crítica de la razón práctica* y *La crítica de la razón pura*. Son necesarios los jueces, los procuradores, los contralores, los supervisores, los jurados, los críticos de arte, los periodistas, los ensayistas, las juntas de vigilancia, las comisiones de verificación y evaluación u otras organizaciones y personas que ejercen una función fiscalizadora. Pero, ¿cómo ejercer el delicadísimo arte de la crítica con eficiencia...?

La más importante condición sería la objetividad, la imparcialidad, lo que implica un elevadísimo sentido de la ética: tener la mente libre de prejuicios, intereses creados, amiguismos, temores, resentimientos, orgullos, envidias y factores subjetivos que interfieran el justo juicio de la conciencia. Por falta de

objetividad resultan “críticos”, o más bien criticones, para quienes “bueno” es todo lo que hacen sus familiares o amigos y “malo” todo lo que hacen sus enemigos; “críticos” a los que el árbol no les deja ver el bosque, y en una hoja en blanco con un punto negro sólo ven lo negro; “críticos” que en una obra de arte perciben únicamente el lunar, el gazapo, la desafinación, la imperfección, sin tener en cuenta la mayoría de aciertos que puede tener; “críticos” a los que mueve el deseo de hacerse sentir, de dar la impresión de que “saben”; “críticos” que emplean un lenguaje satírico y humillante, olvidándose de decir con amor la verdad.

¿Habrá críticos verdaderamente objetivos? ¿Críticos que tengan la conciencia tan descondicionada que miren las cosas como son y no a través de los lentes de colores de sus prejuicios y conveniencias...?

Me parece que si anhelamos ser objetivos es necesario primero que todo observar en nosotros mismos los factores egoicos o subjetivos que interfieren el justo juicio de la conciencia: nuestros temores, ambiciones, orgullos, envidias, odios, prejuicios, sin identificarnos con ellos, sin justificarlos ni condenarlos, sólo siendo conscientes de la forma como nos condicionan o perjudican. Ni siquiera criticarnos a nosotros mismos porque esa crítica puede ser de un ego del temor, un ego de la ambición, un ego perfeccionista.

Si no somos objetivos no es ético ejercer el delicadísimo arte de la crítica. “El que esté libre de pecado que lance la primera piedra”, dijo un crítico muy autorizado, y por cierto lo crucificaron por decir con amor la verdad.

LA LETRA CON SANGRE ENTRA

(El Cóndor)



El 23 de abril es considerado El Día del Idioma o Día del Libro. Y por tal motivo comparto algunas reflexiones sobre el arte de escribir, motivado por mi amor por la poesía, sin ánimo de pontificar al respecto. Evito al máximo ser dogmático. Me gusta mucho una frase de Borges: “No soy maestro de nadie, soy discípulo de todos”. En primer lugar, cabría cuestionar: ¿El estudio de la preceptiva literaria será necesario para quienes buscamos expresar la belleza en las palabras?

Vamos a tratar de definir lo que es la preceptiva literaria. Según los libros que tratan de esta materia: “Es el conjunto de reglas que deducidas de la naturaleza misma de las obras literarias, nos encauzan y dirigen para apreciar y producir otras composiciones”. Sin embargo, para Platón, Kant, los románticos y los místicos la creatividad no necesita de reglas y es algo innato en quienes la poseen, un fruto de la inspiración. Y, en realidad, me he preguntado: si la creatividad depende del estudio de la preceptiva, ¿cómo aprendió dichas reglas el primer poeta del mundo que creó la primera poesía? Tuvo que haber sido algo innato. Tal vez por la concepción de que la

creatividad literaria no depende de la preceptiva, esta asignatura ya no se enseña en los colegios; y más teniendo en cuenta el ambiente de libertad y hasta de anarquía en que cantidad de escritores contemporáneos hacen sus obras literarias.

Para los neoclásicos e intelectualistas el acto creador es fruto del estudio, de la disciplina. Baudelaire afirma: “La inspiración es decididamente hermana del trabajo diario”; y García Lorca: “Si es verdad que soy poeta por la gracia de Dios o del demonio, también lo es que lo soy por la gracia de la técnica y del esfuerzo, y de darme cuenta en absoluto de lo que es un poema”. Por otra parte, Aristóteles dice que el genio natural del poeta debe estar aunado al conocimiento de las técnicas propias de su arte.

¿Cuál sería, entonces, la más importante regla de preceptiva para adquirir buen estilo?

El célebre escritor español Azorín en su libro *El artista y el estilo* nos dice: “Dejémonos de dar vueltas y revueltas a lo que está claro: el estilo es vitalidad, a pesar de la gramática y aún a pesar de la lógica. Y ¿qué es vitalidad? Se nace con vitalidad para escribir o no se nace. La vitalidad es una fuerza interna e ingénita. Ponga la mano sobre su corazón el escritor y medite en si puede o no infundir vida a su prosa. Eso es lo importante”. Pese a sus errores gramaticales los escritos de Cervantes y Santa Teresa han perdurado a través de los siglos por su vitalidad que nos conmueve.

En cuanto a la poesía escrita, si “El soneto a Jesús Crucificado”, considerado uno de los sonetos místicos más bellos, fuera analizado por un purista contemporáneo podría concluir: “Carece de metáforas y es muy pobre en figuras literarias, no todos sus versos tienen el mismo ritmo, que sería lo ideal, algunos son melódicos, otros son heroicos, las rimas son también pobres, de la misma clase gramatical, y en su contenido está contaminado por el temor a Dios. El fundamento de un auténtico misticismo debe ser el amor a Dios y no el temor”. Y, sin embargo, cuánta vitalidad hay en él que nos conmueve, la misma que nos emociona en poemas clásicos pese a que tengan mezcla de asonantes y consonantes, sinalefas o hiatos dudosos, versos cojos, rípios, cacofonía, la misma que le da poeticidad al muy sintético y sencillo haiku, a creaciones en verso libre, en prosa o en otras artes como la música y la pintura, y que vibra en el amor fraterno o en la naturaleza y en el silencio.

El gran poeta y místico Krishnamurti respecto a la vitalidad creativa afirma que practicando el estado de alerta percepción, observando muy atentamente el mundo exterior y el interior sin identificarnos con ellos, sin justificarlos ni condenarlos, la mente se silencia; y se llena de una vitalidad extraordinaria, una aguda sensibilidad que nos permitirá captar la belleza íntima de las cosas y ser creadores. “Cuando existe el júbilo creativo la técnica puede desarrollarse

de la nada. Uno inventará su propia técnica, no tendrá que estudiar elocución o estilo”.

Me parece, que sin caer en extremos, hay que estudiar y practicar las técnicas del arte que nos gusta, en este caso la poesía escrita, pero lo fundamental es que haya vitalidad en lo que se escriba.

El poeta Luis VargasTejada en “Los versos”, nos dice: “¡Dios nos guarde de los versos perfectos! Quiero los versos un poco descoyuntados, pero vivos”.

El gran filósofo y poeta Nietzsche enseñó, tal vez, la más verdadera y hermosa norma preceptiva para escribir: “Escribe con sangre y aprenderás que la sangre es espíritu”. Que es, más o menos, lo que expresa bellamente Gabriela Mistral en su decálogo del artista: “Darás tu obra como se da un hijo: restando sangre de tu corazón”. **Decía Miguel de Unamuno en "Sobre la eternidad ": (...) Y sé que todo pensamiento escrito con sangre del corazón es una cosa de belleza, digan lo que quieran los artistas de la forma".** Y Gonzalo Arango enfatiza: “¡Escribe con sangre verde que es la savia de la vida!”... La gran poetisa Alejandra Pizarnik dijo: “Cuando escribo siento que el tanque de mi lapicera está cargado con mi sangre, no con tinta”. Y Raúl Zurita culmina: “Sin herida no hay arte. Es la fisura por donde sale el poema”.

En preceptiva literaria siempre tendrá vigencia un principio que en la pedagogía contemporánea es inadmisibles: “La letra con sangre entra”.

Letras como espadas

Las letras, como espadas, me atraviesan,
ansiendo conquistar la inmensidad.

Laceran en su lid de libertad,
mi esencia punzan, su epopeya expresan.

Lo arcano asedian, lo insondable apresan.

Desangran versos a la humanidad.

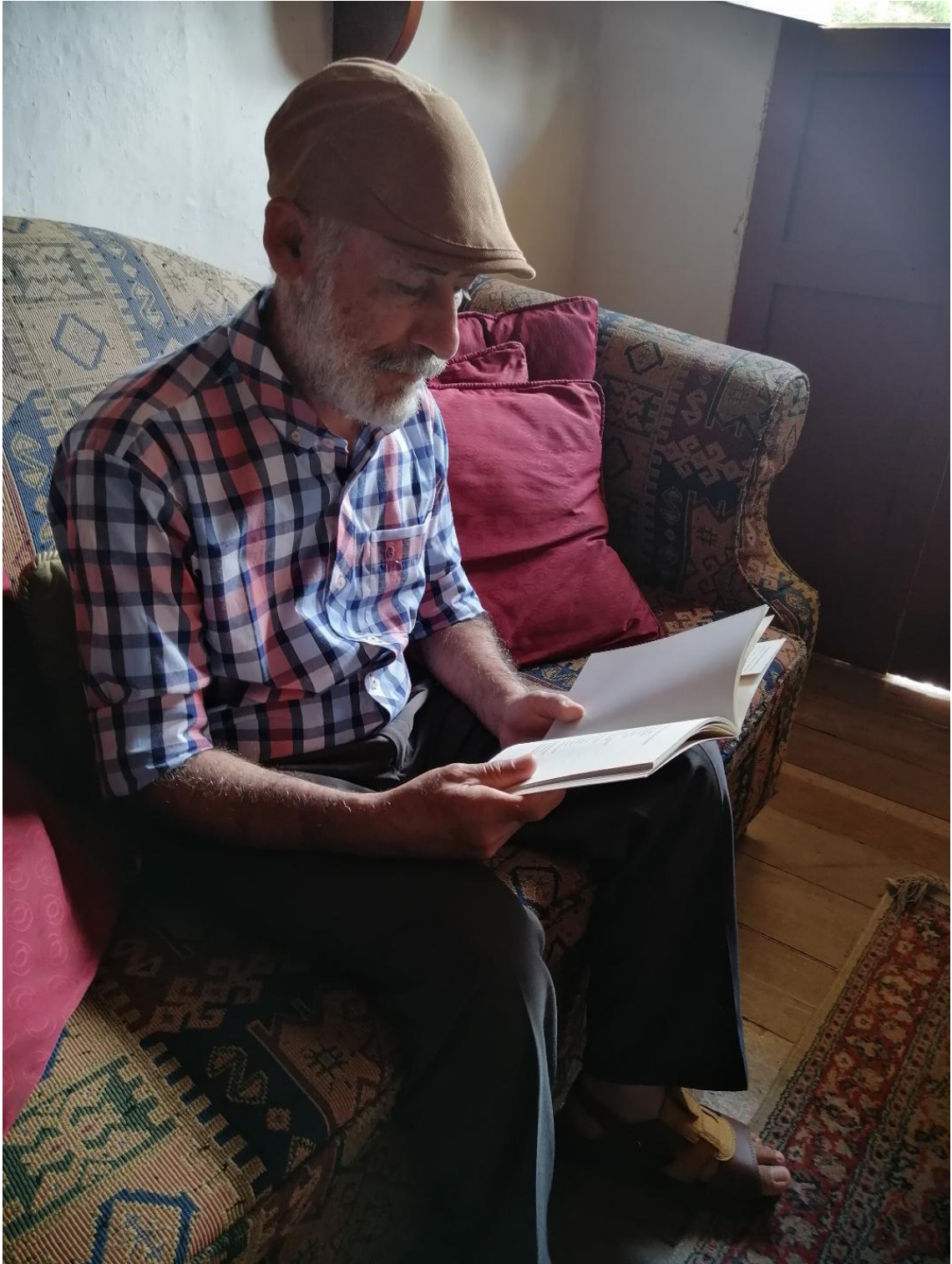
Letras: asaltos a la eternidad.

Las letras, como espadas, me atraviesan...

Letras, vuestros mandobles castellanos
desgarren mis entrañas en sonetos
que en símiles y tropos soberanos,

en pugnas de cuartetos y tercetos,
con ímpetus guerreros, sobrehumanos,
arranquen a la musa sus secretos.

Abril de 2020



Poesía neoclásica

Francisco Javier López Naranjo, Apía

El anterior título puede causar extrañeza porque se tiene la idea de que la poesía con rima y métrica es algo del pasado, “poéticas anquilosadas”, “estáticas estéticas estéticas”. Pero no, la poesía clásica, como lo auténticamente clásico, está viva, e inclusive se está renovando. Por eso, en este siglo XXI, así como se oye hablar en el arte del neobarroquismo también se escucha el término neoclasicismo.

En este mes de abril, en que se celebra el Día Mundial del Idioma Español, hagamos un somero recorrido por el mundo del neoclasicismo en la poesía.

Recientemente, desde España, y a través de Amazon, El poeta Jesús Castro González (Chus Castro), quien dirige en Facebook el grupo El Arte de la Poesía, presentó su libro “Escritura creativa – A ritmo de soneto”, en el que muestra 101 variaciones neoclásicas del soneto, varias de ellas de su autoría. Hay sonetos tan curiosos e ingeniosos como el “3 x 1”: tres sonetos en uno solo, y este decisonetillo espinela:

La expresión del sentimiento
no debe tener fronteras
pinta el cuadro como quieras
pero "muere" en el intento
se empobrece la pintura
la escultura y la canción
si falta la creación
que renueve su hermosura
demos chance a la locura
viva el ritmo y la armonía
la rima y la melodía
surjan las mentes abiertas

que el campo no tiene puertas
ni cercas la poesía

Por su parte Juan Benito Rodríguez Manzanares, también español, creó la rima jotabé, que básicamente consta de once versos de la misma métrica en rimas consonantes siguiendo este orden: AA BBBB CC ABC. La segunda estrofa tiene cuatro versos monorrimos, al estilo de la antigua cuaderna vía. Cada año se realizan concursos internacionales de rima jotabé.

En América Latina también hay creaciones neoclásicas en la poesía como el Guaroj, del uruguayo Nelson Guerra, estrofa de diez versos octosílabos con rima asonantada en los pares.

Aquí en Colombia, el poeta Ramiro Padilla Guerrero, quien reside en Cartagena, recoge en su libro “La nueva lira” los cincuenta estilos más recientes de las nuevas estructuras clásicas. Es el creador de las isopeyas.

En San Juan Nepomuceno (Bolívar), el poeta Reinaldo Bustillo Cuevas, quien fue el ganador del primer concurso internacional “Un soneto para Soria”, es el creador de la enéada, que consta de nueve versos de 16 sílabas cada uno, distribuidos en tres tercetos monorrimos de rima consonante. Es un homenaje a la trietnia del indio, negro y blanco de la región de los Montes de María y a la raza cósmica.

En el foro internacional de Poesía Tierra de Poetas , en Google, que administra la barranquillera Lila Manrique Preciado (Liman), se encuentran numerosas expresiones neoclásicas con sus respectivos autores, como la duodécima San

Martín, la decilira y la diamela. El lector que quiera profundizar y ver ejemplos de formas poéticas neoclásicas encontrará material abundante en la Internet.

En nuestro departamento de Risaralda, hace algunos años, tres poetas apianos propusimos crear “Sonetonadas”, sonetos que no dijeran nada, a manera de juego poético, pues realmente hacer un soneto que no diga nada es imposible. A no ser que se emplee esa expresión en sentido metafórico. Además de los tres soneticidas, el único que afrontó el reto fue el gran poeta español José Luis Ruiz Vidal, ganador de numerosos concursos literarios de sonetos. Esta propuesta fue publicada en “Las Artes” (18-5-2014)

Ahora en la cuarentena, y también en la cuaresma y en este año bisiesto, me atreví a proponer una forma poética neoclásica a la que he denominado el romanceto, que trata de unir dos formas muy tradicionales de la poesía hispana: el romance y el soneto, que he venido cultivando, con cierto reconocimiento, desde hace algunos años.

En el romanceto, los dos cuartetos del soneto, son, en realidad, un romance (los versos pares tienen rima asonante) y los dos tercetos riman consonantemente, siguiendo el esquema: BCD – BCD. A algunos podrá extrañarles que mezcle rimas asonantes con consonantes, lo que está prohibido por la preceptiva clásica, pero hay que tener en cuenta que en los romances antiguos se mezclaban asonantes y consonantes. Solo en el siglo XVIII, luego de que se entronizó el soneto en el Siglo de oro, los preceptistas comenzaron a ver mal este matrimonio, no sé si por cierta discriminación (no mezclar la rima perfecta con la imperfecta, lo culto o cortesano con lo popular),

o por eufonía. Lo importante es saber unir las para que suenen bien, pues por las prohibiciones nos hemos acostumbrado a separarlas.

Gracias al Gran Poeta del Universo mis romancetos, en esta época de fusiones en el arte, han tenido muy buena acogida en los grupos de poesía en los que participo en Internet. Inclusive el maestro Chus Castro me obsequió su libro, como primicia y como premio, e hizo un romanceto para honrar esta forma neoclásica de mi autoría, la cual está en trámites de registro de derechos de autor.

Pongo a consideración de ustedes mis romancetos, como un aporte de la poesía neoclásica a la cultura literaria de Risaralda y de Colombia.

Romanceto endecasílabo

Mi musa va a casar en estas nupcias
al rey soneto y al juglar romance,
y también a enlazar en un poema
sus rimas consonantes y asonantes,

contrariando a severos preceptistas
que condenan tan raro maridaje:
dos estrofas de rima arromanzada
con tercetos de rima consonante.

¿Quién puede prohibir en el amor
que convivan la plebe y la nobleza?:
¿el romance y el clásico soneto?

Por ello, con poético fervor,
declaro en matrimonio a Vuestra Alteza

y al romance, con todo mi respeto.

Romancetillo

(Unión del romance con el sonetillo)

Hijo del gran rey Soneto,
el párvulo Sonetillo
de Plebeyita Romance
quiere ser su buen amigo.

Y mi musa, cariñosa,
ha juntado a los dos niños,
pese a las prohibiciones
de la corte y sus prejuicios.

Ya no juegan, como antes,
entre flores, con temor,
escondiéndose del día.

Asonantes, consonantes,
por la magia del amor,
juegan en la poesía.

Romanceto hexadecasílabo

(Los dos cuartetos son monorrimos, como se dice que escribieron algunos cantares de gesta, que eran también de 16 sílabas. Luego se dividieron en octosílabos con rimas en los versos pares, según una hipótesis del origen del romance)

Un juglar y un sonetista cantan una gesta hispana;
el primero, en su laúd; el segundo, en su guitarra.
El romance y el soneto, con sus cuerdas hermanadas,
tañen en un gran concierto asonancia y consonancia.

El juglar, en dos cuartetos, de la poesía canta

la epopeya rutilante en la medieval España;
y a cantores muy fecundos que en mil sendas de añoranzas
trasegaron por la historia con su rima aromanzada

Canta luego el guitarrista, con sus rútilos tercetos,
al soneto de las cortes y de aquel siglo de oro
que fulgió con áureos versos en acordes consonantes,

y a las liras de poetas que en floridos vericuetos
lo ofrendaron a las épocas como un lírico tesoro.
El juglar y el sonetista: dos magníficos cantantes.

(Al leerlo, los dos primeros cuartetos suenan lo mismo que un romance octosílabo de 18 versos)

Era la vida que nacía de la muerte

(El Cóndor)



Con el reciente deceso de mi madre el tema de la muerte ha golpeado de nuevo a mi alma, como ha inquietado al espíritu humano a lo largo de la historia. ¿Más allá de la muerte existe la vida eterna, según afirman las religiones, o esta creencia es sólo fruto del temor y la ignorancia del hombre, como sostienen los materialistas?...

Para el dogma cristiano existe la otra vida: Cristo resucitó y nosotros también resucitaremos. Los partidarios de la reencarnación creen que cuando el cuerpo muere el alma cambia su vestido de carne y vuelve a nacer para cosechar lo que sembró en existencias pasadas. Prestigiosos científicos como Brian Weiss, en sus libros, afirman practicar regresiones a sus pacientes a vidas anteriores o a la eternidad a través de la hipnosis. Otros investigadores han publicado trabajos sobre experiencias cercanas a la muerte, en las que personas aseguran haber ido a la eternidad y regresado al cuerpo. Abundan los testimonios de los que afirman que vieron apariciones de fallecidos. Y los esoteristas dicen que se puede ir a la otra vida: las dimensiones superiores del universo, sin necesidad de morir, por medio del desdoblamiento astral y la meditación.

Por mi parte no pretendo afirmar ni negar la existencia de otra vida. Aunque soy poeta me gusta practicar el método científico en la búsqueda de la verdad; y me he planteado la siguiente pregunta a manera de hipótesis de trabajo: la energía es eterna y existió antes que la materia, y la conciencia es energía, ¿por qué negar que la conciencia puede ser imperecedera?

Sólo sé que en el tiempo en que mi madre estuvo en su lecho de enfermedad ocurrieron significativos sucesos que me confirmaron la unidad indisoluble entre la vida y la muerte. De mi madre sólo diré lo que alguien dijo de la Madre de Calcuta: “Era menudita en su figura, pero en su corazón cabía todo el universo”. Asombraba la extraordinaria vitalidad y capacidad de amar que afloraban de la delicada contextura de mi madre.

La llamaban cariñosamente Pepita, su nombre era Josefina, descendiente de pujantes paisas que llegaron a estas tierras apianas como consecuencia de la colonización antioqueña.

Desde el lecho de enferma de mi madre se percibían los arrebolados ocasos en el Tatamá. Con ella me extasié contemplando el crepúsculo más maravilloso: el sol moría, pero en esa muerte vibraba una luz vivificadora. Era la vida que nacía de la muerte. En esos días en que el amor vencía a la muerte, fui testigo en el hogar materno de otro fascinante fenómeno natural. De unas bellísimas crisálidas color oro nacieron policromas mariposas. Y me acordé de la inspirada poesía “Crisálidas”, de José Asunción Silva, en la cual una dorada mariposa se escapa de una crisálida mientras una niña muere. Y el poeta se interroga: “... Si al dejar su cárcel triste la mariposa alada, la luz

encuentra y el espacio inmenso, y las campestres auras, al dejar la prisión que las encierra ¿qué encontrarán las almas?”. Era la vida que nacía de la muerte.

El día de la defunción cuando besé las mejillas de su cuerpo yerto, me estremeció el frío de la muerte y tuve la sensación de que mi madre no estaba allí, se había ido. Contrastaban con el oscuro féretro los espléndidos ramos de rosas, orquídeas, lirios y azucenas, que muy pronto se marchitarían como el cuerpo de mi madre. Pero al salir hacia el templo mi vestido estaba salpicado de polen, cuyo dorado color resaltaba en mi traje de luto. Era la vida que nacía de la muerte. En el templo el sacerdote dijo una frase que resonó en mi espíritu: “La muerte es un puente”. Al llegar al panteón, ya en el ocaso, recordé los versos que solía declamar mi tío el presbítero Isaías Naranjo, cuando visitaba el cementerio: “Al ocultarse el sol tras la montaña, me dirigí, ayer tarde, al triste sitio donde al fin concluyen las locas vanidades...”.

Entre lágrimas, notas fúnebres, oraciones, gratitudes y adioses rendimos el postrimer homenaje a mi madre. El cielo estaba alegre y exuberante de arboles, como si se hubiera engalanado para recibirla. Luego todo murió, quedó en tinieblas, pero fulguró un lucero, ¿el alma de ella?... ¡Era la vida que nacía de la muerte!

¿Por qué los niños sufren?...



En un artículo reciente trataba el tema del papel de la enfermedad en el gran teatro del mundo. Ahora les compartiré unas inquietudes que expreso en uno de mis poemas: "Dime, Señor, ¿por qué los niños sufren? / Cuántos niños perecen cada día / por hambres, guerras, accidentes, males. / Cuántos lloran carentes de familia. / Cuántos sufren maltratos, crueldades; / y a Ti claman a causa de injusticias. / ¿Por qué permites, Dios, su cruel tormento?... / ¿Qué culpa tienen? ¡Sigue en pie el enigma!".

Si hay algo que conmueve las más íntimas fibras de mi ser es ver la fragilidad de los seres humanos, tan propensos a ser víctimas de las fuerzas de la naturaleza, de las injusticias sociales, de los accidentes y de la fatalidad. Y entre ellos los que más avivan mi sensibilidad, y creo que la de la mayoría de las personas, son los niños, y más por haber pasado por la experiencia maravillosa de ser padre, abuelo y docente de primaria.

Es muy preocupante el índice de niños que son víctimas de explotación laboral; otros son utilizados para la mendicidad y la prostitución. Niños que debieran estar en el seno de un hogar, donde reciban amor de sus familias y protección por parte del Estado; o estudiando para ser protagonistas de ese cambio social que tanto necesitamos; o, simplemente, jugando y maravillándose con una sonrisa inocente, y no lo que vemos todos los días: niños que están siendo condicionados para ser delincuentes o parásitos sociales, niños desnutridos, maltratados, violados, abandonados, masacrados... ¿Por qué sufren estos niños? La respuesta salta a la vista: por la ineficiencia de un sistema económico y social que, pese a las bonitas palabras, está basado en el egoísmo, el temor y la ambición.

Nosotros los hombres somos los responsables de ello, y no seríamos objetivos si culpáramos de esta dolorosa situación a ese ser que las religiones llaman Dios. Los teólogos tienen una respuesta a flor de labios: Dios en su infinito amor nos dio libertad, y por el mal uso de ella suceden estas cosas tan trágicas. La situación se complica cuando los niños son víctimas de accidentes o de sucesos que hieren profundamente nuestra sensibilidad: niños que nacen

con deformidades, taras hereditarias, discapacidades, enfermedades que los incapacitan para toda la vida, niños ahogados, aplastados, quemados, accidentados... Y entonces muchos se preguntan: ¿Dónde estaban sus ángeles de la guarda? ¿Dónde estaba Dios? Si Dios es amor, ¿por qué permite estas crueldades?... Recuerdo hace algunos años un trágico accidente de un bus en el que murieron quemados niños de cuatro a cinco años que venían de un culto religioso... Después de mi muerte, si continúo en la eternidad, me gustaría, humildemente, recibir de Dios una respuesta sobre el porqué de este suceso.

Precisamente el gran escritor y filósofo existencialista Albert Camus se volvió ateo a causa de haber presenciado un horrendo accidente en el que un tierno niño pereció arrollado por un vehículo. ¿Por qué estos inocentes niños son víctimas del sufrimiento? Si creemos que el universo es un absurdo y que somos hijos del azar tampoco necesitamos hacernos esta pregunta; pero si aceptamos la existencia de un ser superior que gobierna el cosmos y que es infinito amor naufragamos en un mar de dudas.

Algunas religiones que aceptan la teoría de la reencarnación tienen esta explicación: esos niños que tienen discapacidades, enfermedades o accidentes están sufriendo un karma o castigo por errores que cometieron en existencias anteriores. Otros afirman que no todo es voluntad de Dios o consecuencia del karma sino que existe también la ley de los accidentes.

Algunas religiones tienen esta consoladora explicación: el universo, con sus astros y planetas, es en realidad una escuela donde todas las almas deben pasar por experiencias dolorosas para aprender valiosas lecciones que las ayudarán a madurar espiritualmente. Y al final, después de este duro aprendizaje, todas las almas volverán al seno de lo Absoluto, unas más rápido y menos dolorosamente que otras, de acuerdo a su trabajo espiritual, donde serán eternamente felices. Desde esta cosmovisión el sufrimiento es maya o ilusión. Y todo sufrimiento, por muy terrible o absurdo que le parezca a nuestra limitada mente, tiene una función purificadora y una explicación desde una perspectiva cósmica.

En fin, se podría especular hasta el infinito en un tema tan espinoso; pero siendo realistas, suponiendo que Dios no existiera y que este universo estuviera gobernado sólo por el azar y las leyes naturales, la única actitud que encuentro razonable para aliviar el dolor de tantos niños que sufren en el mundo es darle existencia en nuestros corazones a la fuerza del amor fraterno. Si la vida es una fantasía, ¿por qué hacer de ella una pesadilla y no un hermoso sueño? Podrían objetarme: ¿qué me ganaría con amar a todos los seres, principalmente a los niños, si la mayoría no lo hace? Mi respuesta es muy simple, tan simple y sincera como la sonrisa de un niño: estaríamos cumpliendo con la cuota que nos corresponde con la vida, con la gran familia humana, para aliviar el sufrimiento de tantos niños, por lo menos los de nuestro entorno social, y le daríamos existencia a Dios en nuestros corazones.

La enfermedad como personaje del gran teatro del mundo

Las Artes, EL Diario, 17 de febrero de 2019

Recientemente, cuando visité en el hospital a mi amigo el dramaturgo Leonel de Jesús Ramos Bedoya, quien el año pasado hizo el lanzamiento del libro de sus obras de teatro, y a raíz de los quebrantos de salud de seres muy queridos, me conmoví al vivenciar de nuevo la fragilidad humana, que tanto inquietaba al gran Gautama, el Buda, a quien conmovían profundamente la enfermedad, la vejez y la muerte. Y se me vino a la memoria la clásica obra de Calderón de la Barca: *El gran teatro del mundo*, en la que Dios figura como el autor y director de escena, y a cada cual le da un papel en el escenario de la existencia para que lo represente de la mejor forma: "Ama al otro como a ti. / Obra bien que Dios es Dios", enseña en este famoso auto sacramental. Los que representen bien el papel, que es muy fugaz, recibirán un premio después de la muerte.

Figuran entre algunos de sus personajes: el rey, el pobre, el labrador y el niño. Curiosamente no aparece en escena el enfermo. Aunque, en una obra de Quevedo, *El Epicteto y Phocílides*, se alude a este personaje, en un fragmento al que se le atribuye la fuente directa del tema del *Gran teatro del Mundo*, de Calderón: "No olvides que es comedia nuestra vida / y teatro de farsa el mundo todo / que muda el aparato por instantes / y que todos en él somos farsantes; / acuérdate que Dios, de esta comedia / de argumento tan grande y tan difuso, / es autor que la hizo y la compuso. / Al que dio papel breve, / solo le tocó hacerle como debe; / y al que se le dio largo, / solo el hacerle bien dejó a su cargo. / Si te mandó que hicieses / la persona de un pobre o un esclavo, / de un rey o de un tullido, / haz el papel que Dios te ha repartido; / pues solo está a tu cuenta / hacer con perfección el personaje, / en obras, en acciones, en lenguaje; / que al repartir los dichos y papeles, / la representación o mucha o poca / solo al autor de la comedia toca.

Pero el drama que más hondo evoca el papel de la enfermedad en el gran teatro del mundo es el de Job. Muchas enfermedades son consecuencia del desequilibrio que por inconciencia hemos causado en nuestro cuerpo. Pero en el caso de Job no es así: Dios, en quien tanto confía, permite que sea despojado y enfermado para poner a prueba su fe y su paciencia. Y Job prorrumpe en exclamaciones de hondo contenido poético: "Pero yo sé que mi Redentor vive y que al final se levantará sobre el polvo. Y después que haya deshecho esta mi piel, ¡en mi carne he de ver a Dios, a quien yo mismo he de ver! Lo verán mis ojos y no los de otro. Aunque mi corazón desfallece dentro de mí". (Job 19:25, 26). Pablo, en Romanos 8:28, dice: "Y sabemos que Dios hace que todas las cosas ayuden a bien a los que le aman, esto es, a los que son llamados conforme a su propósito". Lo que me recuerda un sueño, en el que era consciente de que estaba soñando. Y le pregunté, angustiado, a Dios el motivo de los quebrantos de salud de mi amada esposa. Y Dios me respondió: "Todo lo que le suceda será para su bien".

Refiriéndome ahora a cosmovisiones diferentes a las creencias judeocristianas, rozaré algunas de ellas. Los que aceptan, por ejemplo, la doctrina de la transmigración de las almas también conciben la existencia como un gran

teatro en el que las almas, a través de múltiples existencias, asumen todos los papeles necesarios con el fin de aprender las lecciones para perfeccionarse en el amor. Al final, todas las almas, luego de muchos aprendizajes, algunos muy dolorosos, como la enfermedad, se despojarán de sus máscaras y se fundirán en la felicidad del Absoluto. Mientras más se demore dicho aprendizaje más será el sufrimiento o karma. Me inspiré en ello para expresar el sentido del sufrimiento humano en el poema El Absoluto: Cuando el cosmos abraza el Absoluto, / el sumo hogar, la verdadera patria; / y de nuevo se fundan los espíritus, / despojados de máscaras, oh, amada; / cuando el telón del teatro universal: / el vacío, clausure el regio drama, / que todos somos uno, entenderemos; / "del Infinito mar, gotas de agua". / Comprenderemos todos que lo creado / es un poema, una epopeya, un drama. / Que todo, o casi todo, fue espejismo. / ¡Y que solo el amor no es una farsa!

Nuevamente el amor aparece como el antídoto para el sufrimiento. Así como el rico, en este aprendizaje en el amor, debería no envanecerse en sus riquezas y cultivar las virtudes de la solidaridad, de la fraternidad, al enfermo le correspondería practicar la fortaleza, la paciencia la fe, la esperanza, aprender de la enfermedad y hacer todo lo que debe para su sanación; y a los seres que están a su cargo, rodearlo de amor: compañía, cuidados, comprensión, paciencia, palabras de aliento... Es muy fácil decirlo y muy difícil practicarlo cuando la enfermedad nos lacera con sus latigazos; pero de ello hay grandes ejemplos: personas que pese a sus gravísimas enfermedades o limitaciones han aprendido de ellas valiosas lecciones de vida. Se volvieron más sensibles al sufrimiento de los demás, valoraron más la familia y otros aspectos de la existencia, se apropiaron de grandes causas. En el caso mío sucedió algo singular: luego que los médicos me diagnosticaron un cáncer que había hecho metástasis en mi sistema óseo, en otros exámenes posteriores no apareció nada. Fueron muchos los que oraron por mí y aprovecho para agradecerles.

¿Y si el universo fuera fruto del azar y Dios no existiera? ¿Si el mundo fuera el gran teatro de lo absurdo? Seríamos, entonces, los autores y directores de nuestra obra de teatro personal, nos correspondería con nuestro libre albedrío hacer de ella una comedia o una tragedia. Me parece más acertado, en lugar de quedarnos maldiciendo la oscuridad, a consecuencia de una enfermedad o sufrimiento, tratar de encender la luz del amor en nuestro corazón. Observar en nuestra sique los nubarrones del temor, la angustia, el desánimo, la impaciencia, mientras ellos pasan, para no ser sus víctimas. Si tenemos fe en el poder de la oración, recurrir a ella. Así algunos la consideren una forma de sugestión o placebo, lo importante es el resultado. Ser resilientes: luchar por superar los sufrimientos, adversidades y enfermedades hasta donde la existencia lo permita. Quizás el amor sea el mejor protagonista en este gran teatro universal.

Leonel de Jesús y enfermos del mundo, sin pretender tener una respuesta definitiva al papel de la enfermedad en el drama de la existencia, os participo, sin ninguna duda, de un anhelo que brota de lo más hondo de mi corazón: que el bálsamo del amor os sane o por lo menos haga más llevadera vuestra vida, hay seres que os aman; mientras, raudo, llegue el inevitable momento de

despojarnos de nuestras máscaras en el Absoluto o en la Nada, cuando finalice el gran teatro del mundo.

«¡Tarde te amé!»

(El Cóndor - Iris)



Dios mío, no sé cómo te llamas ni cómo eres: si el dios panteísta de Spinoza: «Todo cuanto es, es en Dios, y sin Dios nada puede ser ni concebirse»; o el Gran Arquitecto del Universo, de la masonería; o el dios de los gnósticos: «...impersonal, inefable e irrevelado, cuya fuerza, potencia creatiz, ha sido y es plasmada en el ritmo perenne de la creación»; o el dios de los ateos, al que alude mi amigo el poeta Juan Hely Morales Bedoya en uno de sus sonetos: «...Es lo inmedible, la sutil presencia / de un no se sabe qué; pero es la esencia / de la más pura y virginal belleza». Sólo sé que desde la aurora de mi navegar existencial, y a través de mis primaveras, veranos, otoños e inviernos, tu fuerza me ha ayudado a trascender tantos abismos, y me ha concedido sentir incendios de amor.

Ahora que mis frutos ya están maduros, y después de haber contemplado tanto dolor: la miseria vestida de harapos, que mendiga en las calles; la enfermedad arrojada de llagas y deformidades, la injusticia que campea como buitres buscando más víctimas, el accidente que asesina a niños bajo veloces ruedas, el vicio con su rostro famélico y ojos desorbitados, la vejez solitaria que se

muere de tedio en una silla, la tragedia que acecha a su presa, la muerte que pasea en féretros y coches fúnebres...

Ahora que vuelvo a ser consciente de las vanidades del mundo, de las personas agitadas que andan como autómatas o títeres movidos por sus ambiciones, apegos y temores, tratando inútilmente de llenar el vacío interior que las carcome. En fin, oh Dios, tantas espinas que inspiran al alma la más profunda compasión por el ser humano, tan frágil, tan propenso a ser víctima de los vendavales del destino, he sentido de nuevo el llamado de volver mis ojos a mis hermanos de la humanidad doliente. Ahora que me acerco a mi crepúsculo siento la necesidad de dedicar el resto del camino que me queda, aunque esté cubierto de abrojos y rodeado de abismos, a remediar todo el dolor que mi inconciencia ha causado, y ayudarles a los peregrinos sufrientes y sedientos.

Gracias por mi madre, mi esposa y mi familia, mis amigos, mis pupilos y a quienes contribuyen con sus acciones a que florezcan en mí las semillas de la serenidad, la paciencia, la comprensión y la tolerancia. Gracias por encontrar en mi camino a tus hijos Jesucristo, Platón, Bach, Beethoven, Krishnamurti, y a todos los que con su sabiduría y arte hicieron vibrar mi esencia elevándola a más altas esferas.

Gracias por los versos que me inspiraste y por los de otros poetas, como Amado Nervo, que inflamaron en mí ser la fuerza del amor universal.

Ahora que avizoro el puerto, el final de mi navegar por los crepúsculos de la existencia, exclamo como Agustín de Hipona: «¡Tarde te amé, oh hermosura tan antigua y tan nueva. Tarde te amé!», y te dedico este soneto:

¡Tarde te amé!

¡Tarde te amé!, oh Prístina Hermosura.

¡Tarde te amé!, oh amor, fiel e infinito.

¡Tarde te amé!, es el cántico, es el grito
que elevo a Ti también yo, vil criatura.

Tú, la fuente de luz y de ternura.

Más allá de los dogmas y del mito.

Más allá de escrituras y del rito.

Más allá de la forma, esencia pura.

Ahora en el ocaso de mi vida,

luego de que en abismos me extravié

y apuré la tiniebla tan temida.

Ahora que el camino vislumbré,

sangra mi corazón, como una herida:

¡Tarde te amé, oh Dios, tarde te amé!

Amor
(El Cóndor)



Ahora que he leído el bien documentado ensayo de mi amigo el poeta Juan Hely Morales Bedoya sobre el amor, publicado en *El Cóndor*, y que hemos celebrado dizque el Día del Amor y la Amistad, como si el amor no se debiera prodigar a diario, me he motivado a escribir algunas apreciaciones, sin pretender decir la última palabra. Comenzaré con una anécdota:

En los días en que Juan Hely estaba escribiendo su ensayo dialogué con él en el Café Apía, y me cuestionó el enfoque místico que en mis escritos le doy al tema del amor, pues para Juan es un sentimiento muy humano. Como no quería polemizar traté de desarmarlo diciéndole: –Juan esta es la hora en que no sé qué es el amor. Y ¿cómo voy a hablar de lo que no conozco? Juan, sorprendido, me replicó: –¿Cómo me va a decir, Pacho, usted que va para cincuentón y ha escrito tanto sobre el amor, que no sabe lo que él es? Le respondí utilizando una comparación un poco grotesca: –El amor es como un elefante al que varios ciegos, que no saben cómo es dicho animal, lo palpan: uno le toca la cola y dice que es delgado, otro le palpa una pata y alega que es grueso; otro, la trompa y replica que es blando; y el último un colmillo y afirma que es duro. Cada cual expresa opiniones subjetivas sobre lo que es el amor,

pero su totalidad no la podemos abarcar a través de las palabras. Juan no quedó muy convencido de mi argumento. Y, para decir la verdad, yo tampoco, pues en mis adentros me decía: “para sentir lo que es el fuego, ¿no basta sólo con una de sus chispas? ¿Cómo digo que no sé lo que es el amor? Entonces, ¿qué es lo que he sentido hacia mi madre, mi esposa, mis hijos y otros seres...?”

Días después para enderezar el entuerto, le dije: –Juan, como el amor no se puede abarcar con palabras lo invito a escuchar el *Adagio de Albinoni*, que en mi opinión nos puede acercar por medio de la música a lo que es la esencia del amor. Después de que lo escuchamos, Juan me dijo profundamente conmovido: –Si Dios existe, ahí está Dios, palabras que me sorprendieron en una persona escéptica como Juan. Para mí el amor es Dios.

Eximios escritores de todas las épocas y culturas han hablado sobre el amor: Platón (entre todos sus diálogos el del amor es reputado como el más bello), san Pablo (*Epístola a los corintios*, capítulo 13), Nietzsche, Ortega y Gasset, Erich From (El arte de amar), Anthony de Mello, Krishnamurti... Según éste último: “Es absurdo preguntar: ¿ama usted a todos? Vea, a una flor que tiene perfume no le preocupa quien viene a aspirarlo o quien la desdeña. Así es el amor”. “... Los libros no pueden enseñarnos acerca de esta fuente, ni hay gurú que pueda conducirnos a ella. Uno tiene que llegar a ella con las manos vacías. Cuando la mente está en silencio, la fuente está ahí”. Pero de todo lo que he leído o escuchado sobre el amor lo que más me ha conmovido lo expresó un poeta anónimo contemporáneo en *La carta que nunca envié*: “¿Sabes lo que es el amor? ¿Sabes dónde se aprende a vibrar, a gozar y a sufrir con el dolor, la alegría y la esperanza? ¿No lo sabes? ¿Pero acaso crees que existan parajes o tratados donde te enseñen a amar como hasta ahora nunca has amado? ¿Crees que conociendo a Sócrates, Platón o Aristóteles tu alma se te ensanche y puedas cimbrar como la vida te lo ha mostrado? Yo te digo que no. Cosas como éstas sólo se aprenden en las entrañas de la madre que nos concibió, y mi madre me dio una esencia tan desaforada que para amarte mucha alma me sobró”

Por mi parte les revelaré mi fórmula matemática del amor, aunque Albeiro Cardona profetizó que de ella me arrepentiría en los albores de mi ocaso:

Fórmula del amor

¿Cuál será la respuesta más concisa
que acierte a definir qué es el amor?...

¿Quién será el sabio, el genio o el cantor
que descubra su fórmula precisa?...

Y mientras tanto a Eros le dan risa,
infinita piedad y hasta rubor,
tantas palabras dichas al amor,
tanta canción ridícula, imprecisa.

¿Qué es el amor? No sé... sólo presiento
al contemplarte, amada, muy quedito,
que Él es el sumo, el máximo portento.

Por lo tanto, su fórmula sería,
aunque de ella también Eros se ría:
¡infinito elevado al infinito!

¿Será posible la objetividad?

(Publicado en el periódico regional El Cóndor)

El diccionario define la objetividad como lo perteneciente al objeto en sí mismo y no a nuestro modo de pensar o de sentir. Y en la filosofía es lo que existe en realidad fuera del sujeto que lo conoce. Por tanto, si queremos llegar a la verdad de algo es imprescindible la objetividad. De ahí que esta cualidad sea fundamental tanto en el periodismo como en las ciencias sociales y físicas, y mucho más en nuestras relaciones humanas, en las que la falta de objetividad da lugar al chismorreo, a la calumnia, a la hipocresía y la mentira. Cuántas veces por un malentendido, una verdad a medias; o, peor, por envidia, orgullo, ambición, ira, venganza o crueldad decimos cosas de los demás que dan lugar a gravísimos conflictos: violencia y destrucción. Todos los días los medios de información, principalmente los amarillistas, hablan de atrocidades cometidas por falta de objetividad: asesinatos por celos pasionales, masacres, violaciones a los derechos humanos, jueces que condenan al inocente o liberan al culpable.

¿Es posible ser objetivos, sin ser insensibles, teniendo en cuenta que nuestra sique está condicionada por la herencia, por factores subjetivos como fobias, temores, apegos, defectos psicológicos, y factores culturales como nuestros prejuicios, conocimientos, experiencias, creencias, dogmas o ideologías?

Es vital que demos respuesta a este interrogante si anhelamos llegar a la verdad y vivir una existencia libre y dignificante.

Aun en la investigación científica se corre el peligro de caer en la falta de objetividad. El método científico como conocimiento sistematizado basado en la observación objetiva de la realidad, y la interpretación de ésta a través de una hipótesis de trabajo, hasta llegar a descubrir y aplicar una ley o un postulado, aunque parece ser el sistema más exacto para buscar la verdad adolece de una gran limitación: se basa en los sentidos y en instrumentos que nos ofrecen una visión fragmentada o limitada de la realidad.

Además, la interpretación que se da a lo observable puede ser muy subjetiva ya que estamos condicionados por el subconsciente. Al respecto Samael Aun Weor en su libro *La gran rebelión* afirma: "Los fenómenos naturales en modo alguno son como los científicos los ven. La vida, con todos sus procesos y fenómenos se desenvuelve de instante en instante, y cuando la mente científica la detiene o la rotula con un nombre de hecho la mata. Cualquier interferencia extraída de un fenómeno natural de ninguna manera es igual a la realidad concreta del fenómeno. Desgraciadamente la mente científico

alucinada por sus propias teorías cree firmemente en el realismo de sus inferencias”.

De ahí que la ciencia en su desarrollo a menudo se contradice. En tiempos de Pasteur, por ejemplo, muchos de sus colegas se burlaban de él cuando afirmaba que las enfermedades infectocontagiosas eran causadas por microorganismos. Y le reprochaban con autosuficiencia: “¿Dónde están los microorganismos, que no los vemos?”

Cuando a Ernest March, profesor de física en Viena y Praga, y autor de obras científicas y filosóficas, le hablaron, en su tiempo, de la nueva teoría de la relatividad de Einstein, la objetó diciendo que no podía aceptar esa teoría ni otras creencias estúpidas. En 1990, el científico Simón Newcombe, de la Universidad de Baltimore, afirmó: “El vuelo de una máquina más pesada que el aire es contrario a la naturaleza, hasta un niño sabe que es imposible”. Los científicos materialistas, tan de moda en siglos anteriores, han caído en descrédito, pues la materia todavía es algo desconocido. Los físicos nucleares y los astrofísicos hablan hoy de que la materia y el universo están principalmente constituidos por una energía oscura, que no se sabe qué es. Por ello no son objetivos los científicos que niegan la existencia de una energía consciente que gobierna el cosmos, como si conocieran todo el universo para poder afirmar que no hay lugar para Dios. Si fueran realmente objetivos dirían: “No sabemos, es posible, pero hasta ahora no lo hemos comprobado”.

Primero en el mundo científico muchos creían que la teoría de la gravitación de Newton se podía aplicar a todo el universo, pero Einstein demostró lo contrario. Ahora se dice, que no puede haber una velocidad más grande que la de la luz, pero es muy probable que en un futuro próximo se refute también este paradigma. Otro es: el hombre desciende del mono. Científico que no acepte esto es motivo de escarnio en la comunidad científica oficial. Pero hay sabios que afirman que el proceso fue a la inversa: es el mono el que desciende del hombre, por la ley de la involución y que hace muchos millones de años, antes de los más antiguos fósiles humanos descubiertos, ya existían civilizaciones humanas con un avanzado desarrollo tecnológico. Siendo objetivos no podemos afirmar ni negarlo, sino que debemos abrirle campo al mundo de las posibilidades. Pero, volviendo al interrogante inicial: ¿es posible ser objetivos? El único camino que veo para lograrlo es observar a diario y muy atentamente no sólo el mundo exterior sino también nuestro mundo interior con sus reacciones psicológicas: instintos, emociones, pensamientos, sin justificarlos ni condenarlos ni identificarnos con ellos, dándonos cuenta de cómo nos condicionan, es decir, con una actitud científica. Tal vez, como dice Krishnamurti, en el silencio de la mente, en estado de alerta percepción del presente, advenga eso que la ciencia y la filosofía han llamado La Verdad, que los artistas han denominado La Belleza, y que las religiones han señalado como Dios o el Amor Universal.

Ser nada para poder ser

(*El Cóndor*)

Quizás por la crisis de los valores y paradigmas y el gran vacío espiritual que angustia a buena parte de la comunidad han proliferado libros de autoayuda y espiritualidad. Es el tema de moda, tanto que la fórmula para adquirir popularidad y buenos dividendos parece ser escribir sobre estos temas y repetir los mismos lugares comunes: “Debes tener una mente positiva”. “Con la imaginación y la voluntad realizarás tus sueños”. “Sintonízate con tu energía interior”, etc., etc., etc. Muchos recalcan en la necesidad de formarse un ideal o meta y luchar por realizarlo. Algunos hablan sobre la autoestima, la tolerancia, la identidad, la pertenencia y otras virtudes que se deben cultivar. Pero estos conceptos, que parecen tan evidentes, son cuestionados por eminentes psicólogos que le dan un enfoque diferente al tema de la autoayuda.

Para dilucidar esta cuestión primero que todo habría que diferenciar en nuestra naturaleza psicológica dos aspectos antagónicos: de una parte el ego o yo, del cual se originan las inseguridades, los temores, las angustias, los tedios, los orgullos, las ambiciones, las iras, las envidias, los prejuicios, y todos aquellos factores psicológicos subjetivos que se derivan de la tendencia a buscar apoyo en algo o alguien, hacerse sentir, resaltar, figurar; y, de otra parte, nuestra esencia espiritual que se manifiesta en el amor fraterno, las virtudes, las aptitudes o actitudes vocacionales hacia determinado campo o actividad.

Según algunos psicólogos, para que se manifieste nuestra esencia espiritual o supraconciencia, que sería la auténtica autoayuda, se hace necesario no identificarnos con las reacciones del ego ni justificarlas o condenarlas, sino observarlas constantemente en nosotros mismos, siendo conscientes de los conflictos y dolores que nos causan. Entonces, existe la posibilidad de que la mente se silencie y se manifieste nuestra esencia o conciencia, que nos guiará correctamente, con su propia dinámica, en la vida de la relación. Pero si nos formamos una idea o una meta, por muy noble que sea, para escapar de nuestra vacuidad, será el ego quien estará actuando y sobrevendrán los conflictos: el temor, la ansiedad, la angustia, la frustración, la irritabilidad, etc; y nuestra esencia continuará dormida, inactiva.

Desde este punto de vista sería nocivo el idealismo moral que predica José Ingenieros en su libro *El Hombre Mediocre*, el de nuestro sistema educativo y el de todos aquellos ilustres autores que predicán formarse un objetivo de realización personal y luchar por él. Los objetivos y los proyectos son necesarios en otros campos de la actividad humana, pero son obstáculos si se emplean en el despertar de nuestra esencia espiritual. De la misma manera le damos vida al ego cuando por practicar la autoestima nos sentimos orgullosos,

importantes, únicos, para escapar de nuestra inseguridad. La auténtica autoestima sobreviene cuando nuestra esencia espiritual, con su sencillez y humildad, nos hace sentir amor a nosotros mismos y a los demás. También se habla mucho de que debemos tener identidad o sentido de pertenencia. Pero cuando por huir del temor nos identificamos con algo o con alguien; nuestra familia, grupo, patria, nación, cultura, Dios, etc., es el ego quien actúa creando conflictos dentro de nosotros mismos y con el resto de la humanidad que no comparte nuestra identidad. Al respecto Anthony de mello afirma: “Los psicólogos nos dicen que es muy importante tener un sentido de pertenencia. ¡Paja! Usted no necesita pertenecer a nada o a nadie o a ningún grupo. Lo que necesita es ser libre. Lo que necesita es amar. ¡Despierte!” De allí nacería la legítima tolerancia, no aquella máscara que nos colocamos dizque para respetar a los demás, mientras en el interior continuamos sintiéndonos poseedores de la verdad única y llenos de orgullo, resentimiento y hasta compasión hacia quienes no comparten nuestras ideas. Se dice que debemos cultivar la virtud; y, entonces el ego se forma un ideal de virtud, el cual crea conflictos y mata la virtud misma. La virtud no se cultiva sino que aflora espontáneamente cuando hemos desbrozado nuestra mente de su maleza psicológica a través de un proceso de autoobservar las reacciones del ego, sin buscar ningún resultado. La virtud es una flor que sólo frutece en la tierra del silencio. Krishnamurti afirma: “La mente que sigue una fórmula disciplinándose para alcanzar la virtud origina para sí misma problemas de inmoralidad”.

Entonces, ¿en qué quedamos con los autoengaños de las autoayudas y con los valores que tanto se predicán? No sé... Tal vez es mejor ser nada para poder ser...

Gonzalo Arango, poeta de la nueva era

(*Iris, El Cóndor*)



«Creo haber cumplido la vibración, para la cual fui destinado en una determinada instancia del suceder histórico, con la vida, mi destino personal, mi generación. Bien o mal he cumplido, gracias».

Gonzalo Arango

En *El Tiempo*, del 27 de julio de 2016, el poeta Jota Mario Arbeláez, en su artículo: *Vuelve el nadaísmo con la publicación Obra negra de Gonzalo Arango*, escribe que con motivo de los 40 años de su muerte, el 25 de septiembre, se piensa reeditar este libro que reúne lo más significativo de su producción, antes de su etapa mística.

En mi artículo *Hacen falta cantores*, publicado en la edición n.º4 de la revista *Iris*, hablaba de que parece haber un estancamiento de la poesía colombiana actual en el sentido que la mayoría de los poetas se han quedado en el realismo crudo, el existencialismo ateo, el coloquialismo, el surrealismo y todos aquellos ismos sin trascendencia que parecen disonar con la nueva era espiritual en que, se dice, está entrando la humanidad. Decía también que, curiosamente, el fundador del nadaísmo, Gonzalo Arango, en la última etapa de su vida predicó un misticismo semejante al de la nueva era. Ahora que he tenido la grata sorpresa de leer el libro *Todo es mío en el sentido de que nada me pertenece*, en el que se encuentra recopilada la producción literaria de Gonzalo Arango en su nueva era (1971-1976), me convengo de que además de haber sido el fundador de un movimiento literario que «no dejó una fe intacta ni un ídolo en su sitio»: el nadaísmo (1958), también fue un precursor de la poesía colombiana de la nueva era.

Dice Gonzalo Arango en su poema *Portadora de antorchas*: «Evidentemente estamos pisando el umbral de una nueva era religiosa, donde la poesía es gestadora y dadora de luz, portadora de divinidad en el hombre... El nadaísmo preparó el advenimiento de Cristo en nuestros corazones...». Palabras aparentemente extrañas y contradictorias en un revolucionario que en su época de nihilista e irreverente se pronunció en contra de la religión, como madre de la idolatría, la hipocresía y explotación. Inclusive un ilustre amigo mío le criticó que hubiera terminado escribiendo oraciones limosneras. Pero ¿a qué clase de nueva era, religiosidad, divinidad y Cristo se refería Gonzalo Arango? Sin duda, no a charlatanerías seudoesotéricas o subesotéricas de moda, que ahora se les denomina «Nueva era», ni a ese dios dogmático, a ese cristo estatua de sectas petrificadas. Pero veamos lo que el mismo Gonzalo expresa en el citado libro: «... Ser Cristo es un estado del alma, un estado por el cual el hombre manifiesta la divinidad... No preguntes por Dios. Todo lo que ves es Dios. ¡Ámalo!... Vivir a Cristo en obras, no en limosnas ni en oraciones pordioseras que nacen de la idolatría, no en el corazón... La perfecta oración es acto de amor... Cuando el hombre encuentra a Dios en su alma, ya no necesita iglesias ni religiones... Cada hombre es Diablo y Dios. El cuerpo es el templo de Dios si lo habita el amor. Pero es templo del Diablo si lo habita el egoísmo... Cielo es amor, egoísmo es infierno... El fin del mundo es el fin del amor en el corazón del hombre». (La nueva era sería, entonces, el nuevo despertar del amor en el corazón del hombre).

¿Y cómo lograr ese florecimiento del amor? Gonzalo poetiza: «... Cuando te apegas al ego pierdes el reino y te esclavizas al mundo... Mata el ego para vivir realmente... Cierra el ojo y mírate por dentro, afuera muere el ego en ti nace el universo... Matar con armas es una cobardía heroica. Pero matar el ego en sacrificio voluntario es la muerte de la resurrección, el encuentro de Dios en uno mismo». Y, según él, ¿cuál es la finalidad de la poesía?: «Poesía es metafísica de las palabras y alquimia de las imágenes... Tea para iluminar la conciencia del hombre y guiar la vida a la grandeza y dignidad de sus más altas cimas en la Divinidad...».

Me parece que con motivo de los cuarenta años de la muerte del Profeta, se debiera reeditar, más bien, *Todo es mío en el sentido de que nada me pertenece*, donde está lo más elevado de su producción literaria. En mi turbulenta adolescencia fui un pichón de nadaísta que, con algunos secuaces iconoclastas, devoré poemas de Gonzalo Arango, Jota Mario Arbeláez, X 504, Amílcar U. y escandalicé a mi pueblo con escritos e irreverencias, hasta cuando toqué fondo en las tinieblas. Conocí la «sapiencia del pecado», y ahora anhelo la luz. Un proceso semejante al de Jota Mario Arbeláez, quien confiesa que ahora le sigue los pasos a Gonzalo Arango en su amor por Cristo: «Trece años le metimos a la misión satánica y tanto nos ejercitamos en volar el alfanje que en pleno campo de batalla le rebanamos la cabeza a nuestro aliado

Satanás y volvimos a Dios las miras... Con Dios se han hecho muchos chistes y Él no ha dejado de reír...».

Algunos califican a Gonzalo Arango de profeta; otros, de magnífico escritor, poeta y filósofo. El Dr. Alberto Ileras Camargo lo denomina: «El Khalil Gibran hispanoamericano». Y es considerado uno de los cincuenta personajes del siglo XX en Colombia. Para mí es un iniciador de la poesía colombiana de la nueva era a la que le hacen falta cantores, un nadaísta consecuente con sus principios («Ser nadaísta es también dejar el nadaísmo si ya no sirve a los poderes de la vida y el arte»), que tocó fondo en las tinieblas hasta llegar a la luz. Un vate que cumplió bien con la vibración para la cual fue destinado en una determinada instancia del suceder histórico.

Dolor sin trampas

(Carta al gran escritor apiano Javier Castaño Marín, publicada en *Iris*)

Apreciado poeta y amigo:

Llegan, como brumas, recuerdos de mi turbulenta adolescencia, cuando en el colmo de mi escepticismo o de mi locura llegué a dudar hasta de mi propia existencia, más allá del solipsismo y de la lógica. Hoy en día, luego de extraviarme por los abstrusos laberintos de las teorías y de ser casi devorado por el Minotauro, mi filosofía es muy sencilla. Decía el poeta Álvaro Mutis que el poeta debe decir su verdad, su alegría, su tristeza. No engañarse ni engañar; y diré la mía. En primer lugar, a lo que más le temo en la vida es a ser dogmático, sentirme poseedor de la verdad, a pontificar. Es más, me parece mejor ser realista y no perder el tiempo hablando de una verdad objetiva sino de la verdad de cada cual. Descartes, como era racionalista, concluyó que de lo único que no podía dudar era de su propio pensamiento: «Pienso, luego existo», y con esta premisa construyó el edificio de su filosofía. Albert Camus, como era existencialista ateo, se basó en su postulado: "Grito que no creo en nada y que todo es absurdo, pero no puedo dudar de mi grito y necesito, al menos, creer en mi protesta", para su constructo o entelequia. Y así, cada cual, se fundamenta en su subjetividad para abrirse paso entre las sombras.

En el caso mío, siento en lo más profundo de mi esencia un fuego arrollador que me impulsa a vivenciar la realidad del amor universal, el amor fraterno, o ágape, del que hablaron Platón y grandes maestros de la humanidad. De lo único que no puedo dudar es de este llamado. Si el universo es un absurdo, siento que el amor es la única fuerza que puede neutralizarlo y darle sentido a la existencia, la solución real a los problemas del mundo. ¿Será posible experimentar en los detalles de la vida cotidiana ese amor del que tanto se ha hablado en la historia de la humanidad y que poco se practica? ¿Que el amor no sea solo una bonita palabra, para ocultar nuestra hipocresía, sino una realidad viviente en nuestra conciencia y actuante en la sociedad? Para mí este es el principal reto, el problema fundamental de mi filosofía.

Y, por supuesto, mi poética no podía ser ajena a ella. Para mí, poesía es despertar esa vibración de amor, así no haya metáforas ni palabras: un acto de amor, el más sencillo, me parece más bello que todas las palabras. Vibración que relaciono con el dolor de la compasión -que no se debe confundir con servilismo-, y con la transformación de las reacciones del ego, a través de la autoobservación psicológica. La frase que más me ha gustado de Nietzsche es: "Dios también tiene su infierno: su amor por los hombres". Y cuando hablo de Dios no me refiero a ese dios muerto de Nietzsche y del dogmatismo sino a la misma fuerza vibrante del amor. Y en este sentido, si Dios no existe, si la existencia precede a la esencia, hay que crearlo.

Para otros poetas la poesía está en lo coloquial, lo urbano, el hastío, la denuncia social, las novedades, los malabares verbales, los acertijos, el verso libre, y aún en la antipoesía. Respeto profundamente esas convicciones, esas son sus verdades. Iría contra el amor pretender que los demás piensen como yo y creerme poseedor de la verdad absoluta. Inclusive, a veces pienso que enrutar a otros por nuestro camino, como si tuviéramos la verdad, es un irrespeto. ¡Hay una belleza que aprecio sobre todas las demás: la del libre albedrío. Y aunque parezca una paradoja: Dios me libre de ser dogmático. Como soy músico, y me encantan el arte clásico —entendido no como lo obsoleto sino como lo intemporal—, la síntesis y los retos, me he valido del soneto para expresar mi musa. Decía Dámaso Alonso, y puede estar equivocado: "Y pasarán los años y los años, irán modas, vendrán modas y ese ser creado, tan complicado y tan inocente, tan sabio y tan pueril; nada en suma: dos cuartetos y dos tercetos, seguirá teniendo una eterna voz para el hombre, siempre igual; pero siempre nueva; pero siempre distinta. Tan profundo como el enorme misterio oscuro de la poesía, es el breve misterio claro del soneto".

Respeto el fallo del jurado del Concurso Nacional de Poesía de la Casa Silva *El dolor y sus trampas*, aunque descabezaron nuestros sonetos. Ojalá no haya sido por sonetofobia. Que cada cual se exprese como quiera es lo que verdaderamente importa. Sólo sé que para mi poesía escrita necesito de la profunda claridad de las estrellas. Decía Machado: "Pensar alto, sentir hondo y hablar claro". Mientras tanto continuemos invictos con tu soneto *Otro rincón para el silencio* y mi soneto *Dolor sin trampas*. Que la fuerza poética del Amor sea en nuestros corazones y en toda la humanidad.

Dolor sin trampas*

Hay un dolor, tan hondo y sobrehumano,
que punza como un rayo lo infinito,
dolor que nos hermana con su grito
y desgarrar la entraña de lo arcano.

Magma del corazón, incendio humano,
fuego infernal, pero también bendito,
que funde nuestra escoria y todo mito,

haciéndonos sufrir por el hermano.

Me duele tu dolor, proscrito hombre,
tan frágil y propenso a la caída,
a la tragedia, el desamor, la herida...

Arde, oh dolor, sin trampas y sin nombre,
quema, llora y desángrame en tu hoguera.
¡Arde, oh, dolor, y explota, aunque me muera!

*Con este soneto, que envié al concurso de la Casa de Poesía Silva "El dolor y sus trampas", gané mención especial en el I concurso internacional Certamen de Sonetos "Noviembre", de la editorial española Letras Como Espada, 2016. A partir de ahí y a la fecha (noviembre de 2018) he ganado, gracias al Sumo Poeta, once concursos internacionales y unas sesenta menciones especiales en concursos de las editoriales españolas Letras Como Espada, El Muro del Escritor, Tu Concurso Literario, Mundo Escritura y Concursos literarios en Español, por lo que figuran en antologías publicadas por dichas editoriales. También he ganado premios en los concursos de sonetos del Centro Cultural kemkem, de Argentina.

¿Cuál de todos los dioses es Él?...

(Publicado en Las Artes)



En el debate entre el erudito jesuita Gerardo Remolina y el biólogo ateo Richard Dawkins sobre Dios, en la Univesidad Javeriana, en diciembre de 2017, me pareció una respuesta muy atinada la que le dio el citado científico al religioso sobre qué pasaría si al morir se encontrara con Dios: “Le diría que cuál de todos los dioses que adoraron los humanos era él”. Porque, en realidad, a lo largo del periplo de la humanidad, algunas culturas han identificado a Dios con el Sol o las estrellas; otras, con la naturaleza, o Brahma, Osiris, Júpiter, Jesucristo, Alá, Quetzalcóatl, etc. De todas formas, algo en común es concebir a Dios como el ser por excelencia.

Si concebimos esa fuerza suprema como la del amor, entendiendo por ello la compasión, el dar sin esperar nada a cambio, que muchas religiones consideran manifestaciones divinas, se resolvería en forma práctica un gran enigma como: ¿Por qué Dios permite el sufrimiento?... Dios, tomado como la fuerza vibrante del amor en el corazón humano, no sería el responsable del sufrimiento sino, más bien, su solución. Muchos dolores y sombras de la especie humana se deben precisamente a la falta de amor, como la explotación del hombre por el hombre o de la naturaleza por el hombre, las violaciones a los derechos, las guerras... Y los que son causados por la naturaleza o el azar

solo pueden ser mitigados con la compasión, la solidaridad: el amor. Tendríamos el deber, como humanos, de practicarlo en nuestra cotidianidad, en nuestro entorno, de acuerdo a nuestras capacidades, para contribuir a aliviar el dolor del mundo.

Desde esta perspectiva no sería tan importante saber si esa fuerza es espiritual y sobrevive a la muerte o simplemente está relacionada con el cerebro que heredamos de los mamíferos, o con el córtex prefrontal izquierdo, o con el gen OXT, que activa la hormona de la oxitocina, o si es una estrategia evolutiva para la supervivencia de la especie, sino cómo despertarla para que sea una realidad en nuestra sique y en la sociedad.

Si queremos ser consecuentes con esta óptica habría que tener en cuenta las hipótesis relacionadas con este despertar. Algunos psicólogos proponen una autoobservación objetiva y constante de las reacciones de nuestra sique que se opongan al amor, como el egoísmo, la agresividad, el temor, los prejuicios y fanatismos para no ser víctimas de ellas; otros, el autosicoanálisis de dichas reacciones, el cultivo de la inteligencia emocional. También están los que predicán la lucha pacífica por las reivindicaciones sociales y los que hablan de practicar la meditación, la sublimación de la libido. Los espiritualistas proponen el poder de la oración consciente o del rito. Qué sé yo, lo importante sería que cada cual, de acuerdo a su libre albedrío, buscara su propio camino en ese despertar del amor, sin caer en la contradicción ni el sofisma de, a nombre del amor, volverse inhumano, como sucede con los fanatismos y fundamentalismos. Me parece esto más realista que quedarse sentado lamentándose o esperando que los científicos inventen la píldora del amor o una mutación genética, o que alguien de afuera o de arriba venga a concedérmolo. Y si el universo es un absurdo gobernado por el azar, si el amor en realidad no existe, y es solo una invención de los poetas, me parece, entonces, que habría que crearlo si no queremos hacer de este mundo una pesadilla sino un hermoso sueño.

El cielo son los otros

¿Qué es para mí, hermano, el misticismo?

No es ser un rezandero, un puritano,

un eremita de sentir insano

que busca el cielo y sufre de egoísmo.

Místico es quien practica el humanismo,
quien ve en todos los seres a un hermano,
actúa como el buen samaritano
y para quien los seres son Dios mismo.

Mi misticismo no idolatra mitos.
No es esclavo de dogmas escrituras,
pontífices, gurús, dioses o ritos...

Es sentir inflamarme en ansias puras,
incendiar con amores infinitos,
y ser uno con todas las criaturas.

Volando con El Cóndor

El amor, la solución a los problemas, ¿es el mayor de los problemas?...

Hace algún tiempo me llegó al wasap un artículo en el que se habla de unas presuntas cartas secretas de Albert Einstein, que donó su hija Lieserl a la Universidad Hebrea. Entre ellas una en la que afirmaría que el amor es la energía suprema que unifica todas las fuerzas del universo, y que la energía para salvar el mundo es igual a amor multiplicado por la velocidad de la luz al cuadrado.

No sé qué autenticidad tiene este relato, posiblemente sea un mensaje bien intencionado, de los muchos que llegan frecuentemente por wasap. Pero, más allá de las metáforas, hay algo que me parece cierto: si en realidad el amor, esa energía misteriosa, de la que tanto hemos hablado y poco practicado, y que nos hermanaría en una sola familia universal, vibrara realmente en nuestros corazones, se resolverían los problemas del mundo: la explotación del hombre por el hombre, las injusticias sociales, la corrupción; y se daría una respuesta efectiva a grandes preguntas como: ¿se debe permitir el aborto?, ¿la legalización de algunas drogas?, ¿la manipulación genética?, ¿la eutanasia?, ¿la pena de muerte?, etc., etc., etc. Pero no me refiero al amor como un sentimiento blandengue, servil, sensiblero, víctima o cómplice de los errores de los demás, un amor contaminado por condicionamientos psicológicos o culturales, sino un amor consciente, que daría la respuesta precisa y adecuada para cada reto de la existencia. Y, en algunos casos, su respuesta contradiría los legalismos o convenciones sociales, un amor más allá del bien y del mal.

¿Cómo llegar a un amor así? ¿A través de una mutación genética, una droga que active hormonas relacionadas con el amor?... ¿Será algo biológico o que viene de una dimensión espiritual, de nuestra supraconciencia?... ¿Algo que no puede ser buscado por el ego sino que se manifiesta en forma espontánea?... No sé, pero me parece, aunque puedo estar equivocado, que para llegar a un amor así habría que observar en forma constante y objetiva nuestras reacciones psicológicas egoicas ante los diversos sucesos de la vida cotidiana o del entorno, para no identificarnos con ellas y no interfieran, como nubes, la luz del amor. Quizás, al abrir esta puerta, hará presencia, cuando menos lo esperemos; y el amor, la solución a los problemas, ya no será el mayor de los problemas.

Y, volviendo a Einstein, así como su famosa fórmula: $E = mc^2$ (energía es igual a masa por la velocidad de la luz al cuadrado) sirvió como base para la construcción de la bomba atómica, de la cual se arrepintió, la fórmula de la energía para solucionar los problemas del mundo sería: $E = ac^2$ (energía es igual a amor por la velocidad de la luz al cuadrado), con la cual podríamos hacer de nuestro corazón una bomba nuclear de amor:

Bomba nuclear de amor

Explota, cual ¡big bang!, oh, corazón,
que seas una bomba radiactiva,
cuya energía atómica emotiva
desintegre mi ego y su ambición.

Una bomba que cause mutación,
transformándome en llama compasiva,
en una fuerza erótica expansiva,
más potente que el ígneo neutrón.

Una bomba que engendre reacciones
en cadena incendiando con pasión
a los seres, los pueblos, las naciones;

y que funda, en su atómica fusión,
mi corazón con otros corazones
¡en amorosa y cósmica explosión!

La paloma de la paz: ¿“rara avis”, cadáver o ave fénix?...



Dibujo del maestro apiano Pedro Pablo Patiño Echeverry

(Publicada en el libro *Cartas sobre la mesa de la Fundación Enfances 2 / 32*, año: 2018)

Amada Colombia, te escribo a ti, Madre Patria, y a todos tus hijos, mis hermanos, para que hablemos de algo fundamental que nos concierne a todos y sin lo cual no es posible ni la supervivencia ni una sana convivencia: ¡la paz! Anhele hablarte de este tema, en forma clara y precisa, pero sin citar frías estadísticas, terminachos de gurúes, ni de reconocidos autores o autorizados exponentes, sino como cuando un hijo habla con su madre y sus hermanos, en forma sincera o espontánea.

Pero... ¿Cómo definir la paz, oh madre, para poder hablar de ella? Porque, tú sabes, que este vocablo, como las palabras libertad, amor y otras por el estilo, se ha desvirtuado de tanto ser repetido, manoseado, de acuerdo a las conveniencias de quien habla. Algunos de mis hermanos podrían decir que la paz es algo relativo: la paz que predicán los librepensadores, los demócratas, los humanistas, no es la misma de la que hablan los fanáticos, los fascistas o

fundamentalistas. Cuántas injusticias, oh, Colombia, a lo largo de tu historia, se han cometido en nombre de la verdad o de la paz.

Otros sostienen que mientras en el hombre exista el ego con sus temores, ambiciones y egoísmos siempre habrá conflictos con uno mismo y con los demás. Y que la única forma de llegar a una verdadera paz es autoobservando constantemente nuestras reacciones psicológicas negativas (la ira, el orgullo, etc.) para no ser víctimas de ellas. Pero como no todos tus hijos, Colombia, están dispuestos a realizar este trabajo, y no se les puede obligar, porque es algo muy individual y se estaría violentando el libre albedrío, habría que buscar, siendo realistas, cómo convivir en medio de las diferencias para que cada uno lleve una vida digna.

Y viene la pregunta crucial: “¿Cuál sería el sistema económico y social que garantice una paz así?...”. Anhele, oh, Colombia y hermanos, que busquemos una respuesta concertada, sin caer en proselitismos o dogmatismos.

Primero que todo, habría qué preguntarnos: ¿será posible una paz así mientras no se respeten los derechos humanos? Esta responsabilidad no solo le corresponde, al Estado, al gobierno, garantizando el cumplimiento de los derechos de todos los ciudadanos, entre ellos uno inalienable: la libertad de expresión, sino también es un compromiso de nosotros mismos: respetar los derechos de los demás en nuestra cotidianidad, en el trato diario en el hogar, el entorno, el trabajo, la sociedad, la naturaleza.

Amada Colombia, tú sabes que vivimos en una democracia imperfecta, que me parece mejor que una tiranía perfecta, ya sea de izquierda o de derecha. Algunos de mis hermanos, con muy buenas intenciones, abogan por una sociedad perfecta en la que reinen la justicia, la paz y la libertad, así sea que esto conlleve, según ellos, a luchas armadas, represiones, que justifican con la realización de una futura sociedad ideal. Pero la historia ha demostrado que estas tentativas han fracasado rotundamente y se han convertido en horribles dictaduras, a causa del fanatismo, el egoísmo o la ambición, que enceguecen a quienes detentan el poder, y hasta les hacen creer que están actuando en nombre de la verdad o del pueblo.

Mientras nos sintamos poseedores de toda la verdad y no tengamos una mente abierta, libre de prejuicios o de dogmas, para el diálogo sincero, para descubrir la verdad de los demás; o, por lo menos, ser tolerantes con ellos, me parece que la paz será una utopía. Esto implica observar nuestros propios fanatismos, nuestros condicionamientos psicológicos, para no ser víctimas de ellos.

Ahora hablemos, sufrida Madre Patria, del conflicto que te ha desangrado durante décadas, y de lo que algunos de tus hijos llaman el posconflicto, aunque seguimos en conflictos con menos cuotas de sangre. Se dice que vivimos en una democracia, pero a lo largo de tu vida republicana el poder, con sus engaños y abusos, lo ha detentado un sector, y cuando otra parte de tu población, con una ideología diferente, ha tratado de llegar a él, por vías democráticas, ha sido estigmatizada, perseguida; o, inclusive, aniquilada, lo

que ha causado que muchos de mis hermanos empuñen las armas y se hayan dedicado a la insurgencia, con sus injusticias; y que otros, por reacción a la subversión, cometan atropellos, además de los cometidos por los que, por falta de oportunidades, utilizan la delincuencia como una forma de vida. Una fatal cadena de reacciones que ha impedido el florecimiento de la paz.

Y en el trasfondo de todo se encuentra el resentimiento, el temor: el temor a ser víctima del otro, el temor de los que han detentado el poder de que los de la otra orilla utilicen las mismas trampas de una democracia imperfecta para bajarlos de su pedestal. Y más sabiendo que los opositores pueden estar usando la palabra democracia como una máscara para crear una tiranía o una dictadura. Me parece que tendríamos que observar nuestros propios temores, en forma imparcial, para transformarlos en apertura, en el convencimiento de que todos somos imperfectos y podemos aprender unos de otros. Aceptar la posibilidad de que la vida individual y social es un proceso de aprendizaje a través del ensayo y error, y de que cada uno tiene la responsabilidad histórica de descubrir y corregir sus propios errores, y estar receptivos a las verdades de los demás, esa sería nuestra cuota o granito de arena, si queremos llegar a una auténtica paz estable y duradera.

No soy de izquierda, pero, si nos consideramos demócratas, y no queremos ser hipócritas, ¿no es hora ya de darles la oportunidad a ellos de que también tengan la oportunidad de competir en el juego de la democracia? En otros países hermanos la izquierda ha luchado por el poder, a través de las vías democráticas, ha realizado su experimento social, y ha sido derrotada. ¿Por qué en ti, Colombia, no podría suceder lo mismo?... ¿Por qué solo un sector de tu población ha tenido derecho al poder, como si no hubiera también cometido graves errores? Te aquejan, oh, Madre Patria, la corrupción, la inequidad, la impunidad y la injusticia. Y lo peor de todo, algunos quieren perpetuarlas, y no darles la oportunidad a otros hermanos de experimentar sus proyectos sociales y de equivocarse para reconocer y aprender de sus errores. ¿Y si lo que buscan estos es afincarse en el poder y negar la libertad de expresión, como ha sucedido en otras naciones?... ¿Si lo que quieren es utilizarnos a los demócratas como idiotas útiles? Si ello fuera así, oh, Colombia, y tampoco quieren aprender de sus errores, si nosotros, tus hijos, no queremos aprender principalmente que el odio, el egoísmo, la ambición son la tumba de la paz, si no se respetan, siquiera, los acuerdos, las constituciones, entonces, me parece, oh, madre, que la paloma de la paz será solo una rara ave o peor: un cadáver más en la larga serie de víctimas sangrientas de la inconciencia humana.

Pero existe una esperanza que brilla al final de este laberinto de sangre y de sombras que no solo te aqueja a ti, Colombia, sino a otros países del orbe: aportemos, hermanos, la cuota, el granito de arena que nos corresponde a cada uno, para la construcción de la paz, descubriendo y transformando en nosotros mismos los factores psicológicos que causan conflicto, violencia, aunque, otros, en uso de su libre albedrío no quieran hacerlo. Así, por lo menos, o por lo más para mí, al resolver nuestras propias contradicciones,

existe la posibilidad de que la paz, como un ave fénix, sea una realidad palpitante en el nido de nuestro corazón.

Con amor

¡Paz!

Te invoca tanto, Paz, la madre Tierra;
mas su voz, por las bombas acallada,
gime con pesadumbre, ensangrentada
bajo las garras de homicida guerra

que, como arpía cruel, al orbe aterra.

“¡Paz!” “¡Paz!” “¡Paz!” “¡Paz!”, palabra tan usada
que suena a metralleta despiadada.

¿Qué realidad tu incertidumbre encierra?...

Hablan de paz Caín y el egoísta,

el lobo, el zorro, el buitre y el sofista...

¡Paz!, paradoja..., voz que descalabra...

Observando mis egos evidencio,

más allá del poema y la palabra,

que la paz fructifica en el silencio...

«Amo, luego existo»

Ante la avalancha de información en la Internet y los medios de comunicación masiva, y de posverdades e ismos, que nos muestran una visión sesgada de la realidad, es necesario plantear cuál sería la actitud más sensata para no ser alienados o manipulados. Y en este sentido me aventuro en los terrenos movedizos de un escepticismo moderado, sin ínfulas de crear una nueva escuela filosófica. Evito ser dogmático.

El diccionario de la RAE define al escepticismo como: «Desconfianza o duda de la verdad o eficacia de algo. Doctrina que consiste en afirmar que la verdad no existe; o que, si existe, el ser humano es incapaz de conocerla». Más o menos, lo que afirmaba el sofista Gorgias. Otro ejemplo de escepticismo extremo fue el del obispo Berkeley, quien en su idealismo filosófico negó la existencia de la materia. Se dice que su amigo Samuel Jhonson, para refutarlo, pateó una roca, anécdota que fue plasmada en una célebre escultura de bronce. Recuerdo que en mi irreverente adolescencia caí en tal grado de escepticismo, rayando en la locura, que llegué a dudar hasta de mi propia existencia. En mi temprana búsqueda de la verdad pretendí ir más allá del solipsismo, sistema filosófico en el que solo se acepta como real la propia existencia. Y en una discusión con un culto sacerdote de mi pueblo me atreví a decirle: —Padre, ¿verdad que no existo? A lo que el sagaz sacerdote respondió: —Entonces, ¡váyase que no estoy hablando con nadie! Solo años después encontré la respuesta adecuada a la réplica del sacerdote: —Eso, que usted dice, padre, tampoco existe.

Descartes, como era racionalista, concluyó que de lo único que no podía dudar era de su propio pensamiento: «Pienso, luego existo», y con esta premisa construyó el edificio de su filosofía. Albert Camus, como era existencialista ateo, se basó en su postulado: «Grito que no creo en nada y que todo es absurdo, pero no puedo dudar de mi grito; y necesito, al menos, creer en mi protesta». Y, así, cada cual, se fundamenta en su subjetividad para abrirse paso entre las sombras. En el caso mío, siento en lo más profundo de mi esencia un fuego arrollador que me impulsa a vivenciar la realidad del amor fraterno, del que hablaron Platón, Buda, Jesucristo, y que plasmaron en obras sublimes grandes artistas. Amor que implica respeto a las diferencias. De lo único que no puedo dudar es de ese llamado. «Amo, luego existo», como dice el poeta venezolano Igor Barreto. Si el universo es un absurdo, siento que el amor es la única fuerza que puede neutralizarlo y darle sentido a la existencia, la solución real a los problemas del mundo. ¿Será posible experimentar en los detalles de la vida cotidiana ese amor del que tanto se ha hablado en la historia de la humanidad? ¿Que no sea solo una bonita palabra, para ocultar nuestra hipocresía, sino una realidad viviente en nuestra conciencia y actuante en la

sociedad? Para mí este es el principal reto, el problema fundamental de mi filosofía.

Respecto a la actitud para no ser engañados, me parece, ahora en mi edad adulta, luego de haber transitado por el existencialismo, el marxismo, el esoterismo y otros ismos, que lo más prudente es un escepticismo moderado en el que su fundamento sea el amor fraterno, y en el que nuestras verdades sean lo que comprobemos por nosotros mismos, sin cerrarnos a la posibilidad de estar equivocados. Lo que escape a nuestro campo de experimentación, incluyendo lo que afirman las autoridades o expertos en una materia, sería considerado una posibilidad, o hipótesis de trabajo, si se quiere. Por ejemplo: hay personas que niegan el holocausto nazi y otros genocidios. Es muy posible que fueron una cruda realidad; pero lo fundamental aquí sería descubrir qué actitudes en nosotros y en los demás pueden llevarnos a dichas barbaries para evitarlas: los dogmatismos, los fanatismos, los fundamentalismos, el orgullo, la ambición, el egoísmo...

Hay quienes afirman, todavía, que la tierra es plana o que el hombre nunca pisó la luna. ¿No es mejor, que afirmarlo o negarlo, ser conscientes de qué cuidados debemos tener en nuestra casa planetaria con todas sus criaturas, nuestros hermanos, para que sea un edén y no un infierno? ¿Tener los pies aquí en la tierra?

Algunos niegan, aún, que el hombre desciende del mono, contradiciendo a la comunidad científica. No veo cómo comprobar personalmente dicha teoría, pero me parece más práctico demostrar en hechos que somos en realidad Homo sapiens, seres amorosos y racionales. Y ni qué decir de la teoría de la relatividad —es fácil verificar la de la gravitación, basta que una manzana nos caiga en la cabeza—, lo que si podríamos considerar es la relatividad de nuestras verdades y las de los demás.

Continuamos enemistándonos y hasta matándonos en discusiones estériles sobre si Dios existe o no, o cuál es la mejor religión o filosofía, o si ninguna religión es verdadera. ¿No es más realista despertar la fuerza del amor fraterno, esencia de la religión y del humanismo?

Pero ¿el amor existe?... Solo sé que en nuestro interior hay una fuerza que nos impulsa a sentir simpatía hacia los demás, compasión por sus sufrimientos, a ayudarlos sin esperar nada a cambio. Podrían objetarme que esa energía es algo biológico, hormonal, una estrategia de supervivencia de la especie, un egoísmo disfrazado. ¡Lo que sea! Lo importante es activarla en nosotros mismos. Quizás, como decía Krishnamurti, quien también practicaba cierto escepticismo en la búsqueda de la verdad, si estamos observando muy atentamente en forma constante y objetiva nuestros movimientos, instintos, reacciones psicológicas, pensamientos, sin justificarlos ni condenarlos, sin

buscar nada, existe la posibilidad que, en el silencio de la mente, eso que es el amor, la verdad, la belleza, haga presencia.

Por ahora, solo sé que cada vez que siento, en lo más recóndito de mi ser, ese llamado al amor, pienso, más allá de toda duda: «Amo, luego existo».

Una ética y una estética

(Publicado en *El Cóndor* y en *Iris*, enero de 2019)

A propósito del Dios de Spinoza, en el que creía Albert Einstein, y de los candentes debates que sobre el tema de Dios se presentan en diversos escenarios o medios escritos, les comparto mi opinión al respecto. Como evito ser dogmático, lo único que aseguro es que puedo estar equivocado.

Como más que filósofo soy poeta, y en esto también puedo estar equivocado, comenzaré con un soneto, a manera de obertura o preludio:

¿Para qué más Dios?

¿Del mito es hija vil la religión?

¿El temor inventó al cielo o a Dios?...

mi incertidumbre con su acerba voz

le pregunta insistente a mi razón.

Pero ésta calla y canta el corazón:

—¿Para qué vas de lo superfluo en pos?

¿Si de amor vibro para qué más Dios,

o para qué más cielo o religión?

Si me doy cual la fuente, el sol, la flor,

¿para qué más liturgia u oración?

Ser sensible a lo bello y al dolor,

sentir del cosmos su palpitación,

ser una mano amiga, un bienhechor,

es mi cielo, es mi Dios, es mi canción.

¿Existen Dios, el Diablo, el cielo y el infierno?... ¿La religión es verdadera o es fruto de la ignorancia y el temor? ¿Y si es verdadera cuál entre tantas es la verdadera religión?...

Estas preguntas que me atormentaron en mi crítica adolescencia y que inquietan desde hace milenios ya tienen para mí plena respuesta.

Después de haber reflexionado mucho y leído filósofos y autores que han tratado sobre este tema tan espinoso, hoy la respuesta me parece tan obvia que me pregunto: ¿por qué no se me había ocurrido antes? Estoy convencido de que en estas cuestiones hay que ser realista: desde hace siglos los materialistas e idealistas han especulado sobre este problema fundamental de la filosofía sin ningún fruto, por la sencilla razón de que la razón no es sencilla, mejor dicho, como demostraron Protágoras y Kant, y lo he podido vivenciar en mí mismo: la razón es limitada y engañosa, puede demostrar con el mismo vigor lógico un argumento o su contrario. Alguien dijo jocosamente que la razón es una libertina que se acuesta con todo mundo.

Tampoco por medio de la experiencia de nuestros sentidos limitados y engañosos o de la ciencia relativista podremos dilucidar esta cuestión, ni, mucho menos, con las subjetivas creencias del dogma. Entonces... ¿qué hacer? ¿Volvemos agnósticos y afirmar que no se sabe ni nunca se sabrá?

La palabra religión viene de religare: volver a unir. Si nos atenemos a su etimología, religión es la unión con Dios. Pero... ¿qué es Dios y cómo unirnos con Él? Las grandes religiones han identificado a Dios con el amor. Los profetas, místicos y santos han recalcado en la unidad indisoluble de la divinidad y el amor.

“Dios es amor”. Pues bien, concibo a Dios no como un ser antropomórfico y externo a nosotros y el universo sino como esa fuerza del amor vibrante en nuestro corazón... ¿Y qué es el amor? También sería vano tratar de responder este interrogante. Solo sé que dentro de nuestro ser hay una fuerza inefable que nos hace sentir ternura, compasión, remordimiento, éxtasis y llegar, inclusive, al sacrificio por otro ser, sin esperar nada a cambio, simplemente por la satisfacción de dar. Para mí esa fuerza maravillosa es lo máximo, es Dios.

Que si es algo biológico o eterno e infinito, que si sobrevive a la muerte, que si hay cielo o infierno, no es tan importante, me da la impresión de que es el temor quien hace dichas preguntas. Para mí, sentir amor es estar en el cielo y no sentirlo es sufrir en el infierno. Sentir amor es tener a Dios dentro y carecer de Él es darle existencia al demonio. La salvación es sentir amor y la condenación es no sentirlo.

¿Y cómo despertar el amor para que no sea un sentimiento esporádico sino permanente en nosotros? ¿Cómo religarnos con él? Solo encuentro un camino: no identificarnos en nuestra sique con todo lo que se opone al amor: el egoísmo, el temor, la ambición, la ira, el orgullo, la envidia, la crueldad, los apegos, nuestros dogmas y prejuicios, etc. Lo que implica observar constantemente y en forma objetiva estas reacciones de nuestro ego, para no ser víctimas de ellas. Este sería el único mandamiento; el supremo arte:

pulirnos diariamente para que la suma belleza del amor se manifieste en nuestras acciones cotidianas, aún las más sencillas, en el hogar, el trabajo, la calle, el pueblo, el país, el mundo, la naturaleza y el universo: un acto de amor, el más sencillo, me parece más bello que todas las palabras.

¡Qué arte tan maravilloso es el amor! Ver en cada hombre, mujer, criatura, ser, un hermano a quien ayudar, con quien compartir. Primero buscaba a Dios en los libros y en las estrellas anhelando una trascendencia, ahora siento que Dios está en mi hermano y que en amarlo está mi realización. ¿Cómo es posible que nos disgustemos con nuestro prójimo y hasta nos matemos entre nosotros por fanatizarnos en discusiones estériles como las de que si Dios, la otra vida, la reencarnación existen o no existen? ¡Amémonos!, lo demás no es tan importante. Más importante que saber qué hay más allá de este universo o cuál es la partícula subatómica más pequeña de la materia o cómo fue el origen del hombre es saber amar. Para mí la principal ciencia, filosofía y religión es el conocimiento vivencial del amor. Así de sencillo y de “spinozo”.

Que la fuerza divina del amor resplandezca en nuestros corazones.

La vida como aprendizaje

(El Cóndor - Iris)

En *Una ética y una estética*, hablaba de que, aunque suene como un lugar común, me parece que el sentido de la existencia es amar. Por lo tanto, se puede considerar la vida como un proceso de aprendizaje en el amor, y al universo como una inmensa escuela donde hemos evolucionado desde el reino mineral y pasado por el reino vegetal y animal, durante miríadas de años, con un solo objetivo cósmico: **amar**. Y suponiendo que el universo fue creado de la nada por el azar y no tiene ningún sentido, como afirman algunos científicos, me parece que la actitud más realista que podemos elegir sería despertar la fuerza del amor, que es la única que puede neutralizar el absurdo de la existencia para hacer un mundo mejor. Si la existencia es una fantasía, ¿por qué hacer de ella una pesadilla y no un hermoso sueño?... No pretendo afirmar que esta sea la verdad, a lo que más le temo en la existencia es a ser dogmático; pero tengo la certeza de que, por lo menos, sí es mi verdad. Siento en lo más profundo de mi ser una fuerza vibrante que me impulsa a amar y debo ser fiel a ese llamado.

En todo proceso de aprendizaje, además de la escuela y de los diversos grados de desarrollo, existen instructores o maestros y evaluaciones. Así mismo en la escuela de la vida el maestro sería nuestra propia conciencia, y las evaluaciones serían las frecuentes pruebas a que nos somete la existencia en nuestra cotidianidad social: las relaciones en el hogar, el trabajo, la calle, etc. Si aprobamos dichas pruebas ascenderemos en el amor; y nuestra vida será cada vez más feliz y haremos más felices a los que nos rodean; pero si fracasamos debemos recuperar los logros pendientes para continuar nuestra evolución o, más bien, revolución psicológica.

Así entendida la vida adquiere pleno sentido, y esta ética universal no contradice lo que enseñan las diversas religiones ni las filosofías humanistas. Desafortunadamente, desde hace milenios estamos hablando del amor y todavía continuamos siendo egoístas, orgullosos, ambiciosos, envidiosos, agresivos, etc. Lo que da lugar a una pregunta: "la ética y estética del amor es una utopía?, ¿algo impracticable?".

Me parece que hay un gravísimo error metodológico en este sentido. Pensamos que sólo con buenas intenciones, reprimiéndonos, rezando o por medio de proyectos educativos, filosóficos o religiosos vamos a cambiar y no somos científicos en el conocimiento del amor, aunque esto suene antipoético.

Cuando hablo del conocimiento del amor me refiero a cristalizar su energía sublime en el laboratorio del corazón, a que sea una realidad

viviente en nuestra sique y actos. Se nos enseña a observar el mundo circundante, a descubrir sus leyes para transformarlo, pero no se nos enseña a observarnos objetivamente a nosotros mismos: nuestro mundo interior, nuestras reacciones psicológicas negativas ante las diversas circunstancias de la vida, para transformarlas y ser cada día mejores en el amor. La prueba está en que pese a que en los programas educativos tanto se habla de cultivos de valores como la solidaridad, la tolerancia, el amor, no aparece la práctica científica de la autoobservación psicológica. Esta práctica es utilizada en la psicología oficial para ciertos traumas muy persistentes, pero también se puede usar con el fin trascender otras reacciones egoicas como la agresividad.

Me parece que mientras no practiquemos la autoobservación psicológica todo empeño en el aprendizaje del amor quedará sólo en la superficie; y necesitamos una radical revolución psicológica, si queremos transformarnos positivamente a nosotros mismos; y, en consecuencia, transformar el mundo.

Para progresar en el conocimiento científico del amor debemos autoobservar permanentemente, en forma objetiva, nuestras diversas reacciones psicológicas ante las circunstancias de la vida, realizar frecuentes autoevaluaciones, autosicoanálisis, exámenes de conciencia, autorrectificaciones, para pulir nuestra sique y al fin brille en ella la llama perenne del amor.

Razón tenían los antiguos griegos cuando afirmaban: “¡Nosce te ipsum!”, “¡Conócete a ti mismo!”.

La pedagogía del silencio

(El Cóndor)

En *La vida como aprendizaje* decía que la vida se puede tomar como un proceso de aprendizaje, una inmensa escuela donde a través de millones de años de evolución, desde reinos inferiores, hemos venido a realizar un solo objetivo: el de amar. Pero, ¿Cuál será la actitud más científica para que dicho aprendizaje sea real o efectivo? Actualmente en la pedagogía se habla del conductismo, el socialismo, el constructivismo, la educación personalizada, se cita a eminentes pedagogos como Piaget, se realizan frecuentes experimentos pedagógicos; y se insiste, ahora, en la necesidad de los proyectos educativos institucionales y en perseguir ideales como la autonomía, la autoestima, la tolerancia y la solidaridad. Pero cabría preguntarse: ¿si lograremos con ello un hombre más libre, sensible, creativo y amoroso?

Cuántos sistemas y doctrinas ha inventado el hombre a través de su historia buscando el amor, la solidaridad entre los ciudadanos y los pueblos; sin embargo, vemos con tristeza, que la historia humana, con justas excepciones, ha sido la del egoísmo con sus secuelas de odios, explotación del hombre por el hombre, luchas de clases, guerras, y que cada vez hay más corrupción y descomposición social.

Pese a los sublimes valores, que hemos predicado, hay un vacío de amor que se traduce en conflictos, agresiones, egoísmos y violaciones de los derechos.

Para cambiar positivamente el mundo debemos cambiarnos a nosotros mismos, eliminar o transformar nuestro egoísmo y todos aquellos factores psicológicos que se oponen al amor. Pero... ¿Cómo cambiarnos a nosotros mismos? ¿Bastarán las buenas intenciones, golpes de pecho, proyectos, ideales, o dirigirnos a un psicólogo, un confesor, un gurú, u otra persona para que nos cambie? Me temo que no, porque eso es lo que hemos venido haciendo y los resultados están a la vista: continuamos siendo egoístas, ambiciosos y crueles. Me parece más realista actuar como si fuéramos responsables de nuestro propio destino y no adoptar una actitud pasiva esperando a que alguien o algo venga a levantarnos.

En un foro educativo, al hablar de estos aspectos, proponía una pedagogía, que no es invento mío: está respaldada en las experiencias de la psicología oficial y de psicólogos como Gurdjieff, Ouspensky Samael Aun Weor, Krishnamurti, Osho, Eckhart Tolle y el jesuita Anthony de Mello. En dicha pedagogía, paradójicamente, la persecución de objetivos, proyectos, nobles ideales, se constituyen en serios obstáculos para el florecimiento del amor, la libertad y la creatividad.

Es cierto, que para desarrollar técnicas, inculcar conocimientos, lograr objetivos locativos o de infraestructura se necesitan los proyectos; pero si lo que anhelamos es transformar radicalmente nuestra conciencia, que sea más amorosa, un objetivo, proyecto o ideal, en este sentido, por más noble que sea, se convierte en un tropiezo.

Los psicólogos mencionados enseñaron una práctica científica para controlar y eliminar las emociones negativas: los temores, las ansiedades, las iras, las fobias, etc. Esta práctica se llama la autoobservación psicológica. ¿En qué consiste? En observar en forma permanente, serena y objetiva, sin buscar ningún resultado, las reacciones psicológicas de nuestra mente ante los estímulos del mundo exterior. Cuando sintiendo nuestro cuerpo descubramos en nuestra mente una reacción de ira, miedo, ansiedad, etc., observémosla sin identificarnos con ella, sin condenarla ni justificarla. Sólo siendo conscientes del peligro o daño real que ella representa. Esto bastará para que dicha reacción psicológica desaparezca; o, por lo menos, tengamos pleno control sobre ella. Como quien se aparta espontáneamente del peligro que representa un venenoso reptil o un precipicio. Por ejemplo: alguien me insulta, como me estoy autoobservando descubro la ira dentro de mí, y me doy cuenta del daño que ella causa. ¡Si hago esto la ira desaparecerá!

Naturalmente esto implica dividir la atención entre uno y el mundo exterior. Al principio realizar esta práctica es difícil por la falta de costumbre, pero ejecutándola se volverá natural, y nos libraremos de tantos problemas de la vida diaria. Nuestra mente se tornará lúcida y serena. Al no haber interferencias del ego o yo, con sus temores y ambiciones, las capacidades de atención y aprendizaje se agudizarán enormemente. Veremos con júbilo, las cosas en forma nueva, creativa; y, lo más importante: nuestra conciencia íntima o Supraconciencia aflorará espontáneamente para dirigirnos con sabiduría en todas las circunstancias de la vida.

Pero si para realizar esta práctica nos formamos un objetivo, un proyecto, un ideal de cambio psicológico, entonces será nuestro yo con su temor, su deseo de escapar, de buscar apoyo en algo, el que actuará, y creará conflictos en nuestra mente: ambiciones, agresividades, frustraciones, angustias, más temores, que no dejarán aflorar los valores de nuestra conciencia. Un ejemplo concreto: si tenemos el objetivo, proyecto o ideal de ser buenos ciudadanos, padres o maestros o de que nuestros amigos, familiares, alumnos o discípulos sean mejores; pero vemos que por el comportamiento negativo de nosotros o de ellos, las cosas no nos salen bien, seguramente reaccionaremos con agresividad o nos sentiremos

frustrados, angustiados, temerosos, con deseos de “Tirar la toalla”, de “Arrojar por la borda” nuestros más queridos ideales.

Cabría preguntarse: ¿qué es lo que se ofende en nosotros o se siente frustrado? Precisamente es ese objetivo, proyecto o ideal de cambio que nos hemos formado. Pero si no nos formamos ninguno y estamos permanentemente autoobservándonos, sin esperar resultados, ante la misma adversa circunstancia reaccionaremos correctamente. Como no tenemos ideas preconcebidas, intereses creados, permaneceremos serenos, con la mente quieta; y, entonces, la conciencia nos dirá exactamente lo que debemos hacer, vendrá el auténtico cambio, ¡el amor!

Un amigo mío le criticaba a Krishnamurti que con su pedagogía nos “Tiraba al vacío”, nos dejaba sin nada en que apoyarnos, pero Anthony de Mello en forma brillante nos dice que sólo así aprende el ave a volar. Desafortunadamente, esta práctica de la autoobservación psicológica, que personalmente me ha dado maravillosos resultados, no aparece en los programas educativos oficiales; y continuamos creyendo que con nobles objetivos, ideales y proyectos, lograremos crear un hombre libre, creativo, y amoroso, el cual germinaría de una conciencia completamente descondicionada, una conciencia que autoobservándose en forma continua experimente la pedagogía del silencio.

29 de enero de 2019

Respetado maestro Castelin, un fraternal saludo. Le agradezco su deferencia al poner a mi consideración su muy bien estructurado ensayo "La gran oportunidad latina". En el cual expone su visión sobre temas candentes como el de la globalización, y propone la creación de un bloque hispano que aporte lo mejor de América Latina y España, trascendiendo enfoques parcializados de la historia, para afrontar los grandes bloques económicos que amenazan destruir nuestra identidad y sumirnos en la manipulación.

Me parece, lo que propone, una causa muy loable, pero para efectos prácticos, y que no sea solo otro bien intencionado proyecto, habría que trascender nuestro ego, que es el que nos divide con sus prejuicios, dogmas y fanatismos, y para que no se siga repitiendo la historia de que los dominados pasen a ser los dominantes e impongan su visión fragmentada de la realidad. Inclusive, siendo radicales: despertar nuestra propia identidad individual, más allá de los condicionamientos sociales de nuestra cultura, sea hispana o indígena o mestiza. Al respecto Anthony de mello afirma: "... Nos dicen que es muy importante tener un sentido de pertenencia. ¡Paja! Usted no necesita pertenecer a nada o a nadie o a ningún grupo. Lo que necesita es ser libre. Lo que necesita es amar. ¡Despierte!". Que es más o menos lo mismo que afirma Krishnamurti.

Lo que expreso se sintetiza en estos versos que figuran en uno de mis poemas:

La identidad

Que hay que recuperar la identidad.
¿Cuál, me pregunto? Si es la de nación,
¿no es limitarnos en espacio y tiempo?
Todos los seres son nuestros paisanos
y el más grande legado es el amor.

Con gratitud y aprecio,
Francisco Javier López Naranjo, Apía, Risaralda, Eje Cultural Cafetero,
Colombia

El florecimiento del amor

(El Cóndor)



Quisiera redondear los conceptos que he expuesto en varios temas relacionados con el conocimiento de sí mismo: *Una ética y una estética, La vida como aprendizaje, La pedagogía del silencio*. Decía en dichos temas que se puede considerar el universo como una inmensa escuela donde a través de la evolución hemos venido a realizar un único objetivo: el de amar. Lo que implica conocer, por medio de la constante práctica científica de la autoobservación, nuestras reacciones psicológicas que se oponen al amor, como la ira, el orgullo, el temor, las fobias, los prejuicios, etc., con el fin de transformarlas, para que, poco a poco, se vaya manifestando en nuestra sique esa fuerza maravillosa del amor universal.

Cuando autoobservándonos descubramos en nuestra sique una reacción negativa a los estímulos del mundo exterior, no nos identifiquemos con ella, ni la justifiquemos o condenemos, simplemente observémosla en forma serena, comprendiendo su nocividad e intrascendencia, y dejémosla pasar de inmediato, para seguir atentos a la actividad que estemos realizando: "Vivir el presente".

Una práctica complementaria es la de, cuando estemos descansando, realizar un ejercicio retrospectivo para recordar lo que hicimos durante el día: ¿Qué errores cometimos? ¿Cuándo? ¿Por qué? ¿Cómo? ¿Qué consecuencias nos trajeron dichos errores? Una especie de examen de conciencia o autosicoanálisis. Cuando tengamos identificados los que más nos perjudican, a cada uno se le trabaja individualmente, de acuerdo a su gravedad, analizándolo y tratando de recordar sus principales manifestaciones a través de nuestra existencia hasta descubrir su raíz u origen. Está comprobado que cuando descubrimos las causas de nuestros errores estos pierden fuerza.

Hay errores psicológicos tan arraigados en nosotros que sólo podemos cambiar nuestra actitud hacia ellos, conservar la serenidad y paciencia, y pedirle con toda la fuerza de nuestro corazón a nuestra conciencia íntima o Supraconciencia, de la que habla la psicología transpersonal, que nos ayude en este trabajo psicológico: se sabe que en las profundidades de nuestra psique existen fuerzas superiores poderosísimas que, si recurrimos a ellas, nos pueden ayudar a superar cualquier obstáculo.

Mientras más energía psíquica tengamos acumulada más efectivo será este trabajo de autoconocimiento, pues dispondremos de un inmenso potencial con el cual podremos conocer, transformar y eliminar nuestros errores. Se ha demostrado científicamente que a la energía sexual se le pueden dar otras funciones: la sublimación de la libido de la cual habló Freud. Si sublimamos o transmutamos nuestras energías sexuales nos servirán para aumentar nuestro potencial energético en forma extraordinaria, con el fin de emplearlo en este trabajo psicológico. Se dice que la energía sexual se sublima a través de la música clásica, de las caminadas a las altas montañas, del cultivo de nuestra vocación, y por medio de prácticas respiratorias de inhalaciones, retenciones del aire, y exhalaciones, en forma lenta y durante un buen espacio de tiempo.

Samael Aun Weor en sus libros *El matrimonio perfecto* y *El misterio del áureo florecer*, afirma que si estas prácticas respiratorias se realizan en el coito sin derramamiento del semen, y con una sola pareja, será mayor el poder de la energía sexual para eliminar cualquier defecto psicológico que previamente hayamos comprendido. El doctor Walter Siegmeister, en su libro *La energía creadora fuente de la eterna juventud*, sostiene, luego de un prolongado experimento con parejas en la Comunidad Oneida, que la práctica de las relaciones sexuales sin derramamiento de semen aumenta la armonía, vitalidad y lucidez de la pareja, pues las hormonas del semen vuelven al cerebro revitalizándolo y fortaleciendo el sistema glandular.

He querido, de acuerdo a mi experiencia durante varios años, proponer en forma sencilla a través de varios temas, esta hipótesis de trabajo adaptable a cualquier lector, no importa su creencia o ideología, que quiera sinceramente despertar la fuerza del amor. Sobre lo cual ahondaré en *La ciencia de la muerte psicológica*. No es por medio de buenas intenciones, proyectos educativos o represiones psicológicas como nacerá en el corazón del hombre esa fuerza que puede convertirlo en un auténtico humano y al mundo en un paraíso, energía vibrante y trascendente por la que vale la pena vivir... y escribir.

Al rojo vivo

Arda mi corazón al rojo vivo,
como fragua o crisol que funda escoria;
y, en la fusión, que sienta arder la gloria
de un amor inefable y redivivo.

Arda como un volcán potente, activo,
que con su savia ígnea y amatoria
obtenga contra el ego la victoria
de un amor infinito y compasivo.

Arda mi corazón, en su epopeya,
como una bomba atómica de amor,
un núcleo apasionado de una estrella,

o un ¡big bang! muy fogoso y creador.

Serás, al rojo, la ignición más bella;
de toda poesía, la mejor.

Un gran soneto

Por: Juan Hely Morales Bedoya*

“Llorar no quiero porque estés ausente, / o no puedas amarme o seas ajena; / el verdadero amor no gime o pena / ni exige que la amada esté presente. // Es el deseo, que enceguece y miente, / quien hiere al corazón o lo envenena. / Con celos o temores lo encadena / y hasta lo ahoga en la pasión demente. // Por ello, amada, baste a mi alegría saber que eres feliz, no importa dónde, / ni a quién ames, ni cómo, ni hasta cuándo. // Tu ser me anime, aunque no seas mía, / como un lejano sol que no se esconde / o una distante flor que esté aromando”.

¡Hermoso soneto! este, de Francisco Javier López Naranjo, al que ha titulado *El verdadero amor*. Feliz y lleno de libertad hacia lo amado, con esa fulgurante grandeza de universal sentir. La visión más contemporánea de ese maravilloso sentimiento está en este soneto.

Ya alguna vez hice un comentario sobre él; pero hoy, que lo vuelvo a leer, me parece más íntegro, más sobrenatural. Agradable disculpa para enternecerme con sentires viejos y nuevos, risueños y únicos.

Este soneto dibuja el amor en su perfecta forma, en estrecha armonía con nuestro paisaje interior y el universo. Desearía que muchos lo leyeran y libaran el néctar del verdadero amor. Bien lo dijo Nietzsche: “El amor está más allá del bien y del mal”, y su teoría del superhombre está construida con base en ese sentimiento.

Schopenhauer sentía que era un anhelo de eternidad, no esa eternidad del santurrón, no, su anhelo era humano, se podía tocar y ver crecer.

Según el divino Platón, era un anhelo de engendrar en la belleza, y para él la belleza es perfección, humanamente hablando, es la excelencia, lo que está un poquito mejor que el resto. Lo que quiero expresar es que el amor, desde tiempos remotos, está por encima de todo sentimiento; pero es ahora que se le da el verdadero cuerpo, la verdadera esencia y plenitud. Y este bello soneto lo agarra con todo su esplendor.

“... Tu ser me anime, aunque no seas mía, / como un lejano sol que no se esconde / o una distante flor que esté aromado”.

No sabríamos decir si el amador es de lo amado o lo amado es del amador o ambos están sujetos por invisibles lazos. Cuando miramos, la persona que ama

es un constante viajar hacia lo amado. Su alma se vuelve etérea, y se desgrana en efluvios sutiles, como un cordón umbilical plateado, en una entrega total de su alma.

El amor no nos puede hacer tristes, él tan solo puede rubricar en nuestros corazones la felicidad. Qué importa que el ser amado no nos arrope con el manto venerable de su amor. Con tal de que sea feliz, un aire tibio y puro nos arropará el alma. Como dijo el maestro Guillermo Valencia en su soneto Amor verdadero: "...Es medio amor amar con esperanza; / y amar sin ella, verdadero amor".

Pero es complicado, el ignorante jamás podrá amar, el frío de su corazón no podrá sentir su tibieza.

Ortega y Gasset nos dice que no ama el que quiere sino el que puede, y eso es cierto: el amor tiene la altura y el corazón de una estrella. El que ama de verdad tiene el corazón puro y lleno de inocencia. Cuando Federico Nietzsche escribió *Así hablaba Zaratustra*, algunos críticos en forma despectiva le dijeron que tenía corazón de niño. ¿Por qué sería?... ¿No sería porque sabía demasiado del amor?...

*Juan Hely Morales Bedoya es un poeta apiano de una vasta e inspirada producción sonetística. Ha publicado "Flores de otoño". En el año 2013 fue uno de los ganadores del concurso municipal de poesía celebrado en Apía. Y en el año 2015 fue el único ganador. Ha ganado siete concursos internacionales de poesía con sonetos y más de diez menciones del jurado en dichos certámenes.

Francisco Javier López Naranjo ganó mención especial con "El verdadero amor" en un concurso de sonetos de amor, de la editorial española Letras Como Espada. Este soneto fue musicalizado por su hermano Carlos Fernando López Naranjo.

“CONSUMMATUM EST”, DE FRANCISCO JAVIER LÓPEZ N.

(Tomado de *Espacios vecinos*)

Manizales, 5 de julio de 2016:

Estimado FRANCISCO JAVIER LÓPEZ NARANJO: Escuché la melodía *Consummatum Est*, de tu autoría, y quedé sorprendido por la totalidad y por cada uno de sus elementos: la letra, la armonía, la cadencia, el tono y la profundidad de las voces, los efectos sonoros, la altura e insistencia en un inesperado clima espiritual... Es una creación en que cada parte encaja en el todo.

Tus versos son: “*Ven, oh muerte, ven; / Ya despójate del velo; / Llévame volando al cielo, / mientras canto: / ¡Consummatum Est!*”. Esos versos sencillos y profundos te emparentan, nada más y nada menos, que con Santa Teresa de Jesús, la poetisa del Siglo de Oro español, que cantaba: “*Vivo sin vivir en mí, / Y de tal manera espero; / Que muero porque no muero*”, o, en otra composición de arrebatado lirismo, “*Véante mis ojos, / Dulce Jesús bueno; / Véante mis ojos, / Muérame yo luego*”. En la vida todos hemos recibido influencias de alguien; el acierto está en saber seleccionar las influencias.

La interpretación, con alumnos de la Escuela de Música Comarca de Apía, es magistral. Los arreglos para banda y coros dirigidos, en esta ocasión, por el amigo y Maestro Mario Becerra López, inscriben la citada pieza musical en los libros de la mejor música seria que se ha producido en nuestro país. Parece humor negro si te digo que llegué a soñar: Siquiera la escuché antes de que les dé por entonarla en mi entierro.

Felicitaciones para ti, para Mario, para las personas que tienen las voces privilegiadas de soprano, tenor, contralto y bajo. Para Carlos Fernando y Federico, maestros de estos alumnos en la Escuela de Música Comarca. Para el jefe de producción y los encargados de las mezclas y la grabación. Para el Maestro Fidel Echeverri en cuyos estudios se logró esa calidad de sonido. Para Délmer, el hijo de don Fidel, que maneja el estudio.

Fidel Echeverri sorprende a los apianos por ese don musical de que hace gala, a diario; por su constancia y acierto en la enseñanza de la música al grupo de niños que escuchamos, en el Centro Literario del pasado 23 de abril, y en la “*callada manera*” de su pedagogía.

A medida que escuchaba, en absoluta paz, tu más reciente producción músico-literaria, me hacía a la idea de estar parado, en el atrio del templo de Apía, en la lejana noche del sábado santo del año 1935, cuando ingresaba el Maestro Carlos Echeverry García a dirigir los coros que solemnizarían la ceremonia de los Siete Dolores de María. En ese instante, un tiro inesperado truncó la plácida y fructífera vida de Echeverry García, autor de *Morenita Apiana*, *Brisas del Tatamá* y demás obras musicales recogidas bajo el título de *Estampas Rurales*.

La muerte de Carlos Echeverry, con tu creación musical de fondo, estimado Francisco Javier, bien podría servir para la filmación de una película, idílica al principio y trágica al final (en un *crescendo acompasado* como lo es la obra en sí) que, con seguridad, impactaría a los espectadores.

Te felicito de corazón, en un momento en el que, por asuntos que vienen transcurriendo, en Apía, no hay más que exclamar: ¡Consummatum est!

OCTAVIO HERNÁNDEZ JIMÉNEZ

Chavita



(Palabras leídas en el templo Nuestra Señora del Rosario, de Apía, el domingo 11 de julio de 2021, en el funeral de Isabel Naranjo López)

Francisco Javier López Naranjo

De Isabel Naranjo López, nuestra tía materna, a quien un buen número de sobrinos la consideramos otra mamá, por su generosidad y su nobleza, comenzaré por decir lo que alguien dijo de la Madre de Calcuta, y que mencioné también en un artículo que escribí a razón del deceso de mi madre Josefina Naranjo López: “Era menudita en su figura, pero en su corazón cabía todo el universo”. Asombraba la extraordinaria vitalidad y capacidad de amar que afloraba de la delicada contextura de Isabel Naranjo López.

La llamábamos cariñosamente Chavita, descendiente de pujantes paisas que llegaron del suroeste a estas tierras apianas como consecuencia de la colonización antioqueña. De ahí los recordados dichos de Chavita tan salpicados de costumbrismo paisa. Hija menor de Faustino Naranjo y de Ana López y sobrina del presbítero doctor Isaías Naranjo. Era la última tía materna que nos acompañaba. En ella se cumplió a cabalidad lo que se lee en el periódico El Colombiano, del jueves 1 de abril de 2.004, en un artículo sobre el apellido Naranjo: “Los de apellido Naranjo se caracterizan por su nobleza, desprendimiento, magnanimidad, generosidad y constancia”.

Al respecto, en un mensaje enviado por el ilustrísimo escritor Octavio Hernández Jiménez, hijo adoptivo de Apía, dice:

“Luz Eugenia, Carlos Fernando, Francisco Javier y demás familia: Una satisfacción mutua debe embargar a toda su familia tanto como a Chavita. Ustedes tuvieron el privilegio de contar con alguien que más que una tía fue una auténtica mamá. Y ella se ha ido a la otra vida con la serenidad y la dicha de haber pasado por la tierra rodeada por el amor que ustedes le expresaron a cada instante. Chavita fue ejemplo y guía en el camino de la vida. No solo para ustedes sino para Apía y aquellos que tuvimos el privilegio de compartir con ella radiantes momentos de nuestra existencia. Hará toda la falta del mundo. En este trance deben haberla recibido con fiestas en el cielo. Encontró el paraíso que ella había soñado”. Octavio Hernández Jiménez.

Y en un mensaje de la Parroquia Nuestra Señora del Rosario sobre Chavita se lee: “Isabel de Jesús Naranjo López ha vivido su PASCUA ETERNA, una mujer de grandes principios humanos y espirituales, entregada a su familia y al servicio del pueblo de Apía; podríamos decir que es de las últimas grandes matronas de nuestro Municipio. A su querida Familia Naranjo López toda nuestra solidaridad y amor, nuestras oraciones y compañía. Descanse en Paz, Chavita. Amén”.

Por su parte, la Administración Municipal de Apía en un mensaje de condolencia, dice al referirse a Isabel de Jesús Naranjo López: “Ilustre dama apiana, quien deja un legado de servicio, amor, nobleza y civismo por su familia y comunidad”.

Mensajes que agradecemos en el alma lo mismo que los numerosos que nos han llegado y tantas muestras de solidaridad que testimonian la inmensa calidad humana de nuestra Chavita.

Participaba activamente en las ferias parroquiales y era muy devota y caritativa, sin aspavientos. Fue una madre sin hijos, una monja sin hábito, un ángel sin alas.

Mi hermano Carlos Fernando, en un relámpago de inspiración, la definió como: “sostenida, real y pura”, aludiendo a su temple, sinceridad y gran nobleza. Dios te pague, Chavita, y este sonetillo:

Sostenida, real, pura,
prodigó gran luz y amor,
cual la rosa y su ternura,
en invicto resplandor.

Fue fontana de dulzura,
mano amiga en el dolor.
Que el Supremo Redentor
le dé abrigo allá en la altura.

Vivirás, siempre Chavita,
en tus deudos y sobrinos
y en apianos corazones.

Gratitud a ti, infinita.
Goza, ya, en lares divinos,
del Señor, las bendiciones.

"TODO ESTÁ POR HACER"



Movimiento Cívico, Cultural y Social

**Francisco Javier
Alzate Vallejo**

Del amor y el tiempo

(Leído en el 1º Encuentro del Movimiento Cívico Cultural y Social Francisco Javier Alzate Vallejo, el 12 de agosto de 2021, en el Palacio de Justicia Municipal, 7: p. m, Apía, Risaralda, Eje Cultural Cafetero, Colombia)

Fraternal saludo. Como me expreso mejor por escrito, y para evitar imprecisiones, lapsus, desviaciones del tema, muletillas, gagueos y otros inconvenientes muy propios de la expresión oral, trataré en este texto, que es mi aporte para el libro que algunos amigos piensan escribir sobre mi tocayo Pacho Alzate, de ilustrar en forma amena mi relación literaria y filosófica, con el entrañable amigo Francisco Javier Alzate Vallejo. Quien partió recientemente a otra dimensión: ¿La nada o la eternidad?... Para el amor no es ningún problema. Comenzaré por hablar un poco de la situación existencial en la que me encontraba en el furor de mi adolescencia cuando conocí a Francisco. Recuerdo que en mi búsqueda de la verdad, indigesto con lecturas de poetas nadaístas y la rebeldía propia de la edad, caí en un escepticismo extremo que rayaba en la locura. Fueron las épocas en las que en una izada de bandera en el colegio Santo Tomás me atreví a decir públicamente, en las mismas narices de don Gabriel Rojas, el rector, que Dios era el oligarca del universo. Hoy, en mi madurez, me retracto y digo: Dios, el Amor, es el Demócrata del Universo. Recuerdo que en un examen final de geografía en el que hicieron una pregunta sobre el petróleo, aproveché para responder que este producto era robado por compañías extranjeras. Y rematé diciendo: “Cuando lleguemos al poder les haremos sudar a los gringos ese petróleo”. Lo que me acarreó una reprimenda del temible Virgilio Palacio, el prefecto de disciplina, que terminó con esta pregunta: –¿Qué culpa tenemos, hombre López, los profesores del Santo Tomás, de que los gringos nos roben el petróleo? También en el colmo de mi escepticismo me atreví a decirle al padre Octavio Hernández: –¿Padre, verdad que no existo? A lo que el sagaz sacerdote respondió: –¡Entonces, váyase que no estoy hablando con nadie! Hoy en día, pienso que siendo consecuente con el escepticismo de esa época le hubiera podido responder al cura: –Padre, eso que usted dice tampoco existe.

En esos días con otros adolescentes inquietos fundamos un grupo que militaba en la Democracia Cristiana, en el que acusamos, sin fundamento, al alcalde Enrique Henao de persecución política. Mandaron un investigador de Pereira y cuando me preguntó en el interrogatorio si juraba decir la verdad y solamente la verdad, le respondí que yo no creía en la existencia de la verdad porque era escéptico. El investigador, molesto, creyó que estaba evadiendo el interrogatorio. Y me dijo que jurara en alguna cosa que creyera. A lo que le dije que no creía en nada. Ante su insistencia le dije que quizás mi única certeza era que la materia estaba compuesta de electrones, protones y neutrones. Y así quedó en el acta: “Francisco Javier López Naranjo juró por el electrón, protón y neutrón decir la verdad y nada más que la verdad”. También organizamos un grupo llamado Los Ángeles Satánicos en el que no dejábamos títere con cabeza.

Fue en este contexto existencial en el que conocí a mi tocayo, Pacho Alzate, que de inmediato despertó mi admiración por su aura de sabiduría y su carisma, y quien aglutinó en un centro de estudios culturales, en el Santo Tomás, la efervescencia e inquietudes de adolescentes de esa época. Fueron mis inicios en el periodismo y mi coqueteo con la literatura a través de un periódico mural. Yo era el encargado de fijar los artículos en la cartelera del colegio y la de la Sagrada Familia. Recuerdo que en esos días me gané un llamado de atención de Pacho por mi meticulosidad en la publicación del periódico mural, pues yo no toleraba el más mínimo error. Más tarde, continuaron mis vínculos literarios con mi tocayo a través del periódico "Vocero estudiantil", editado en el mimeógrafo del Santo Tomás con la entusiasta colaboración de Pacho, Octavio Hernández, Virgilio Palacio y el profesor Rogelio Espinal, y en el que mi seudónimo con el que escribía era: Neptuniano, hasta cuando por emular al nadaísta Jaime Jaramillo Escobar, que escribió en el magazín de lecturas dominicales de El Espectador un poema titulado "X-504 ha muerto", decidí morir para el periódico, y escribí un artículo en el que renunciaba a él. El pretexto fue un artículo de Octavio sobre mi persona en sus apostillas. "Ataques de importancia que se da la gente", escribió en el "Vocero Estudiantil", el gran poeta Javier Castaño Marín", frase que tomé para mí.

En esos días toqué fondo en mi escepticismo existencial y me fui a terminar el bachillerato en Cartago. Cuando volví al año siguiente a Apía al Santo Tomás, gracias a la intercesión ante don Gabriel Rojas de mi tío, el padre Naranjo, hubo un libro que le prestó Pacho Alzate a mi hermano Víctor Manuel que marcó el nuevo rumbo de mi existencia: "El hombre mediocre", del argentino José Ingenieros, en el que el autor habla de la importancia de formarse un ideal moral: el amor, la verdad o la belleza, y salirse de la mediocridad del rebaño para seguir la senda de los genios, los santos y los héroes. Decidí continuar mi búsqueda de la verdad. En ese tiempo, mi tocayo, estaba muy influenciado por el existencialismo ateo de Albert Camus y enfatizaba en una frase de este gran filósofo francés: "Se puede llegar a ser santo sin Dios". Más tarde, el centro de estudios que dirigía Pacho se convirtió en un semillero de marxistas, en el que leíamos, contagiados por el sarampión revolucionario, el materialismo dialéctico e histórico que predicaba Carlos Marx. Pero cuando estaba terminando mi bachillerato hice algo que contradecía mis ideales de perfección espiritual, pecados de adolescente, y fue tanto mi remordimiento y culpabilidad que atenté contra mi vida. En mi convalecencia decidí dedicarme de lleno a mi búsqueda de la verdad, que para mí estaba en el amor. Cuando le solicité a Pacho mi reingreso al Centro de Estudios Marxistas, me advirtió que mi intento de suicidio podía dar una mala imagen del grupo, sin embargo, me aceptó. Curiosamente del centro de estudios marxistas surgió un grupo gnóstico en Apía.

Cada semana Pacho traía un conferencista de la capital para nuestro adoctrinamiento, pero se le coló alguien, Luis Carlos Grajales, que comenzó diciendo: "La revolución de la que les vengo a hablar no es contra nadie sino contra nosotros mismos, contra nuestros condicionamientos psicológicos y sociales, una revolución interior". Como uno de los integrantes del grupo era don Miguel Álvarez, padre de Gustavo Álvarez Ferreros, Tipo, y don Miguel había leído libros de Samael Aun Weor, fundador del Movimiento Gnóstico,

interrumpió al conferencista con la siguiente frase: –¿Cómo, cómo, cómo?... Eso que usted dice me huele como a gnosis. Fue tan grande la sorpresa que nunca vi reír tanto a Pacho en la vida. Lo cierto del caso es que don Miguel y mi persona desertamos del grupo marxista y organizamos con Luis Carlos un centro del Movimiento Gnóstico, en el que milité durante varios años hasta cuando llegué al convencimiento de que para practicar el amor no necesito militar en un grupo, basta irradiarlo en la cotidianidad. En dichos años continuaron mis relaciones literarias con Pacho a través de periódicos como “El Yunque”, “La Fragua” “El Cóndor” y “Proyección Siglo XXI”, él como editor y mi persona como jefe de redacción y articulista. Aunque, a decir verdad, en “El Cóndor” Pacho era el que se metía la mano al bolsillo para su sostenimiento, y yo lo vendía y conseguía publicidades para recuperar el dinero invertido, que nunca dejaba ganancias.

En mis relaciones periodísticas con mi tocayo hubo momentos en que llegamos a disentir respecto a asuntos ideológicos, como cuando estábamos redactando juntos un texto sobre la orientación de un periódico y Pacho, que en esa época estaba influenciado por la ideología marxista, escribió que no había un ser superior al hombre a lo que le repliqué: “¿Y dónde queda Dios?”... Más tarde, no recuerdo si fue en el periódico “El Yunque” o “La Fragua”, Guillermo Gamba me dijo que no estaba de acuerdo con la orientación marxista que le parecía estaba dando Pacho al periódico, y que escribiéramos artículos exponiendo nuestras opiniones al respecto. De donde surgieron mis “Cartas a un marxista”, en las que le decía que mientras no destruyamos de nosotros el egoísmo no será posible un verdadero socialismo, sino que habrá solo un cambio de explotación del hombre por el hombre, pasaremos de un capitalismo salvaje a un capitalismo de Estado, como ha sucedido en los regímenes socialistas del mundo. A lo que me respondió que lo desanimaba un poco palpar mi olvido de las tesis fundamentales de la doctrina marxista que había estudiado.

Por ello me causó mucha extrañeza ver que de un momento a otro comenzó a militar en un partido de derecha, a mencionar a Dios, ir a misa y rezar el rosario. Luego de su muerte le pregunté a Fabio Alzate, su hermano, sobre ese cambio tan radical en Francisco. A lo que Fabio me dijo que luego de que Pacho estuvo en Rusia, becado para estudiar, no volvió a hablar de marxismo. Además pudo influir en él la orientación espiritual de la fe bahaí, que se fundamenta en la unidad de Dios, de la humanidad, de la religión y en el servicio a través de la ciencia y la educación, a la que pertenecía el físico Farzam Arbab, promotor del bachillerato Rural, uno de los frentes comunitarios que lideró Pacho. Recuerdo que hace algunos años me recomendó la lectura del libro “Ligero de equipaje”, del jesuita Carlos G. Vallés, discípulo del jesuita brasileño Anthony de Mello, autor de varios libros, entre ellos “Una llamada al amor”, en los que hermana orientaciones espirituales de la India con la doctrina católica. Y coincidimos en nuestras opiniones, pues Anthony de Melo bebió de la sabiduría del hindú Krishnamurti, uno de mis autores predilectos, quien afirma que para llegar al amor, base de un auténtico cambio, hay que vigilar constantemente nuestro ego, con sus condicionamientos psicológicos y sociales, sin condenarlos ni justificarlos, a través de la autoobservación psicológica, siendo conscientes del daño que nos causan. Y Fabio me dijo algo que resume magistralmente lo que fue la existencia de Francisco Javier Alzate Vallejo:

“Pacho siempre fue un cura, desde su época de seminarista. Volvió a ser lo que era”. De ahí su perseverante humanismo y entrega a causas de gran impacto comunitario como el desarrollo del campo, el Bachillerato en Bienestar Rural, la economía solidaria, el progreso cultural de nuestro Corazón del viento, que tiene tanto que agradecerle. Llegó a la convicción, lejos de sus ideales románticos de la juventud, de que hay que cambiar el mundo, pero desde nuestro entorno, desde nuestra aldea, de lo propio, de lo endógeno.

Y hablando de franciscos, El papa Francisco emplea una metáfora que me parece muy apropiada: “El verdadero pastor debe oler a oveja”, por referirse en el caso del sacerdocio a no ser un cura de misa y olla, sino proyectarse a la comunidad, empaparse de sus problemas. En cuanto a Pacho, sabemos que no fue un intelectual de escritorio sino un extraordinario gestor cultural que olía a oveja.

Las últimas veces que lo vi, en vísperas de su muerte, pude percibir en sus nudillos cómo estaban deteriorados por sus quebrantos de salud, y me acordé de unos versos de su magistral poesía “Poema inconcluso para el tiempo”:

“Del tiempo, solo sé
su socavada estructura
de ausencia y olvido en los seres;
en mí por lo menos;
en esta argamasa que ha dejado
su dura tempestad inútil...”.

Lo que no sabía era que muy pronto se iban a cumplir los versos que les siguen:

“Sólo sé que descarga
sobre la voz su peso inmaterial
y la va apagando;
va llenando de tragedia las palabras.
Que es en su forma justa,
el invisible camino hacia la muerte,
que en sus recodos nos está esperando.

Me parece que el gran poeta uruguayo Mario Benedetti dijo algo con lo cual estoy muy de acuerdo: no debemos acongojarnos por la partida de un ser amado, ya que de él queda lo más importante: el amor. Continuemos con ese maravilloso legado de amor que nos dejó el maestro Francisco Javier Alzate Vallejo, impulsando la economía solidaria, el Bachillerato en Bienestar social, el progreso económico, cultural y espiritual de nuestro amado Apía. Que “El Cóndor” renazca cual el fénix y vuele como nuestros parapentistas, en los que se cumple literalmente que los hijos del Corazón del viento se remontan hacia los cielos. Volemos cada vez más alto en las alas del amor, del arte, de la lectoescritura, del periodismo, de los centros y grupos literarios, raíces de nuestra identidad en las letras.

Por último quiero concluir esta remembranza a la que titulé “Del Amor y el tiempo”, sobre mi relación literaria y filosófica con mi maestro Pacho, quien me

orientó sabiamente en el arte de escribir, con un soneto que le dediqué en el homenaje que se le tributó en la velación de su cuerpo en los salones del Club Tucarama:

Del amor y el tiempo

“Del tiempo solo sé olvido y ausencia”,
cantó un quijote en sabia poesía,
teñida en sin igual melancolía;
y que refleja, mustia, a la existencia.

Sin embargo, poeta, harás presencia,
pese a la Parca, que tronchó tu día,
pese al destino con su huella fría,
con tu fecunda y bondadosa esencia.

Vivirás, pese al cierzo y el olvido,
porque el amor, su fruto y gratitud,
no es constructor de nuestra propia ruina.

Y en las almas, cual fénix, hace nido,
colmándolas de paz e infinitud.
¡Él vence al tiempo con su luz divina!

¡Muchas gracias!

Amor propio, ¿virtud o defecto?...



“Fenix”, Manuel Castelín

Se dice que debemos amarnos a nosotros mismos, fundamento de la autoestima, inclusive se enseña que los principales mandamientos de la ley de Dios son: “Amar a Dios y al prójimo como a nosotros mismos”. Pero, por otra parte, algunos sostienen que el amor propio es el fundamento del orgullo, del ego. Algo negativo que debemos trascender para amar realmente.

¿Cuál sería, entonces, el correcto significado del amor a sí mismo?...

Primero que todo habría que definir: ¿qué es el amor?, ¿qué es el sí mismo?...

Si el amor es un sentimiento desprovisto de egoísmo y el sí mismo es el ego, el yo psicológico con sus múltiples defectos, como el odio y la ambición, se caería en una contradicción al hablar del amor a sí mismo.

Para dilucidar esta cuestión me parece que se hace necesario aclarar que en el ser humano coexisten el ego, con sus temores infundados, fobias, orgullos, iras, envidias, fanatismos, prejuicios, y la esencia que lo mueve al amor fraterno, a la compasión. Algunos le dan a este término un significado religioso, espiritual. Por mi parte denomino esencia a lo esencial para la sana convivencia de nuestra especie, de la gran familia humana. Y en ella incluyo también nuestras virtudes, talentos, nuestra vocación. Lo cierto del caso es que en nosotros batallan las luces y las sombras. Si el amor a nosotros mismos es identificarnos con nuestras tinieblas estaríamos propiciando la involución, la degeneración, la destrucción, pero si se entiende como amor propio el que debemos sentir hacia lo más noble de nosotros: el amor fraterno, nuestros dones y virtudes, estaríamos propiciando una sana autoestima y no una basada en nuestro orgullo o ego, que causa tanta desarmonía y dolor.

No se amaría a sí mismo quien es esclavo de sus vicios, defectos psicológicos, fanatismos y prejuicios. El amor a sí mismo sería cultivar en nosotros lo más digno, lo más noble desde el punto de vista humano. De lo contrario estaríamos cayendo en las tinieblas del ego. Algunos podrían objetar que las tinieblas son necesarias para llegar a la luz, de los errores se aprende, el bien y el mal no existen, que las tinieblas son otra forma de la luz. Lo cierto es que si queremos trascender lo que llamamos tinieblas, si anhelamos cultivar el amor a nosotros mismos, corregir nuestros errores, habría que vigilar nuestro propio ego a través de una autoobservación psicológica constante y objetiva, para no ser víctimas de él. Si justificamos nuestros errores estos persistirán y si los condenamos estaríamos cayendo en la trampa de un ego perfeccionista que nos haría sentir culpables, angustiados, temerosos, desanimados y que nos haría rodar. Algo muy diferente es sentir remordimiento, verdadero arrepentimiento por el sufrimiento que hemos causado, y que propicia cambios positivos, pero este sentimiento me parece que nace espontáneamente de la esencia.

Para este arduo y gratificante proceso de amarnos a nosotros mismos podríamos recurrir a fuerzas superiores de nuestra esencia que algunos identifican con Dios y otros con nuestra Supraconciencia. Amarnos a nosotros mismos sería trascender nuestro propio ego.

En el campo de batalla

(Primer Premio en el VIII Certamen Literario de Poesía "Lluvia de letras" convocado por la editorial española Letras Como Espada, 17 de mayo de 2022, por lo que figura en la antología "La calle"9

Soy un soldado en campo de batalla.
Vigilo día y noche a mi enemigo.
Aunque quisiera amarlo y ser su amigo
debo cuidarme de su cruel metralla.

Es arsenal de odio, un vil canalla.
Siembra cizaña que devora al trigo.
Reconciliarme, en paz, no lo consigo.
Su proceder artero me avasalla.

En mi inconsciente tiene su guarida.
Para vencerlo urjo vigilarlo,
y cultivar amor y desapego.

Si me descuido arruinará mi vida.
Estoy alerta para doblegarlo.
¡Ese enemigo pérfido es el ego!

29 de marzo de 2023

El chat GPT y el soneto



El chat GPT y el soneto

El 21 de marzo, propuesto por la UNESCO como Día Mundial de la Poesía, decidí interrumpir mi receso en mi creatividad poética y publiqué en Facebook mi poema “Las fauces de la guerra”, el cual tuvo gran acogida en mis lectores (no me gusta emplear la palabra seguidores). Lo que me motivó a replantear mi actitud hacia la poesía. Había interrumpido mi proceso de escribir tratando de practicar lo que expresé no hace mucho: cuando vea que no soy consecuente en mis actos con lo que escribo, que en el caso mío es poetizar sobre el amor fraterno, dejaré de versificar. No quiero ser un hipócrita. Para quien tiene el don de la poesía, cultive la disciplina necesaria y conozca las técnicas es relativamente fácil hacer un bello poema que cante al amor universal. Lo difícil es practicarlo con los demás en la cotidianidad.

En el caso mío me apasiona tanto la poesía que cuando escribo un poema se convierte en un alumbramiento: primero surge en mi conciencia el embrión o idea esencial de su temática que ronda inmisericorde por mi imaginación creadora con palabras, metáforas y figuras literarias. Y cuando las plasmo o digitalizo viene el arduo proceso de pulir y repulir y los dolores del parto, que pueden durar horas, días y hasta meses o años. Lo que implica dedicarles tiempo y esfuerzo. Me obsesiono hasta tal punto que me contrarío con los

seres amados cuando me interrumpen, así sea que esté escribiendo un hermoso poema de amor, ¡qué contradicción!

Recuerdo un famoso poeta que decía que su esposa era un estorbo para su inspiración y a una eminente escritora que afirmaba que para ella eran más importantes los personajes de sus novelas que los de la vida real, ¡qué horror! No quiero caer en el extremo de “Odiar el universo, sacrificar un mundo para pulir un verso”, como poetizaba el maestro Guillermo Valencia. Para mí un acto de amor, el más sencillo, es más bello que todas las palabras. Amar el universo. Sacrificar un verso para pulir un mundo.

He vivenciado en mí varias motivaciones para escribir: el ego, con su temor y su ambición, que busca sobresalir, reconocimiento, fama, se dice que los artistas y escritores tenemos un ego muy fuerte, otra es la gratitud con la familia, los amigos, la patria, quienes se sienten identificados con mis textos, poemas, premios literarios. Y la que considero más importante: conmover, estremecer al lector, despertar una vibración de amor, embellecer la existencia con el arte.

Siento que no necesito ya demostrar el alcance de los versos de mi musa, sus aciertos y errores; y que, aunque me siento en deuda con mi familia, mi pueblo natal, los he alegrado profusamente con mis triunfos en concursos literarios. Si escribo que no sea por las urgencias de sobresalir o por cumplir un compromiso, sino porque nazca de mi esencia y para la esencia. Aunque, como vivimos en un mundo material, no me caería mal un dinerillo que gane en algún concurso para compartirlo con mi familia.

Precisamente con ese fin participé en el reciente concurso de “El mejor poema del mundo”, de la editorial Jovellanos, con el poema “Las fauces de la guerra”, y de nuevo no clasifiqué. Ganó el español Jorge Varela con su poema “Posibilidad de la IA”, que alude a la inteligencia artificial y su capacidad de crear poemas. Me gustaron los versos con los que finaliza su cuestionamiento:

“... Habría que dotarlas de un ideal, de la chispa que enciende el deseo de ser más unido a la clara conciencia de ser menos o nada; hacer que en sus entrañas de silicio latiera la ensoñación, el delirio, la visión imborrable de un destello de vida en el ojo amado.

Habría que lograr que esas tontas cajas de electrodos soportaran la angustia de estar solas en un mundo indiferente al dolor.

Y en esa lucidez hacer nacer de su interior el orgullo de ser inexplicables”.

Decía Borges respecto a la inteligencia artificial y la poesía: “La poesía cibernética es una hipótesis melancólica. La literatura no es un juego combinatorio. Si no está respaldado por la emoción, el texto carece de valor”.

Hace años en uno de mis primeros libros escribí:

Robots estetas

Hoy hay computadores que componen

música, versos, cantos y poemas,
trabajan con sistemas y programas,
son los hijos prodigios de la técnica.
¿Serán por ello músicos o artistas?
¡No!, creador es quien siente la belleza.
¡Cuántos hay que componen como máquinas
y se arrogan el nombre de poetas!

No hace días salió la más reciente versión de la inteligencia artificial: el chat GPT, y mi hermano Rubén Darío, a quien agradezco motivarme en mis inicios a escribir sonetos, me envió un mensaje en el que me decía que alguien accedió a este programa y le pidió que escribiera una balada de rock-country, con acordes de piano acompañantes, sobre amar a alguien que tiene una creencia política diferente. El chat GPT le respondió con un poema cuyo coro dice:

“Amar a alguien que está del otro lado
puede ser difícil, pero lo tomaremos con calma.
No dejaremos que la política nos desgarre.
Nuestro amor es más grande que cualquier corazón rojo o azul”.

Versos libres que no me parecen tan prosaicos como los muchos que he leído. Lo que me motivó a decirle a Rubén Darío que le pidiera al chat GPT que creara un soneto de amor que nadie hubiera hecho. Lo sometí a lo que algunos consideran la máxima prueba para un poeta: hacer un buen soneto, con su rima, métrica, ritmo, figuras literarias y mensaje. Y el chat solo se limitó en forma evasiva a dar unos enlaces para acceder a información de instructores sobre cómo es la exigente estructura de dicha expresión poética. Lo que afianzó mi convicción de que las máquinas no reemplazarán totalmente al hombre y de que el soneto es uno de los más bellos testimonios de ello. Por lo que seguiré escribiendo sonetos, eso sí sin las urgencias del ego y tratando de ser consecuente con lo que expreso en uno de mis poemas inspirados en el misticismo cristiano:

Receta para hacer poesía

“... No quiero de la sacra poesía
hacer programas de computador,
preceptivas, retóricas, escuelas
o talleres que enseñen creación.
Vale la pena, oh, Cristo, ser poeta
si quien me inspira es tu divino amor.
Si a través de mis versos y cantares
te expresas, Cristo, con perenne voz...”.

Para precisar los alcances del Chat GPT le pedí a mi hermano Rubén Darío que le pidiera un soneto sobre la belleza y que todos los versos fueran de once sílabas con acentos en la sexta sílaba y con rimas consonantes. Y en menos de un minuto le respondió:

"Claro, estaré encantado de ayudarte a editar tu soneto sobre la belleza. Aquí te presento una posible versión del soneto con los requisitos que solicitaste:

La belleza, cual luz de primavera,
ilumina el camino del amor,
y es fuente de dicha verdadera
que satisface el alma con fulgor.

En su presencia el mundo se embellece,
y se alegra la mente y el corazón,
y su esplendor jamás se desvanece,
pues es eterna como el sol al pon.

La belleza es la fuente de la vida,
es la luz que guía al ser humano,
y es la llama que nunca se extingue.

Que nunca se olvide de su guarida,
y que siempre sea el más noble arcano,
que en cada ser y cosa se distingue.

Espero que esta versión cumpla con lo que buscabas. Si necesitas algún cambio o ajuste, por favor házmelo saber. Interesantísimo, muchas gracias".

Soneto en el que aunque hay versos que no se sujetan a la métrica y ritmo propuestos no deja de sorprenderme. Solo me resta maravillarme ante esta otra maravillosa creación humana: la inteligencia artificial.

La musa y el chat GPT

Pedí a la inteligencia artificial
que a la belleza hiciera un gran soneto.
Ingenuo, suponía que este reto
para el Chat GPT sería fatal.

En los cuartetos no le fue tan mal,
ni en las rimas, la métrica y tercetos
que pusieron mi dudas en aprietos,
e hirieron mi soberbia, cual puñal.

Al leer su admirable creación,
sus figuras, su ritmo y contenido,
me ensombreció una cruel preocupación:

¿se extinguirá la musa entre el olvido?...
¿Mas no canta en el chat un corazón
humano entre los versos escondido?

Septiembre de 2024

Caminando con mi hermano

Para sobrellevar mi luto estoy saliendo con mi hermano Carlos Fernando a caminar por El Pinar y el Parque Municipal Natural Agualinda. Recorrido en el que compartimos nuestras experiencias de vida y fortificamos nuestros lazos familiares.

Hablamos de lo divino y de lo humano, pero sin dejar de observar y deleitarnos con el paisaje circundante. Porque me parece que de eso se trata la vida: vivir el aquí y el ahora, libres de apegos lacerantes. Observar el ambiente que nos rodea y también nuestras reacciones ante él sin justificaciones ni condenaciones, para que vibre triunfante el amor que nos unifica a todos.

Aprendí que llevar, a mi edad, bastones rústicos de palos de café ayudan mucho para no tropezar y ahuyentar perros agresivos. Literalmente, aunque metafóricamente esos bastones simbolizan practicar nuestra vocación, el arte, la poesía para sobrellevar la angustia existencial y ahuyentar las fieras de la depresión y la tristeza.

Caminando con mi hermano

“Se hace camino al andar”,
enseñó un insigne bardo.
Otro poeta cantó:
“No hay camino negro o blanco”.
Y mi musa en su guitarra,
entonó un fraterno canto:
“La senda se torna alegre
caminando con mi hermano”.

Con él aprendo a sortear
precipicios, mil obstáculos.
Me levanta en las caídas
con su generosa mano.
Y me aliviana las cargas
cuando me agobian los fardos.
Hieren menos las espinas
cuando me monta su brazo.

Mi gozo es mayor con él
cuando vibran los ocasos.
Con él comparto enseñanzas
de poetas y de sabios.
Y también las de las sombras.
“No hay camino negro o blanco”.
La senda se torna alegre
caminando con mi hermano.



Imagen tomada de Internet: "Peregrinos en el camino de Santiago"

Caminando con mi hermano 2

Que las piedras del camino,
en las que nos tropezamos,
nos despiertan, aprendí
caminando con mi hermano.
"No hay camino blanco o negro,
solo hay camino y paso",
como cantó un gran poeta,
en su "Cisne cuello blanco".

Aludiendo a la canción interpretada por el cantautor panameño Basilio, continúo mi aprendizaje en este arduo, pero maravilloso aprendizaje en la senda de la existencia.

Ahora que estoy aprendiendo una de las más dolorosas lecciones: la del desapego, en la que he leído y escuchado orientaciones sobre cómo superarlo, me llamó la atención lo que propone la tanatóloga Gaby en su ABC para comenzar un duelo.

Lo primero decidir: "A mí esto no me va a destruir sino que me va construir en una mejor persona". Lo segundo, decir: "Yo lo puedo todo, pero no lo puedo solo". Sobre esta segunda enseñanza, considero muy importante los testimonios orales o escritos de personas que han superado este proceso, hay abundancia de textos o videos sobre dicho tema. Inclusive si se necesita la ayuda de un profesional, hacerlo. Cada cual procesa su duelo en forma particular. Para los que tenemos un soporte espiritual es muy importante la oración o la meditación. A Los ateos o agnósticos podrían servirles lo que dicen los sicólogos o los temas relacionados con la resiliencia mental. O refugiarse en actividades lúdicas, vocacionales o artísticas.

En cuanto al tercer aspecto para superar el duelo, que propone Gaby: "Te vas a convertir en el guardián de tus pensamientos, porque el verdadero agresor en un duelo son tus pensamientos", considero que es de suma importancia. Solo así, autoobservándonos, sin justificaciones ni condenaciones, nos daremos cuenta de cuáles pensamientos son los que disparan nuestra angustia en un duelo: culpabilidades, recuerdos tristes, sentimientos compasivos o de impotencia, ideas de suicidio, etc. Inclusive algunos sicólogos recomiendan la práctica constante de la autoobservación como una técnica efectiva para trascender fobias o defectos psicológicos.

Y volviendo a Basilio:

"No hay sendero negro ni llano blanco,
hay solamente sendero y llano".

Imagen tomada de Internet



Caminando con mi hermano 3

Si en el camino te caes
no te lamentes en vano,
mira bien por qué caíste,
la caída te hace sabio.
Sacude el polvo y prosigue
por la ruta con tu canto.
Esta lección recordé
caminando con mi hermano.

Fraternal saludo, siguiendo la secuencia del camino para superar un duelo, me parece muy importante en la vigilancia de nuestra propia mente, para no identificarnos con pensamientos negativos que disparen la ansiedad, como recuerdos de enfermedades, agonías o muertes, transformarlos pensando en cosas positivas, ser conscientes de que los seres queridos que partieron trascendieron a un plano de luz o de no sufrimiento.

La angustia de un duelo proviene de nuestro ego y de su apego y no de la esencia. De esta destella el amor que es gozo en la libertad, dicen algunos psicólogos.

Les comparto un mensaje que me envió mi amiga, la laureada poeta uruguaya Delia Esther Fernández, respecto a este tema:
Buenos días, Francisco. Está bien que hagas todo lo que te sirva de catarsis: escribir, contar cómo te sientes, lo que haces, en fin lo que te alivie.
En cuanto al ego, el día que dejes de mencionarlo y preocuparte, ese día habrás comenzado a vencerlo. Nunca lo harás definitivamente porque a todos nos afecta, en cualquier actividad que emprendamos. Pero nos gobierna cuando se transforma en casi una obsesión.
Y recuerda que eres dueño de tus sentimientos y de cómo reaccionas ante ellos. "Cada uno es cada uno, cada uno uno es." Estás transitando, como lo hacemos todos, las distintas etapas del duelo ya previstas por la psicología. No eres el único y trata de no ser una carga para tus hijos que también estarán pasando lo suyo.



Consagración a la Divina Madre

Cuando conocí a mi esposa sacerdotisa (q. e p. d.) hace cincuenta años era devoto a la Divina Madre. Y en esto influyó mucho mi educación católica y el conocimiento de la gnosis. En el transcurso de mi existencia, en momentos muy difíciles, he recibido ayuda efectiva de la Santísima Virgen, a través de mis súplicas y oraciones. Ahora siento que solo ella, que es puro amor, llenará mi gran vacío y sanará mi corazón.

Consagración a la Divina Madre

Madre Divina, en toda noche oscura
eres la luz que con amor me guía.
Mi pobre alma en soledad sufría
y la colmaste con tu esencia pura.

Me prodigaste sin igual ternura
que mitigó mi sitibunda vía.
Fiel, me concedes lumbre y alegría.
Eres fontana de sin par dulzura.

Reina del Cielo, Sacrosanta Madre,
no me abandones o estaré perdido.
Sé, Tú, mi faro, Luna y mi lucero.

Eres la luz que me conduce al Padre.
¡Dame tu gracia!, con fervor te pido.
¡Y que tu manto abrigue mi sendero!



Caminando con mi hermano 4

Cierta vez en hosca senda,
caminando con mi hermano,
entre zarzas y hondonadas
con temor nos extraviamos.
Si te pierdes, busca un norte,
y prosigue con tu canto.
Caminante sí hay camino,
es la huella de tu paso.

Un amigo me agradeció las reflexiones sobre cómo superar un duelo, que he hecho en estos textos de “Caminando con mi hermano”, pero me aclaró que nada le ha servido para mitigar su dolor.

También estoy en este arduo proceso de superar el apego, que lo tenemos tan arraigado en nuestra naturaleza humana como un mecanismo de supervivencia de la especie. Y que comienza cuando nos identificamos con nuestros padres o con una figura protectora. Me consuela lo que me han dicho varios amigos que han pasado por un duelo: “El tiempo es el mejor amigo”. Un creyente diría, más bien, que Dios es el mejor amigo. Cada cual debe encontrar su camino para procesar el duelo y así no caer en depresiones, ansiedades o ideas suicidas.

Cuando me siento agobiado empleo un mecanismo natural muy efectivo para desahogarnos: las lágrimas. Como dice el cantautor Julio Jaramillo en “Lamparilla”: “Son las lágrimas jugo misterioso para calmar las penas de este mundo”.

Estoy a la expectativa de un libro muy recomendado para superar el duelo “De mí para mí”, que me va a obsequiar mi hija Alexandra. No sé si tenga la fórmula mágica para superar un duelo, pero puede que me dé orientaciones para encontrar mi propio camino.

Imagen tomada de Internet



Caminando con mi hermano

“Se hace camino al andar”,
enseñó un insigne bardo.
Otro poeta cantó:
“Solo hay camino y paso”.
Y mi musa en su guitarra,
entonó un fraterno canto:
“La senda se torna alegre
caminando con mi hermano”.
Con él aprendo a sortear
precipicios, mil obstáculos.
Me levanta en las caídas
con su generosa mano.
Y me aliviana las cargas
cuando me agobian los fardos.
Hieren menos las espinas
cuando me monta su brazo.
Mi gozo es mayor con él
cuando vibran los ocasos.
La senda se torna alegre
caminando con mi hermano.

Que las piedras del camino,
en las que nos tropezamos,
nos despiertan, aprendí
caminando con mi hermano.
Si en el camino te caes
no te lamentes en vano,
mira bien por qué caíste,
la caída te hace sabio.
Sacude el polvo y prosigue
por la ruta con tu canto.
Cierta vez en hosca senda,
caminando con mi hermano,
entre zarzas y hondonadas
con temor nos extraviarnos.
Si te pierdes, busca un norte,
y prosigue con tu canto.
Caminante sí hay camino,
es la huella de tu paso.

Despertando flores en los corazones

Cierta vez en el sendero,
caminando con mi hermano,
me encontré, ya adulto, a un niño
al que había maltratado.
No me quiso saludar.
El rencor guiaba sus pasos.
Lo detuve y muy contrito
le pedí perdón, llorando.

Como un niño me miró
con el corazón, ya sano.
Me tendió su mano amiga
y nos dimos un abrazo.
Caminante, aplasta el odio,
la venganza y los agravios.
En la senda de la vida
el perdón es un descanso.

Hace muchos años, cuando estaba en el magisterio en la educación primaria, cometí un gravísimo error del cual estoy muy arrepentido: maltraté a un alumno. Y fue tanta la vergüenza que por poco renuncié a la docencia. No era mi conducta habitual ser violento con mis estudiantes, la inmensa mayoría de ellos me recuerdan con agrado. Inclusive mis colegas afirmaban que yo no era una madre con los niños sino una abuela.

Ese día perdí el control. Y aunque le pedí perdón al niño, él creció con rencor hacia mí. Los traumas de la niñez no se olvidan fácilmente. En su adultez, ya convertido en un próspero empresario, me mortificaba ver que no me saludaba, y en cierta ocasión le volví a pedir perdón. Afortunadamente, se sobrepuso y me perdonó. Luego del abrazo de reconciliación me presentó a su hijita, a la que le regalé un libro de literatura infantil en la que figuré como coautor: "Despertando flores en los corazones". Precisamente, en uno de sus poemas aparece la siguiente estrofa:

Qué tan bello es sonreír,
ser amigo y perdonar.

Esto lo digo, ahora que se habla tanto de paz y de rumores de guerras, convencido de que es con acciones sencillas, cotidianas, como podemos contribuir a despertar la paz. Ya que no está a nuestro alcance lograrla en el mundo entero, por lo menos realicémosla en nuestro entorno o con nosotros mismos, vigilando nuestro ego, y prodigando conscientemente la rosa del perdón en nuestros familiares, vecinos y paisanos.

Les comparto el enlace del libro, editado en Huellas Antológicas gracias a la generosidad de la poeta y gestora literaria Ahikza Adriana Acosta Pinilla.

Hermana Muerte

El apego nos hace ver la muerte como nuestra peor enemiga, pues se lleva nuestros seres más queridos; pero, en realidad, gracias a ella todo se renueva y se abren nuevos procesos de aprendizaje. Recordemos que "Si el grano de trigo no muere, queda él solo, pero si muere da mucho fruto" (Jn 12, 23-24). Muerte y vida se encuentran indisolublemente unidas. La muerte es otra forma de la vida. San Francisco de Asís llamaba a la muerte: Hermana Muerte.

¡Oh, Muerte, muere!
Francisco Javier López Naranjo, Apía

Hermana Muerte, arroja tu antifaz,
gracias a ti se torna en luz la vida,
pese al dolor que mana de tu herida
al fin nos traes la perpetua paz.

Pero el apego, triste y pertinaz,
no acepta tu guadaña, la partida
de amados seres, hoy en tu guarida;
y más se aferra al duelo contumaz.

No nace el fruto sin morir la flor,
ni el sol alumbra sin morir la noche.
Devela todo tu esplendor, oh, Muerte.

Muera mi ego y nazca en mí el amor.
Muera también el fúnebre reproche.
¡Y que te abrace en mi agonía al verte!

Imagen tomada de Internet: "Vida y muerte, el equilibrio de los opuestos"



El chisme

“Pueblo pequeño, infierno grande”, dice el refrán. Hay quien afirma que el obelisco en forma de lima que hay en el parque de mi patria chica es para limarle la lengua a los chismosos del pueblo. Lo cierto es que el chisme es una costumbre mundial.

Recuerdo que hace años salió el chisme de que me había muerto, casi me muero de la risa al escucharlo.

Para variar un poco la temática del duelo que he venido abordando, y como terapia, les comparto este cuasisoneto, de mi autoría, al chisme.

El chisme

Según la ciencia, el chisme es necesario
como estrategia de supervivencia.
Dizque para que haya convivencia
se necesita el verbo lapidario.

Leí que hay quienes cobran un salario
por propagar los chismes con urgencia;
otros, rayando casi en la demencia,
lo hacen gratis en el vecindario.

“La lengua incendia, cruel, la Creación”,
dice la Biblia, es órgano malsano.
Aunque es pequeño causa inmenso enojo.

Y seguirá vigente esta lección:
“¿Por qué miras la paja de tu hermano
y no la viga de tu propio ojo?”.

Imagen tomada de Internet: "Lengua de fuego", fotografía de stock



Amor de mis amores

En la estatua de María,
caminando con mi hermano,
ofrendamos nuestras almas
a la Virgen del Rosario.

La comunidad católica de mi pueblo Apía, Risaralda, Colombia, tiene como patrona a Nuestra Señora del Rosario, cuya devoción cumplió en el día de ayer, 7 de septiembre, 120 años.

En dicho día caminé con mi hermano, el maestro Carlos Fernando, al cercano sector rural del Muñeco, donde hay una imagen de la Virgen al lado de la carretera. Allí le oramos a la Madre Divina por nuestras intenciones y por la paz del mundo. Y escuchamos la canción "Puerto y perdón", un llamado de la Madre Divina al alma humana. Cuyo enlace comparto.

<https://youtu.be/rJk20RcLHPk?si=APaWKGij2cKigZQU>

En el día de hoy le escribí el siguiente soneto:

Amor de mis amores

Madre Divina, Virgen amorosa,
que seas el amor de mis amores.
Que las virtudes, cual fragantes flores,
me aromen por tu gracia deleitosa.

Que seas, Tú, mi más fragante rosa,
la reina a la que honran mis loores,
mi estrella que prodiga resplandores,
mi fuente celestial y dadivosa.

Ayúdame en la senda hacia el Calvario.
Llora conmigo cuando esté en mi cruz.
Abrígame, en tu manto, Virgen Madre.

Que en noche oscura o día funerario
me colmes con tu amor y con tu luz,
¡y fundas a mi alma con El Padre!



Frecuentemente aparecen mensajes de personas que publican oraciones a nombre de una creencia religiosa, y que presionan subirlas al facebook para no avergonzarse de Dios. En mi opinión, la oración más sincera es la que nace del íntimo fervor del alma, libre del temor o el fanatismo. Soy un convencido del poder de la oración, doy fe de sus resultados positivos en mi existencia. Bienvenida toda oración que eleve el espíritu y contribuya a hacer un mundo mejor.

La más auténtica oración

Francisco Javier López Naranjo, Apía, Risaralda, Colombia

No te concibo, Dios, oh, Amor eterno,
como un verdugo de la especie humana.
Eres la Luz que a todos nos hermana
en unidad y espíritu fraterno.

No te concibo autor de un cruel infierno
donde por siempre pena el alma insana.
Eres remanso que a la angustia sana,
la compasión con su cobijo tierno.

Que el testimonio fiel de tu existencia
sea sentir que en nuestro corazón,
tu onmiamoroso ser hace presencia,

sin las mentiras de la infiel razón.
Que nuestros actos de benevolencia
sean la más auténtica oración.

Imagen tomada de Internet: "Amor fraternal"



Blanca Luz

A raíz del viaje a la Eternidad de mi amada esposa Blanca Luz, escribí varios artículos sobre mi proceso de superación del duelo. Ahora que considero trascendida la etapa más dolorosa: la de la angustia desesperante, vuelvo a tratar dicho tema, del que había decidido no volver a hablar para no volverme monotemático. Además cada cual tiene su forma particular de procesar su duelo y a veces resultan fastidiosos los consejos y recomendaciones que se dan. “Mi tristeza es mía y nada más”, como dice la balada de Leonardo Favio. Pero no puedo ser egoísta respecto a compartir mi experiencia. Al principio del duelo, sentía una angustia muy persistente que me hacía pensar que me iba a enloquecer y que no era capaz de superarla. Me apoyé en la familia. Leí mucho y vi numerosos videos sobre cómo enfrentar el duelo, tomé valeriana, pasiflora, manzanilla, toronjil, esencias florales. Por las noches me dormía escuchando música para relajarme y reducir la ansiedad. No quería depender de medicamentos psiquiátricos.

Me refugié en la meditación y la oración. Pero estoy seguro que lo que más me ha ayudado es la observación serena y constante de mi mente para no identificarme con emociones o pensamientos negativos: recuerdos dolorosos, culpabilidades, temores, desánimos. Cuando tratan de interferir los dejo pasar y pongo mi atención únicamente en lo que estoy haciendo en ese momento, en el presente. Vivir el aquí y el ahora. Aunque esto suene a “clichés” o temas manidos. Lo mismo que el recurrir a la fuerza divina, llámesele Dios, Santísima Virgen, Espíritu Santo, Supraconciencia, Real Ser, etc. Me parece que para enfrentar un proceso tan arduo como es la superación de un duelo necesitamos de una ayuda superior llámesele como quiera.

No se trata de evadirlo o enmascararlo buscando distracciones pasajeras que crean nuevos apegos, o justificarlo pensando que es imposible de superar, sino de observar cómo se mueve en nosotros el temor, causa del apego. Gracias a Dios, en mi caso, ya considero superada la etapa más dura que es la de la angustia. Quedan los gratos y amorosos recuerdos; y, a veces, ¡oh, paradoja!, lágrimas quemantes que refrescan el alma.

Para Blanca Luz, “Rito de amor”

Rito de amor

Por encima del tiempo y la distancia
y del ego, la muerte y el dolor,
cantará victorioso nuestro amor,
florará, deleitosa, su fragancia.

Pues aromas, mirífica, en la estancia
del vergel divinal del Creador,
donde esperas, pletórica en candor,
que mi sino termine, al fin, su errancia.

Y aunque exhausto del viaje y de tu ausencia,

nuestro encuentro nupcial será un fiel rito,
al fundirse por siempre nuestra esencia.

Lanzaremos invictos aquel grito
que entonamos los dos en la existencia:
“¡Nuestro amor vivirá en el Infinito!”.



El cielo de los perros

El domingo 2 de marzo, cuando traía a mi mascota de su paseo matutino, pasé por la sede del Proyecto Cuatro Patas (P4PA) y me encontré con Luz Janeth Manrique Castaño, quien desde hace años, con su compañera María E. Toro, ha realizado una gratuita y encomiable labor en pro de la población perruna y gatuna abandonada del municipio, brindándoles refugio, alimentación y cuidados. Pero qué mejor para expresar esa vocación solidaria que sus propias palabras. Expresa Luz Janeth:

“Muchos nos critican, generalmente los que nunca ayudan. Yo nunca traeré La paz mundial, no soy médica, no podré ser una veterinaria titulada, no tengo el discurso de un político poderoso, no puedo acabar con el hambre del mundo, no soy admirada por millones, pocas personas saben mi nombre, no voy a ganar el premio Nobel, hay un montón de cosas que nunca voy a hacer o ser; pero he rescatado cantidad de perros y gatitos que han sido abandonados por personas sin sentimientos que no les importa lo que pase con ellos, sin embargo, fueron los responsables de su existencia en primer lugar. Les he encontrado hogar, ahora tienen la alegría, el amor y un lugar cálido para dormir y comer.

No soy un genio, pero he salvado criaturas del abandono y la indiferencia y eso hace la diferencia. Somos rescatistas de animales, nuestro trabajo les ayuda. Hemos comprado comida para perros y gatos con nuestro último peso. He acariciado la cabeza de sarnosos, he abrazado animales llenos de miedo y he llorado en la piel de un cuerpo sin vida.

Quiero vivir para siempre si no hay animales en el cielo, pero sé que sí hay. ¡¡¡La guerra y el abuso me duelen en el mundo!!!, pero el maltrato animal no sólo me duele, me indigna, me frustra, pues ellos son tan indefensos. Y no hay nada más gratificante que salvar una vida. “Somos rescatistas de animales”
Proyecto 4 Patas

Ahora escuchemos lo que dice María Eugenia sobre el reciente deceso de una de sus mascotas del P4PA

“Hoy es uno de esos días que sientes ese vacío y dolor que aprieta tu corazón, esa tristeza que embarga tu ser y dices: ¿Por qué?; pero también dices: ...Hice lo mejor que pude y entregué todo mi amor y cuidados por ella, nunca aceptaremos perder ninguno de nuestros bebés perrunos ni gatunos, jamás es el momento de partir, y duele como un berraco, lloras, te enojas, pero toca seguir...Hoy nuestra vieja Muñeca partió al cielo perruno, fue una despedida difícil, como todas, pero al darle las buenas noches a la 1 de la madrugada sentimos que ese era el adiós....,y así fue, ya está en ese lugar donde no hay más que felicidad y no existe el dolor...Gracias por envejecer a nuestro lado y darnos tanto amor...Te extrañaremos y recordaremos por siempre, nuestra vieja Muñeca”.

En la conversación que tuve con Luz Janeth, dicho domingo, estuvimos hablando de la castración de los perros. Le expresé que a mi perrito Beethoven no lo pienso hacer castrar por respeto a su sexualidad. No me parece ético aprovecharnos de una especie inferior en la escala biológica para disponer de su sexualidad. Sería como si unos extraterrestres mucho más avanzados que nosotros vinieran a la Tierra y nos castraran a la fuerza para controlar la superpoblación. A lo que Janeth me replicó que si no castramos o esterilizamos a los perros se seguirán presentando tantos casos lamentables de caninos abandonados, hambrientos y enfermos. Además la castración los libra del estrés, la agresividad y de ciertas enfermedades. Le dije que en este caso hay que escoger de dos males el menor. Y traté de ponerle un poco de humor a la conversación diciéndole que además albergaba la esperanza de que mi perrito me diera nietecitos.

No hace días, María Eugenia publicó en el Facebook este alarmante mensaje:

“Apenas pasando lo de Muñeca, iniciamos el día con la sorpresa que tenemos 6 meses para entregar el albergue de los peludos de P4PA, por lo que en tiempo récord hay que dar en adopción los 30 animalitos que allí viven o irán para la calle nuevamente, esto es una situación muy difícil, necesitamos ayuda para encontrarles buenos hogares o un sitio donde reubicarlos....Esperamos el apoyo de la comunidad y la Administración, ya que somos dos mujeres que luchamos por esta labor y nuestra casa no da abasto con uno más”.

Quiera el Dios de los perros, que es nuestro mismo Dios, que a quienes corresponda les brinden el apoyo necesario. No sé si exista el cielo de los perros, pero sí sé que aquí en Apía hay un edén y dos ángeles para ellos, que esperan la solidaridad de los habitantes del Corazón del viento con el fin de que el Proyecto Cuatro Patas no desaparezca y sus huéspedes perrunos no queden condenados al infierno del abandono.

¿Quién está dispuesto a adoptar un perrito o un gatico del Proyecto Cuatro Patas?

Comentarios sobre *El cielo de los perros*

El reciente texto que publiqué en Facebook sobre el cielo de los animales, relacionado con la crisis que atraviesa el Proyecto Cuatro Patas (P4PT) en Apía, despertó la inquietud de muchas personas y diversos comentarios. Publico uno jocoso del maestro Octavio Hernández Jiménez y otro muy serio de Juan David Granados, quien se autodefine como un antiespecista y sensocentrista, términos relacionados con el respeto y cuidado con las otras especies animales, sin discriminaciones. El debate queda abierto para un fraterno intercambio de opiniones sobre esta polémica temática.

Luz Janeth Manrique Castaño: Mil gracias pachito por pensar en nosotras y por resaltar nuestro trabajo y labor que hacemos en pro de los que no tienen vos, y sí que en estos momentos la estamos pasando muy mal, porque tenemos muy poco tiempo para entregar la cantidad de animalitos que allí conviven porque debemos entregar la casa. Pedimos ayuda para que la comunidad ya sea del pueblo o de las veredas, la gente se anime a darle hogar, ya sea un gatito o perrito, para que estos no terminen en la calle, ¡ayuda por favor!

Octavio Hernández Jiménez: Francisco Javier narra la gesta de un ángel perruno que ha contado con su escribano sin alas pero con una barba sampedrino que le da esa magnífica aureola con la que lo personificamos.

Juan David Granados: Saludos, Pachito, le respondo por este medio para no hacer público el debate ético que suscita su comentario en la publicación acerca de la fundación Proyecto 4 Patas, sin más preámbulo procedo con mi refutación.

Utilizas el ejemplo de una raza extraterrestre superior que viniera y nos castrara sin nuestro consentimiento; ese ejemplo que das surge de un principio válido: evitar el dominio arbitrario sobre otros seres.

Mi contraargumento: todos los días los seres humanos (agentes éticos) tomamos decisiones por otros seres (humanos y no humanos), siempre que haya un interés superior, por ejemplo: a los niños los vacunamos, elegimos su educación, elegimos su dieta aunque no puedan consentir. A las personas que de alguna manera han quedado inconscientes los médicos deciden tratamientos para salvarles las vidas. A los animales domésticos les ponen correas, les dan comida específica, o los llevamos al veterinario.

Si aceptamos éstas acciones como éticas por su bienestar ¿por qué la esterilización sería diferente? La analogía de la "raza superior" se desmorona al considerar que no actuamos por superioridad, sino por responsabilidad y cuidado.

Otro punto que se puede resaltar en su analogía es la "selectividad moral", por ejemplo: ¿Por qué la objeción ética solo surge con la esterilización y no en otros casos donde también decidimos por otros? ¿Es ético criar animales para consumo si no pueden consentir? ¿Es ético tener mascotas en los hogares, limitando su libertad natural?

Si el criterio es "no decidir por otros", muchas prácticas humanas colapsarían. Por último, terminas tu argumento diciendo que debemos elegir entre dos males el menor, y esto se conoce como el "principio del mal menor". Según esta perspectiva, se busca minimizar el daño general o maximizar el bienestar, incluso si eso implica aceptar un mal parcial para evitar uno mayor. Lo que en la práctica se traduce, en nuestro caso, que debemos ser responsables y esterilizar a los animales no humanos.

Agradezco profundamente la oportunidad de intercambiar ideas con usted, mi más sincero respeto y admiración por su trabajo y contribuciones.

Con mucho respeto: Juan David Granados

Francisco Javier López Naranjo: Respecto al planteamiento de Juan David Granados sobre la castración de los animales en el que refuta la analogía que hice de que sería como si unos extraterrestres mucho más avanzados que nosotros se sintieran con el derecho de castrarnos para evitar la superpoblación, y en el que manifiesta que la castración a los animales obedece a una actitud de responsabilidad y cuidado, espero que si llegáramos a ser invadidos por extraterrestres estos no apliquen el mismo criterio con nosotros y respeten nuestro libre albedrío. Ni, menos, tenernos como mascotas o hasta alimentarse de nuestros cuerpos como hacemos con algunos animales.

Pero aquí nos adentramos en terrenos más movedizos, hay argumentos muy serios en pro y en contra del vegetarianismo. Y habría que aplicar el principio del mal menor, al que alude Juan David. Pero la razón puede demostrar con el mismo vigor lógico una tesis y también su antítesis. Algo semejante a lo que sucede con temas como el aborto, la eutanasia y la legalización de ciertas drogas. Personalmente, con toda sinceridad, si mi cuerpo no se enfermara por dejar de comer cualquier tipo de carne, para evitar la matanza de animales, lo haría con el mayor de los gustos. Pero me asaltan las siguientes dudas: ¿cuál sería la dieta más adecuada para que mi organismo no se perjudique? Se dice que las plantas también sienten. ¿No habría que practicar la misma consideración con ellas? ¿Será que estamos condenados a la ley natural de las cadenas alimenticias de comer y ser comidos?

Para mí el principal criterio es el de la libertad. Cuando hablé con Luz Janeth, promotora con su compañera María Eugenia en Apía del loable Proyecto 4 Patas, sobre la castración de los perros, me atreví a decirle que hubiera sido mejor haber dejado libres a los animales en su entorno natural. Pero nos hemos acostumbrado a ellos y las mascotas a nosotros hasta ser dependientes. Que nuestra propia conciencia nos guíe sobre la mejor forma de proceder con nuestros hermanos los animales para que vivamos en amor y

armonía en la "Casa común". Quizás más allá de los argumentos inciertos de la razón, más allá de los temores, los apegos y los prejuicios, se encuentre la verdadera respuesta. Quizás observando nuestras reacciones psicológicas sin identificarnos con ellas, sin justificarlas ni condenarlas sea el Silencio quien hable.

Juan David Granados: Decía el escritor George Bernard Shaw: "Los animales son mis amigos y yo no me como a mis amigos. Los domingos vamos a la iglesia y oramos para tener más amor y paz y a la salida nos atiborramos de los cadáveres de nuestros hermanos".

Pachito observo en tu argumento un sesgo que se conoce como disonancia cognitiva, pues querer derechos y tratos especiales para uno mismo, pero negarlos a otros individuos, a otros seres que también sienten, demuestra una contradicción.

Es curioso ver cómo los seres humanos hablamos de libertad y libre albedrío, mientras esclavizamos a nuestros hermanos los animales, Antropocentrismo en su máximo esplendor, Creer que el ser humano es el ombligo del mundo y que tiene derecho sobre los otros. (Eso sí que es dogmático)
Por otro lado, la lógica no ha demostrado nunca cuál sería la Antítesis de respetar a los demás animales, respetarlos como nos gustaría que nos respetaran a nosotros.

Pachito, tu cuerpo no tiene por qué enfermarse si deja de consumir partes de animales desmembrados: necesitamos proteínas no carne, necesitamos omegas no pescado, necesitamos calcio no leche, y todos estos los obtenemos de las plantas y sus frutos. No lo digo yo, lo dice la ciencia.

Puedes averiguar en Google qué instituciones avalan y recomiendan una dieta basada en plantas y te sorprenderás de la cantidad que lo hace.

Nuestros antepasados domesticaron a los perros hace aproximadamente 15.000 años y a los gatos hace aproximadamente unos 9.000 años, hoy en día los humanos debemos asumir las consecuencias de esa domesticación asumiendo un rol de cuidadores, por eso todos los perros y los gatos que hay en calles abandonados y en los albergues, como en el de Janeth, son consecuencia de esa domesticación pero principalmente de la indiferencia que el humano tiene con nuestros hermanos los animales.

Por último, termino con una frase de León Tolstoi uno de los más importantes escritores de la literatura mundial:

"Si un hombre aspira sinceramente a vivir una vida más amorosa y espiritual, su primera decisión debería ser la de abstenerse de matar y comer animales".

Francisco Javier López Naranjo: Respetado amigo, Juan David, un fraternal saludo. Me parece que no es un sesgo o disonancia cognitiva preocuparme primero que todo por mi salud personal al querer estar seguro de una dieta vegetariana debidamente balanceada. Si no nos cuidamos antes que todo a

nosotros mismos, ¿cómo pretendemos cuidar a los demás, incluidos los animales? Precisamente al consultar a la Inteligencia artificial sobre argumentos en contra del vegetarianismo, para documentarme sobre las antítesis al respecto, uno de ellos es que si no se lleva una dieta vegetariana debidamente balanceada puede causar deficiencias de algunas vitaminas y proteínas indispensables para el cuerpo. Inclusive algunos afirman que hasta podría ocasionar impotencia. Sobre esto se podría especular hasta el infinito en el batallar de las antítesis y hasta respaldados en la ciencia, pero no es garantía de verdad, pues la ciencia también se equivoca. Y en cuanto a querer derechos o tratos especiales para uno mismo y negarlos a otros individuos, se dice que las plantas sienten dolor, ¿entonces no estaríamos maltratándolas también al utilizarlas como forma de alimentación? Esto puede parecer exagerado, pero hace años leí un artículo en el que se afirmaba que unos científicos conectaron una especie de detector de mentiras a una planta, y esta reaccionó con ondas de temor al amenazarla con un cuchillo.

Pero volviendo a los hechos, y contradiciendo al gran León Tolstoi, me parece que si aspiramos a una vida más amorosa y espiritual deberíamos comenzar por nosotros mismos y nuestros congéneres con nuestro buen trato en el hogar, el trabajo y en la sociedad, sin caer en el antropocentrismo o el dogmatismo. Sería una gran disonancia cognitiva hablar del respeto a los animales si somos irrespetuosos o maltratadores con nuestra esposa, hijos, familiares, vecinos y hermanos de la humanidad. Lo que implicaría observar nuestro ego con sus temores y prejuicios, sin condenarlos ni justificarlos, para que sea la conciencia incontaminada quien nos guíe.

Y sea lo que fuere, porque me abro a la posibilidad de estar equivocado en este intercambio fraterno de ideas, ¿quién está dispuesto a adoptar un perrito o un gatico del Proyecto Cuatro Patas, en Apía?...

Juan David Granados: Por supuesto no es antropocentrismo priorizar la salud frente a la de los demás, lo que si es antropocéntrico es, como tú dices, en un especulativo caso de invasión alienígena, pretender que no nos hagan lo que nosotros a los demás animales. Eso sí es antropocéntrico, querer beneficios mientras se los negamos a otros.

Sí, Pachito, tanto las dietas basadas en plantas como las dietas omnívoras, pueden provocar deficiencias nutricionales si no están bien planificadas

Ahora, te respondo lo que en este argumento y en el anterior me habías dicho acerca de la sintiencia de las plantas. No, Pachito, las plantas no sienten dolor, las plantas reaccionan a estímulos, es decir son sensibles, pero reaccionar a estímulos no es sentir. Sensibilidad no es lo mismo que sintiencia. Hasta donde sabemos, las plantas no poseen sistema nervioso central, responsable de la capacidad de sentir.

No es lo mismo cortar una zanahoria o un brócoli que cortarle el cuello a un cerdo, a una vaca o a un ternero. Para mí no es lo mismo, no sé si para ti lo sea.

Por supuesto que el amor y el respeto propio son la base para el respeto a los demás, conocerse a sí mismo implica una transformación ética y emocional, la compasión es un pilar para trascender el ego y conectarnos con el Uno. En este sentido, alimentarse sin violencia ni explotación se alinea con la idea de que el amor universal debe extenderse a todos los seres, no solo a los humanos.

Ojalá la comunidad se anime a adoptar gatos y perros, yo estoy cumpliendo con el deber, tengo dos adoptados.

Gracias por leerme, y compartir sus ideas. ¡Paz inverencial!

Francisco Javier López Naranjo: Juan David, fue muy grato compartir ideas con usted acerca de este trascendental tema del respeto a los animales. Admiro su entrañable afecto por ellos y su capacidad de análisis. Estamos de acuerdo en que debemos ser consecuentes y no caer en antropocentrismos, dogmatismos ni disonancias cognitivas. Ojalá se hubieran vinculado más personas a este debate, pero considero que nuestro intercambio de ideas fue muy enriquecedor. Muchas gracias. Que nuestra Supraconciencia nos ilumine y guíe. Paz inverencial.

Quiero cerrar este enriquecedor intercambio de ideas con mi amigo Juan David Granados sobre el trascendental tema del respeto a nuestros hermanos los animales, con unos sonetos que aluden a dicha temática. Recuerdo que la única novela que escribí hace años: "Miguel Ángel, la voz de los animales" trataba de un niño que amaba y se comunicaba con los animales, lo que le trajo serios y divertidos sucesos; pero rompí el manuscrito cierta vez que quise renunciar a la literatura. Todavía no he podido.

Comentario a un texto que publicó Juan David sobre el maltrato a los animales

Fraternal saludo, apreciado amigo, Juan David. Me parece muy loable la campaña que adelantas en tu página en contra del maltrato animal. Si me motivé a escribirte es por tu insistencia en que los demás tomen tu misma actitud, lo que me parece una mortificación innecesaria, ya que el cambio depende de uno mismo, de acuerdo a su grado de conciencia, y es mejor cambiarse a sí mismo que pretender cambiar a la humanidad. A esto me refiero cuando digo que cada cual haga lo que le corresponda. Ojalá que cada uno pusiera su granito de arena no solo para respetar a los animales sino también a los humanos. De ninguna manera es ser cómplice con el delito. Ahora, en cuanto a la compasión, me parece que el malestar, frustración o angustia que sentimos ante una injusticia o porque los demás no actúan de acuerdo a nuestros ideales son reacciones del ego y no de la conciencia. No sé si estoy equivocado, evito ser dogmático, pero si actuamos conscientemente

desde la compasión no somos cómplices ni víctimas de los errores de los demás y decimos nuestra verdad de la mejor forma, pero tampoco nos molestamos porque no actúan como nosotros, sino que sentimos, más bien, compasión hacia ellos, de su fragilidad y su inconciencia. Pero como somos humanos es muy normal que nos molestemos por sus errores no solo con los animales sino con todos los seres vivos. Como humano que soy, reconozco que soy inconsecuente: me da pesar matar una cucaracha, pero me deleito comiéndome un churrasco. Mas no miento cuando digo que si hubiera un producto que tenga todos los nutrientes que aseguren el bienestar de mi cuerpo o una dieta vegetariana segura y accesible, no volvería a comer carne de ningún animal. Sobre esto abundan demasiada literatura y argumentos en pro y en contra. Por ejemplo, algunos afirman que hay organismos humanos que funcionan bien con una dieta vegetariana y otros no. O que, por encima de los conceptos subjetivos del bien o del mal, los seres humanos necesitamos comer carne, por la ley de las cadenas alimentarias de la naturaleza. Y en este caso habría que causarle el menor dolor posible a los animales de los que nos alimentamos. No sé, apreciado, Jesús David, solo le pido a mi Conciencia que me conceda la gracia de sentir y practicar una compasión infinita hacia todos los seres de la Creación. Me encanta hablar de estos temas con personas tan sensibles y lúcidas como tú. Que tu Conciencia te ilumine y guíe.

Plegaria a Pachamama

Mi corazón, en lágrimas, se inflama
Madre Natura, Diosa de la tierra,
al ver morir, por crueldad que aterra,
a tantos hijos tuyos, Pachamama.

La savia de tu flora se derrama,
tu sangre mana en selva, valle y sierra.
Tus hombres se destruyen en la guerra.
Por tu respeto mi conciencia clama.

Que el Homo sapiens no te contamine,
conservar en armonía el medio ambiente.
No sea más un ruín depredador.

Que en paz con sus congéneres camine,
sin demagogias, siempre resiliente,
y cuide a tus criaturas con amor.

¡Tan pequeña y tan inmensa!

En el orbe eres criatura
de las flores soberana.
En la tarde y la mañana
nos prodigas tu dulzura.

Pues ofrendas con premura
miel y vida, muy galana.
Tu misión es grande y sana,
cual fontana alegre y pura.

Pese a ser muy pequeñita,
la natura te enaltece.
Eres su hija favorita.

Nuestra flora no perece
por tu ayuda tan bendita.
Oh, abejilla, ¡ve y frutece!

Si los leones pudieran hablar

Yo, infamado monarca, el rey León,
al que acusan de torvo y asesino,
y de invadir los predios del vecino,
rujo en esta vital declaración:

Aclaro a todo hombre, lar, nación:
solo cumplo el rigor de mi destino,
obedezco a mi instinto de felino,
y a las cadenas de la evolución.

Yo, el rey León, acuso al ser humano
de ser el asesino y el ladrón:
mata por ambición hasta a su hermano.

Depreda al orbe y a la Creación.
Que no me acuse más de ser villano
ese otro rey: ¡el de la destrucción!

Soneto perruno

Luchando por plasmar en un soneto
la más profunda y bella poesía,
me devano los sesos noche y día
en la pugna por crear un gran cuarteto.

Mientras tanto mi perro, fiel e inquieto,
con sus ojos, cual soles de alegría
me irradia amor, me lame con porfía,
mas lo ignoro pensando en el terceto.

Mueve su cola y salta juguetón.
Y, al distraerme, contra él me irrito,
pero me dice, sabio, el corazón,

ante mi vano intento de infinito:
“Poesía es amar sin condición.
¿No inspira poesía tu perrito?”.



Cuesta arriba

A raíz del documental presentado recientemente sobre los niños que fueron rescatados en la selva gracias a la unión solidaria entre el ejército y voluntarios indígenas, hablaba con mi hermano, en una caminata que hicimos al Parque Natural Agualinda, sobre la necesidad de que, así mismo, los hombres nos unamos, pese a nuestras diferencias, en objetivos comunes que reclamen nuestra ayuda, como la preservación del medio ambiente o la defensa de los derechos.

Cuesta arriba por el monte,
caminando con mi hermano,
de la vida y de la muerte,
de muchas cosas hablábamos,
de lograr metas comunes,
los esfuerzos aunando,
sin la intervención del ego,
que divide a los humanos.

Trascender el egoísmo,
con su frutecer insano,
más allá de los prejuicios
y del proceder fanático.
Más allá del dogmatismo,
el amor está esperando.
El amor a nuestro prójimo,
del que tanto hemos hablado.

El auténtico humanismo,
que florece soberano
cuando al yo egoísta y cruel
en silencio lo observamos.
El amor a las criaturas
que acompañan nuestros pasos
en la casa planetaria
que inconscientes no cuidamos.

Cuesta arriba por el monte,
a la cumbre, al fin, llegamos,
coronada de eucaliptos.
Con su olor nos saludaron.
Y cual rito de hermandad
con sus tallos centenarios,
que vigilan nuestro pueblo,
dos de ellos abrazamos.

Imagen: foto de mi hermano Carlos Fernando abrazando un eucalipto en el
parque municipal natural de Agualinda, en Apía



"Con el sol de hoy"

En una reciente caminata que hice con mi hermano Carlos Fernando a la vereda La María, en Apía, Risaralda, Colombia, hablamos, entre otros asuntos, de la necesidad de vivir el aquí y el ahora, para trascender el ego con sus temores y preocupaciones, y me citó una frase de "La perla de la tarde", de Alcohólicos Anónimos: "Tú no puedes secar la ropa de hoy con el sol de ayer ni con el sol de mañana, tienes que secarla con el sol de hoy". Lo que ilustra muy bien lo de vivir el presente: "Un día a la vez". No preocuparnos por lo que sucedió ayer o pueda acontecer mañana, sino estar muy atentos aquí y ahora observando las reacciones de nuestro ego: miedos, prejuicios, ambiciones, iras, orgullos, impaciencias, vicios, sin identificarnos con ellas, sin justificarlas ni condenarlas (las justificaciones y condenaciones también vienen del ego y lo engordan), para, desde el silencio sereno, dándonos cuenta del peligro que representan, poder trascenderlas.

Pero el ego con su astucia interpreta esto de vivir el presente como identificarnos con todas las fuentes de placer que se nos presenten a cada momento; y, entonces, caemos en la trampa de ver el presente con los ojos del pasado, y el alcohólico se seguirá identificando con cuanta copa de licor le ofrezcan porque "Hay que disfrutar el presente". Esto se aplica a todo vicio, defecto o reacción psicológica que nos cause dolor. Solo cuando somos conscientes del dolor que nos causan podremos decir que estamos viviendo el aquí y el ahora.

La ropa de hoy no seca
con un sol que ya ha pasado
ni tampoco el de mañana,
sí con el que está alumbrando.
Esta frase la aprendí
caminando con mi hermano,
mientras las flores y aves,
muy atentos observábamos.

La vida es algo que pasa.
mientras tú estás ocupado,
como dijo el gran Jhon Lennon,
y lo enseñan grandes sabios.
O como dijo un poeta
en un jubiloso canto:
"Observa al orbe y a ti
¡con pasión de enamorado!".

Imagen: con mi hermano Carlos Fernando en la vereda La María



Por la senda de la vida

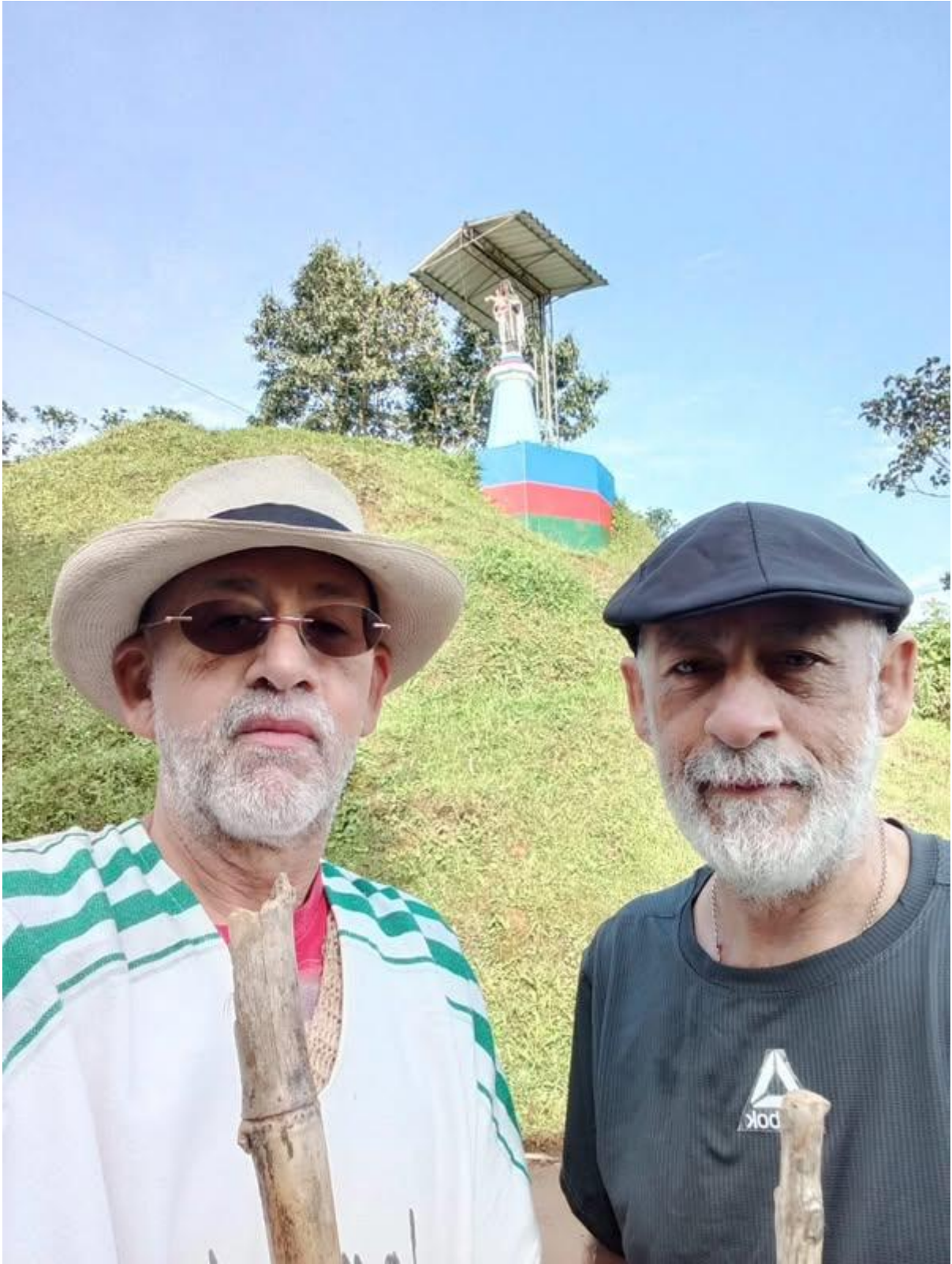
En la caminata de hoy estuve con mi hermano Carlos Fernando en el sitio denominado Boquerón. De allí se observa el hermoso valle de Risaralda y hasta el imponente nevado del Ruiz. Cerca de Boquerón se encuentra el voladero El Zarzo, desde donde los osados parapentistas desafían las alturas.

En el recorrido, estuvimos hablando sobre la mejor forma de enfrentar los problemas y retos cotidianos de la existencia y llegamos a la misma conclusión de algunos sicólogos: dado que vivimos en un mundo relativo en el que no hay fórmulas absolutas y cada conflicto necesita de su solución específica, hay que observar nuestras reacciones psicológicas, nuestros temores y prejuicios, ante los problemas que se nos presenten, sin identificarnos con ellas, sin justificarlas ni condenarlas, para, desde el silencio, nuestra conciencia, que muchos la conciben como lo espiritual que hay en nosotros, dé la respuesta acertada y nos lleve en la dirección correcta. Y si profesamos una fe religiosa pedirle ayuda conscientemente a la Fuerza Divina, en la forma que la concibamos. A mí me ha dado muy buenos resultados. Propongo esta didáctica, que no es mía, como una hipótesis de trabajo. Evito ser dogmático.

Visitando a Boquerón,
caminando con mi hermano,
me contó de una caída
que lo dejó lastimado.
Él luchó por levantarse
y continuó con sus pasos.
“ Esté alerta en el camino”,
las piedras le han enseñado.

En la cumbre, sitibundos,
a la Virgen le rezamos,
para que su luz y gracia
nuestra senda esté alumbrando.
“Velad y orad” dijo Cristo.
Es un consejo muy sabio
para caminar triunfantes,
cuando al ego vigilamos.

Imagen: con mi hermano Carlos Fernando en Boquerón, Apía, Risaralda, Colombia



12 de febrero de 2025, Apía, Risaralda, Colombia

Navegante del ocaso

Cuando niño anhelaba ser un marinero, viajar en un barco por el mundo. Y, en forma metafórica, es lo que he hecho a través de la literatura: navegar en los mares tempestuosos y serenos de la poesía, en los que muchas veces he naufragado y también he arribado a buenos puertos. Soy un "Navegante de crepúsculos", como el título que llevan tres de mis primeros libros. Ahora que estoy cumpliendo 71 años, y estoy "De regreso a Ítaca" (otro de mis libros), le doy gracias infinitas al Timonel Supremo y a todos los que me han acompañado y apoyado en este viaje, y en mi bitácora incluyo este soneto:

Un nuevo cierzo de mi arduo viaje
que me aproxima al puerto de la muerte.
Y al recordar los mares y mi suerte,
veo que a diario es menos mi equipaje.

Mi madre pereció en un oleaje,
y se llevó a mi amada un viento fuerte.
Fue en vano, Amor, tratar de retenerte,
e inútil el apego de mi anclaje.

¡Tantos amigos de luctuoso adiós!
¡Cuánta ilusión naufragó marchita!
Lodo del mar seré. Es mi esperanza:

un timonel, el compasivo Dios,
anclar en la Beldad Fiel e Infinita,
en un país: ¡la Bienaventuranza!

Imagen: Desde mi casa materna en un ocaso



Apología del buen hipócrita

(Publicado en la edición 102 de El Cóndor, mayo de 2025)

El diccionario define la palabra hipocresía como la contradicción entre lo que se dice y lo que se hace y la asocia con la falsedad. José Ingenieros en su edificante libro “El hombre mediocre” habla de la hipocresía como una característica propia del hombre mediocre, el cual miente para conseguir reconocimiento o aprobación de los demás. El sicólogo Carl Jung habla de la hipocresía como represión de los verdaderos sentimientos o impulsos para presentar una fachada socialmente aceptable. Son bien conocidos los pronunciamientos de Jesucristo contra la hipocresía de los fariseos a quienes se refiere con la metáfora de “sepulcros blanqueados”. Y en la vida diaria y la política nacional e internacional son frecuentes las manifestaciones de la hipocresía. Inclusive algunos afirman que la hipocresía es un requisito para la convivencia.

Recuerdo que hace años escribí un artículo en EL CÓNDOR: “El Diablo y el vómito de Dios”, inspirado en una cita del “Apocalipsis”: “A los tibios los vomitaré de mi boca”, que hace alusión a la hipocresía. Pero en este, trato de abordar el tema desde una perspectiva más objetiva. A mi modo de entender, hay varias clases de hipócritas: el que miente y está tan inconsciente que se cree sus propias mentiras, como puede ser el caso de los que hablan de paz, amor o justicia social y en los hechos demuestran lo contrario, pero siempre encuentran la manera de justificarse o lavarse las manos, rayando incluso en la mitomanía. Hay otros que mienten a sabiendas para lograr sus oscuros objetivos (“El fin justifica los medios”), y están los que tienen muy buenas intenciones, pero su ego los traiciona, por no tener la fortaleza o sabiduría para trascenderlo. Estos últimos son los que despiertan mi compasión y me parece que la mayoría de las personas estamos incluidos en este grupo. Por ello lo he denominado con un nombre contradictorio: el buen hipócrita. Anhelamos la paz, el amor, la justicia, pero por no estar vigilándonos a nosotros mismos, observando serenamente las reacciones del ego, sin condenarlo ni justificarlo, terminamos haciendo lo que más detestamos.

¿Antítesis fatal?...

“... no hago el bien que quiero sino el mal que no quiero”.
Pablo de Tarso

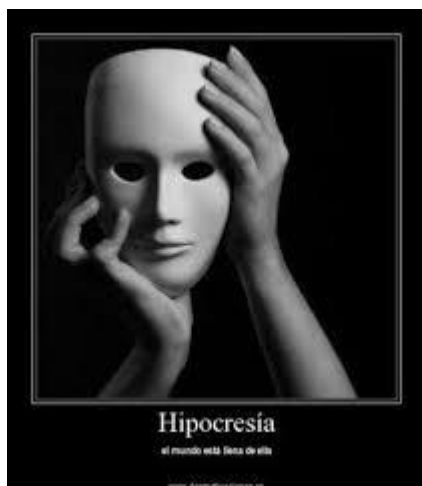
El ser humano: luz y oscuridad,
nupcias de amor con viles desaciertos,
de paz y guerra, edenes con desiertos,
de santidad y la perversidad.

Reptil con alas, yugo y libertad,
perdido surca piélagos inciertos
ansiando, en brumas y espejismos, puertos
donde, al fin, reine la felicidad.

¡Ay!, triste hombre, arrastra una cadena:

hacer el mal que su bondad no quiere.
Habla de paz y engendra guerra o pena;

predica amor; mas avasalla o hiere.
¿Es paradoja, antítesis fatal?...
¿Habrá en su túnel luz en el final?...



Contra la polarización: “¡Velad!”

Ahora que se habla tanto de diálogos para evitar la polarización y que diversos expertos (líderes, humanistas, sociólogos, sicólogos, etc.) dan sus propuestas al respecto, me afianzo más en que si no estamos observando nuestras reacciones psicológicas que se oponen al diálogo amistoso (el temor, la ira, la impaciencia, el orgullo, el fanatismo, el dogmatismo) siendo conscientes de su peligro para una sana convivencia, no dejaremos de quedarnos en las palabras bonitas y buenas intenciones.

¿Pero cómo observarnos a nosotros mismos en forma serena e imparcial, sin justificaciones, culpabilidades o autoengaños? Me parece que primero que todo hay que sentir, cada vez que podamos, nuestro cuerpo, darnos cuenta de nuestros movimientos, emociones, pensamientos, recuerdos. Un ejemplo: si estamos conversando con alguien que no nos simpatiza por sus ideas o acciones, observemos cómo se mueve esa antipatía dentro de nosotros, sin justificarla ni condenarla, solo dándonos cuenta del peligro que representa, como quien ve una serpiente venenosa o está al borde de un abismo y se aparta inmediatamente. Quizás así, con una mente serena, podremos ponernos en el lugar del otro, escuchar verdaderamente a los demás y no obrar impulsados por el ego. Tal vez así veamos en los contradictores no un enemigo sino alguien como nosotros con temores y buenas intenciones, con logros y fracasos, con luces y sombras. Alguien con quien llegar a un respeto mutuo en medio de las diferencias. Me parece más efectivo esto que respirar hondo y contar hasta 10 o tomar valeriana o algún tranquilizante. Desafortunadamente

se nos ha enseñado a observar el mundo exterior para transformarlo, pero no a observarnos a nosotros mismos para un cambio interior.

Esta práctica básica llamada autoobservación es empleada para tratar ciertas fobias en la sicología oficial y es recomendada por autores diversos como Krishnamurti, Ouspensky, Anthony de Mello, Eckhart Tolle, Samael Aun Weor, Osho. Quizás a ella, desde una perspectiva espiritual, se refería el gran maestro Jesucristo al decir: “Velad y orad para que no caigáis en tentación”. El término velad puede aludir a la vigilancia sobre sí mismo.

Trato al máximo de no ser dogmático ni de pontificar. Solo sé que a mí me ha dado muy buenos resultados para trascender el temor, la agresividad y las reacciones del ego. Y hoy la propongo, como un ciudadano del común, un buscador más de la verdad, a manera de hipótesis de trabajo, para superar esta polarización que nos está precipitando al abismo y en la que corremos el peligro de terminar pareciéndonos a quienes tanto criticamos.

Jesucristo y Judas en el siglo XXI

Del amor, la verdad y la belleza
a un gentío le hablaba Jesucristo.
Y Judas, por tentarlo, preguntó:
—¿Qué opinión te merecen los políticos?
Dijo el mesías: —La mejor política
es el cambio profundo de uno mismo.
Vosotros criticáis los gobernantes
por demagogos, pérfidos e indignos;
pero ellos son la proyección social
de lo que sois: tramposos, falsos, pillos.
¿Queréis cambio? ¡Dejad tanto de hablar!
y observad vuestra sique y egoísmos.

(Imagen generada con IA)



Una expedición a amarte

Recientemente se realizó con éxito el viaje tripulado de la nave Orión alrededor de la Luna como parte del programa Artemis que busca preparar una expedición a Marte. Coincidió este evento con la amenaza de Trump de borrar con sus misiles una civilización. Al respecto, el gran poeta, ensayista y escritor colombiano William Ospina escribió en su artículo "Martes de luna negra", del periódico EL ESPECTADOR:

"... Y qué extraño que esta semana el mismo poder que con una mano suspendía el horror de su amenaza sobre el mundo con la otra estuviera alcanzando la cara oculta de la Luna. Las dos cosas parecen los dos extremos de la condición humana, su barbarie feroz y su ambición sublime, pero en realidad ambas pertenecen al peor costado del hombre: su prepotencia casi sobrehumana. Ambas se alzan para no dejarnos ver la cara oculta de la tierra, este mundo donde el creciente irrespeto por lo humano sigue siendo más visible que la capacidad humana de reaccionar".

Sobre la prepotencia casi sobrehumana, de la que habla William Ospina, hoy te invito no a una expedición a Marte sino una expedición a amarte, que me parece fundamental para el bienestar psicológico de la especie humana. Qué nos ganaríamos con conquistar a Marte y otros planetas si llevaríamos allí nuestros egos con sus ambiciones, odios y fanatismos. Por lo que urge amarnos a nosotros mismos: ver en forma objetiva en nuestra sique qué nos falta y qué nos sobra para hacer un mundo mejor, más humano. Lo que requiere de una autoobservación psicológica objetiva, un viaje constante a nuestro interior.

Son dos expresiones que suenan casi lo mismo a pesar de ser tan diferentes: te invito no a una expedición a Marte, que en la mitología romana representa el dios de la guerra, sino una expedición a amarte. ¡Y no nos cuesta ni un dólar!

Imagen de Chat GPT: "Viaje al interior del alma"



Epílogo

“Donde terminan las palabras empieza la música”, dijo Goethe. Me parece que ya he expresado suficientemente en estos textos y en mis libros mis más hondos sentires sobre diversos temas. Ahora le doy la palabra a la música.

Pueden acceder a mis composiciones en los audios de esta misma memoria usb: *Añoranza apiana*; *Apía*, *Música de vientos y armonía*, *Pachomelomanías*; y a videos musicales en YouTube digitalizando mi nombre: Francisco Javier López Naranjo. Allí encontrarán a *Compañera* (bambuco), *Ave migratoria* (pasillo danza), *Virgencita Divina* (bambuco – música de Federico Cardona Posada y mía), *Colombia es una morena* (bambuco - música de mi entrañable hermano Carlitos), *Me llamo amor* (balada – música de Carlitos) y temas de música clásica como *Puerto y perdón - Divino amor* (arreglo del maestro Armando Ariel Ramírez) y *Consummatum est* (arreglo del maestro Mario Becerra López). Para acceder al arreglo del maestro Alirio Gómez de *Puerto y Perdón* deben digitalizar en Youtube: Gabriel Aun Weor Puerto y Perdón. Y para *Amor y silencio* (bambuco, música de Carlitos) poner el nombre: Fernando Acevedo.

En el audio *Consummatum est*, arreglo del maestro Jhon Fredy Ramos, encontrarán expresado en música lo que no pude abarcar con palabras. Cuando le entregué la partitura con la melodía a Jhon Fredy para que le hiciera un arreglo le dije: “Que quede como para matar vivos y resucitar muertos”. Y me mató.

Finalmente:

El artista se arroba con la música
para sentir lo que no puede en versos.
Para sentir lo que no puede en música,
el místico se embebe en el silencio...

